CORAZÓN
GEOMÉTRICO
MARÍA LUQUE
Sigilo

CORAZÓN
GEOMÉTRICO
MARÍA LUQUE
Sigilo

CORAZÓN
GEOMÉTRICO
MARÍA LUQUE
Sigilo

María Luque

Corazón geométrico

En la cocina estaba Bianca cortando frutas y remolachas para esos batidos que prepara. Desde que llegué no la vi comer nada sólido, todo lo pone en la licuadora Magic Bullet y antes de prenderla siempre me avisa que va a haber ruido por un rato. La cocina es diminuta, así que trato de esperar si justo me da hambre cuando ella está ahí porque nos chocamos con los muebles y entre nosotras. Apenas llegué me mostró mi habitación, que tenía la cama perfectamente tendida y la ventana abierta por donde se escuchaba a una señora que llamaba a sus hijos a comer. Los gritos sonaban igual que en cualquier edificio de Argentina y eso me reconfortó. Dejé mi valija, colgué mi campera en una silla y me llevó al baño para que viera un truco que tiene la ducha porque una parte del dispositivo está roto y hay que tirar de un fierrito para que salga el agua caliente. El segundo estante del botiquín estaba libre para mí y ella tiene los otros tres abarrotados de cremas, tarritos de aceites y sales. Me dijo que la red de wifi es «amore», con mayúsculas, y la contraseña, «baciami». La heladera también tenía un estante vacío y me imagino que lo voy a llenar de tomates, espárragos y quesos.

Me alegré de vivir en esta casa y no en un hotel, como otro de los residentes. Bianca es poeta y organiza un festival en un pueblo que queda a una hora de acá. Me dijo el nombre del pueblo dos veces pero no logré retenerlo, se parece a «Taquima» o «Parquima», suena a marca de salsa portuguesa. Como viaja muy seguido y por varias semanas no va a estar, quizás alquile su habitación. Me preguntó si eso me molestaba y le dije que no.

Mi italiano es torpe y cuando me pongo nerviosa la mente queda en blanco y no puedo avanzar con la conversación. Bianca se da cuenta y empieza a hablar ella para llenar el espacio. Mientras tanto yo pienso cómo armar una frase y cuando no me sale digo «certo, certo» y sonrío. Me anoté en un curso acelerado de italiano que espero funcione porque siento que no tengo vocabulario y me angustia decir todo el tiempo que las cosas son «bellisimas» sabiendo que debe haber un montón de sinónimos que podría usar.

También en mi habitación me choco con los muebles y ya tengo algunos moretones en las piernas. La ventana da al norte y al centro del edificio: puedo ver la ropa tendida de todos mis vecinos y ellos también van a poder ver la mía. No tengo cortinas pero hay dos

postigos de madera que nunca voy a usar porque me gusta despertarme con la luz. Al lado de la cama hay un escritorio que por ahora está lleno de papeles que tengo que acomodar y de algunos libros que traje. Arriba hay un espejo. Apenas lo vi, me pareció un espanto pero ahora me gusta. Tiene forma de corazón geométrico, un marco negro con biseles en marrón símil carey y un borde interno dorado. El ropero es grande pero hay solo dos perchas. Voy a comprar más en ese almacén chino que está a una cuadra así mis vestidos no se arrugan porque no creo que Bianca tenga una plancha. También tengo que comprar una bombita para el velador, desodorante, shampoo y alguna taza o vaso chiquito que pueda usar de mate porque solo traje la bombilla. Enfrente de la cama hay otro mueble que no tiene mucha utilidad y con el que me tropiezo cada vez que quiero ir al baño. Pensé en correrlo pero no hay dónde, no quedan paredes libres. En un estante hay un televisor chiquito que me puede servir para ver alguna película o el noticiero mientras me cambio a la mañana. En la parte del estante que sobra puse una postal de David Hockney que tiene una pintura de la serie de las piletas y una foto de Foujita del catálogo de una muestra que vi el año pasado. Al lado hay una mandarina que traigo desde el aeropuerto y todavía no encontré momento para comer y mis lentes de sol.

Mi mamá me mandó una foto un poco borrosa de una noticia. Igual pude leer:

El Centro de Estudios del Teatro dell'Opera de Roma convocó a un grupo de músicos, musicólogos y dramaturgos a una residencia de un mes coordinada por Antonio Martinelli, director artístico del teatro y presidente de la Asociación Pucciniana. El experto dará para los asistentes una serie de clases magistrales con el objetivo de estudiar en profundidad la obra de Puccini, haciendo hincapié en Tosca y su relación con la ciudad de Roma. Entre los seleccionados, de seis países diferentes, se encuentra la joven rosarina Josefina Luque, musicóloga especializada en ópera italiana. La asociación de amigos del Teatro El Círculo felicita a Josefina por este importante reconocimiento y hace un aporte (acordado en unanimidad por todos sus miembros) facilitando el pasaje aéreo a Roma.

«¡Mirá lo que salió en La Capital!», decía mi mamá. «Todas las tías compraron el diario. Pusieron esa foto en la que tenés el vestido colorido, el que usaste para el cumpleaños de ochenta de Mima. Bachis, amor. ¡Acá llueve!».

Le dije que en Roma también había llovido, que les mande besos a las tías y que por favor no me etiquetara si subía esa foto a internet.

Puestos de recuerdos

Fui al supermercado, que es minúsculo, como todo en el centro histórico. Una señora tenía un changuito en la góndola de las latas y para que otro chango pudiera pasar tuvo que ir hasta el final y meterse en la góndola de al lado, como si fuera el pasillo de un avión.

Pesé dos bananas, tres pomelos, un limón y unos tomates de esos marrones que no sé qué sabor tienen. Elegí un paquete de dátiles sin carozo, un chocolate suizo con sal marina y medio litro de aceite de oliva. Había muchos tipos de yogures y pensé en probarlos todos. Me llevé dos frascos de vidrio de un yogur con miel y otro griego pero de una marca con nombre alemán. Mientras miraba los quesos acariciaba un tomate a través de la bolsa y se sentía suave y exquisito.

En la fila para pagar estábamos todos amontonados y hubo una pelea por una mujer que se coló y tenía un montón de productos. Cuando volvía, cargué agua de la fuente porque me parece que es más rica que la de la canilla de mi casa. La tomé mientras cruzaba el Ponte Umberto I y la volví a llenar al otro lado del río. Vi una gaviota abajo de un tacho de basura comiendo un pedazo de pizza y me dio impresión.

Pasé por la casa para dejar las compras porque tenía planeado ir a conocer el castel Sant'Angelo. Es incómodo pasear con el bolso pesado.

En los puestos de recuerdos que hay lado del Tíber había calendarios eróticos de sacerdotes que miré de reojo mientras me sacaba una pelusa de la boca. También vi afiches de gladiadores y una reproducción triste del Coliseo que parecía haberse derretido. El paraguas barato que compré se falsea en cada esquina. Había mucho viento y la llovizna era una bofetada que me ensuciaba los lentes pero la disfruté igual. Las gaviotas se quedaban quietas en el aire, aunque hicieran fuerza no lograban avanzar, y todas las palomas se escondieron. El pronóstico decía que había alerta de ráfagas fuertes del oeste y que la primavera se iba a desvanecer hasta el miércoles. En Roma, el primer domingo del mes todos los museos son gratuitos. Caminé por la orilla del Tíber y los frutos del plátano que volaban hacían estornudar a los turistas. Cada vez que quería tragar saliva sentía un plumero áspero en la garganta y aunque tomaba sorbos

grandes de agua no se iba la sensación. Cuando llegaba el viento ponía el paraguas de barrera y trataba de no respirar.

No había tanta gente esperando para entrar al Castel Sant'Angelo. Estaba atrás de tres japonesas muy abrigadas y les envidié las bufandas. No traje ropa de invierno, ni siquiera remeras de mangas largas porque la previsión para junio decía que las mínimas estaban entre 17 y 28 grados. A partir de fin de mes ya debería empezar a aumentar la temperatura hasta llegar a ese verano fatal que se ve en las películas, con las personas tirándose adentro de las fuentes.

Mientras esperaba, busqué en YouTube la versión de Plácido Domingo de «E lucevan le stelle» del '92 para ver cómo es el techo del Castel, pero tuve que guardar el teléfono porque el video no se cargaba y empezó a llover fuerte otra vez. Algunas personas se pusieron esos ponchos de plástico que parecen ser muy efectivos. Los que no tenían con qué cubrirse salieron corriendo o se refugiaron bajo el techo del carrito que vende agua y helados. Casi no quedaba gente haciendo la fila, todos se habían ido y el piso estaba lleno de botellas vacías, papeles y boletos de subte. Tenía los pies empapados y empecé a correr yo también. En el Lungotevere me cubrí la cabeza con la biografía de Puccini, que tiene tapa dura y me da seguridad, por si volaba una chapa o un pedazo de moldura de un balcón. El pantalón era nuevo y me destiñó las piernas, que quedaron negras. Al llegar me desvestí a toda velocidad y saqué la computadora que había escondido abajo de la almohada. Puse un puñado de pistachos en una taza y busqué una versión completa de la Tosca que dirigió Zubin Mehta, así, aunque sea, podía ver el Castel en la pantalla desde la cama. Paró de llover pero el viento seguía. Puse mi pantalón a secar en la manija de la ventana y las medias las colgué de los postigos.

Cuando empecé a hacer música

El pueblo del festival que organiza Bianca se llama Tarquinia. Le puse una estrella en el mapa y vi que tiene una necrópolis con pinturas preciosas y el Museo de Arte Etrusco más grande de Italia. Bianca me dijo si quería acompañarla, ir a la mañana y volver a la tarde y le dije que sí. Ella tenía que visitar locaciones para el festival y hablar con un poeta al que quieren hacerle un homenaje. Compré un café para cada una en un bar de la estación y los tomamos paradas en la barra. En la botella tenía agua de la fuente de Via della Scrofa, que por ahora es mi preferida. El tren iba casi vacío y ocupamos cuatro asientos entre las dos. Yo no tenía más que una cartera pero Bianca llevaba muchas cosas. Una bolsa de tela repleta de libros que pesaba un montón, una mochila que parecía de montañista, con colores flúor y ganchos. También tenía una bolsa de papel del supermercado donde llevaba su computadora, una cámara polaroid y una cámara reflex.

Me contó que el festival de poesía tenía casi la misma edad que ella, que antes lo organizaba una señora que un día se cansó y no quiso hacerlo más. Hizo un casting entre los asistentes a las últimas ediciones. Los jóvenes tenían que contarle por qué creían que era importante que el festival continuara y cómo harían ellos para organizarlo. Bianca fue la más entusiasta y le dieron la dirección del festival. Le pregunté si siempre le había interesado la poesía y me contó que cuando era chica quería ser bailarina, pero es lo que todas las chicas de nuestra generación queríamos ser. Su bailarina preferida era Maya Plisétskaya, la mía también. Me preguntó cuándo me di cuenta de que me gustaba la música. Le conté que cuando dejé de hacer danza empecé a estudiar guitarra con la profesora de música de mi colegio. Iba una vez por semana a su casa y ella me quería convencer de que practicara las canciones de la misa porque al coro le faltaba una guitarra, pero yo solo quería aprender los temas de Xuxa. Les había pedido a mis papás que me compraran el cassette de ella pero ponían un montón de excusas. Después me di cuenta de que era por la hiperinflación y no podían comprar casi nada en realidad. Las canciones las sabía todas de memoria y empecé a sacarlas con la guitarra. Los acordes eran casi siempre los mismos pero cambiaban las progresiones y los arreglos.

Inventé una danza nueva

Que puede hacerte electrizar

Quién querrá hacer la prueba

Solo hay que saber saltar

Sol / la / re / si / mim / la / re, y en el estribillo agrega una séptima como variación. Era igual a «Jesús te seguiré», pero cambiaba el ritmo.

También aprendí la de «Indio hacer barullo», «Croki croki», «Ilarié», «Estatua» y todas las que Xuxa cantaba en su programa de televisión. Después de practicar hasta el cansancio empecé a hacer arreglos con un tecladito Casio que me había regalado mi tío Carlos. Elegí una base de batería para acompañar cada canción y también me até al pie un cascabel que había venido de sorpresa adentro de un huevo de pascua, para marcar un poco más el ritmo. En un TDK virgen fui grabando todas las canciones. Las grababa en el baño porque me daba cuenta de que ahí la acústica era mejor y además cuando podía mirarme en el espejo sentía que la voz salía más linda. Cuando terminé de grabar todas dibujé la tapa en una cartulina. Bianca no sabía quién era Xuxa así que buscamos unos videos en YouTube y leímos su biografía en Wikipedia, donde decía que era descendiente de italianos de la provincia de Trento y Bianca me dijo que su papá era de ahí.

Cuando llegamos a Tarquinia no había nada en la estación, solo dos máquinas para comprar boletos y un cartel que decía el horario de los buses que llevaban al pueblo. Nos tocó esperar solamente cinco minutos y el colectivero se enojó porque no teníamos monedas. Nos bajamos en la Piazza Cavour y quedamos en encontrarnos en el mismo lugar a las seis de la tarde.

Fui al Museo de Arte Etrusco y compré un ticket combinado para poder visitar también la necrópolis. Me pareció mejor ir primero a ver las tumbas porque había salido el sol y además tenía hambre. En un bar que atendían dos señoras con un montón de maquillaje pedí un café lungo y una pizza ripiena de jamón crudo y rúcula. La Via Ripagretta estaba llena de casas con muchas plantas y azahares. Vi un gato gris que no se dejó acariciar y un padre que retaba a su hijo porque no lo ayudaba a cargar las bolsas del supermercado. En la entrada de la necrópolis había un grupo grande de españoles comiendo sandwichitos. Mostré mi ticket a una señora y le pregunté si

tenía un mapa. Me dijo que se le habían acabado y que podía sacarle una foto al que estaba pegado en el vidrio de la boletería. El señor de la otra ventanilla se reía y dijo que todo estaba señalizado, que no me iba a perder.

Desde afuera la necrópolis parecía un jardín grande y tenía unas construcciones sin ventanas desparramadas que eran la entrada a las tumbas. A las tumbas se bajaba por unas escaleras muy empinadas entre paredes de piedra, las barandas eran de hierro y estaban húmedas, los escalones también. Tuve que prender la linterna del teléfono para poder ver. La puerta vidriada que separaba la entrada de la cámara funeraria tenía marcas de manos y narices. Había que mirar desde ahí. Algunas de las pinturas estaban mejor conservadas que otras. La del Demonio Azul, una de las más famosas, tenía colores muy tenues y además desde atrás del vidrio no llegaba a verse bien. En la tumba de los Leopardos me quedé varios minutos y prendí la luz del teléfono ocho veces. Estaba mucho mejor conservada que las demás y se llegaban a ver todos los detalles. Era una escena de un banquete con muchas personas recostadas comiendo uvas que les alcanzaban unos jóvenes desnudos. Arriba de todo había dos leopardos espejados que sacaban la lengua y levantaban una de sus patas delanteras. En los laterales había varios personajes de pie, uno tocando una flauta doble o tibia, como le decían los romanos. En el cartel que había afuera decía que fue construida entre 480 y 450 a.C. y descubierta en 1875.

Cuando salí, me senté un rato en un banco de piedra abajo de un olivo para esconderme del sol. Con la imaginación me comí esa mandarina que había dejado olvidada en el estante de mi cuarto al lado del televisor. La botella de agua de las fuentes ya se había vaciado. Mis manos olían horrible, como cuando se tocan monedas en los bolsillos por mucho tiempo.

Quise variar el camino de vuelta hasta el museo pero no se podía porque había solo una entrada a la ciudad vieja de ese lado de la muralla. En una fuente de Via degli Archi cargué mi botella y en la Gelateria Gambella tomé un helado de chocolate y pistacho porque no quería volver a tener hambre adentro del museo.

La señora de la boletería no se acordaba de mí y tuve que mostrarle el ticket otra vez. En la planta baja estaban los sarcófagos que pertenecían a algunas de las tumbas de la necrópolis. Todos tenían esculpidos en la piedra a los personajes tumbados, apoyados en un codo y con caras sonrientes. La parte inferior estaba llena de detalles y de escenas colmadas de gente, que imaginé debían ser los familiares de cada difunto. El edificio del museo me pareció hermoso, un palacio

que mandó construir el cardenal Giovanni Vitelleschi en el 1400. Al lado de cada ventana había unos banquitos de piedra para mirar el paisaje y estaban tan gastados que debían haberse sentado ahí una cantidad enorme de personas en todos estos años.

En el segundo piso del museo había varias salas de ajuares funerarios, jarrones griegos y cerámicas. Una de las vitrinas estaba dedicada a las escenas de apareamiento. Se podía ver a una mujer con las piernas en alto sobre los hombros del hombre que estaba arrodillado y la penetraba mientras le agarraba la cintura. Los dos tenían la mirada en puntos diferentes y la misma sonrisa que se veía en las esculturas de los sarcófagos. En la fila de abajo había otra cerámica con dos mujeres desnudas, una de pie sosteniendo algo que parecía una ensaladera y la otra sentada mirando fijo la vulva de la primera y a punto de tocarla. Ellas también sonreían. En el último piso había un pórtico con vista a la Piazza Cavour, a la entrada del pueblo y más lejos se llegaba a ver el mar Tirreno.

La esperé a Bianca en uno de los bancos de la vereda que todavía tenía sol. Llegó un poco tarde y a todos los bolsos que traía antes le sumó una caja de cartón con folletos y papeles que me ofrecí a cargar hasta el tren. Otra vez ocupamos cuatro asientos y me quedé dormida todo lo que duró el viaje de vuelta a Roma.

Loreta toda de rojo

Los encuentros de la residencia empiezan recién dentro de cuatro días, pero me dijeron que ya podía pasar por el Teatro de la Ópera para terminar la parte burocrática y recibir mi estipendio. Me dio mucho alivio recibir ese correo, porque mi plata argentina se evapora cuando la convierto a euros. Mi mamá mandó un mensaje que decía: «Te llamo. Te llamo?», pero lo recibí a la madrugada mientras dormía.

De camino compré naranjas sanguíneas, que por dentro tienen el mismo color que los pomelos. Parecía que todos en esta ciudad estaban estrenando zapatillas y las mías se sentían anticuadas. También tenía que conseguir un lugar para sacar fotocopias y comprar suavizante para la ropa. Bianca es alérgica y no usa, no quiero que quede todo acartonado.

Nadie entendía qué estaba pasando con la primavera. En las vidrieras de los negocios habían puesto otra vez sacos y bufandas. Por la Via del Corso vi a un señor sacarse su abrigo y cada uno de sus hijos se puso una manga. Iban tropezando contentos creando un cuerpo deforme de dos cabezas, cuatro piernas y dos brazos. La gente los miraba y se reía, unas chicas les sacaron fotos. Intenté comprar una campera impermeable porque con mi ropa de verano encimada me estoy congelando. La única que me gustaba era color terracota como las cerámicas del museo de Tarquinia, pero no quedaba en mi talle. La vendedora me decía que XL estaba bien porque todo lo oversize era tendencia, pero las mangas me tapaban las manos, no había manera de que me convenciera.

Cambié de calle rápido para buscar un escalón donde sentarme a mirar el mapa. Para llegar al teatro el recorrido es bastante directo una vez que se sale de ese remolino de consumo y gente apiñada. Caminé por Via Sistina, que tiene varias subidas y bajadas, y me alegré de sentir calor por primera vez en el día. La piazza de las Quattro Fontane no es una plaza como me imaginaba. Por el medio hay una intersección de calles y pasan muchos autos. Cuando el semáforo se pone en rojo la gente se para adelante de las fuentes y se saca fotos. Cargué mi botella en la fuente de Juno, que me pareció la más hermosa porque el agua salía de la boca de un león.

Cuando llegué al teatro, el señor de la boletería me explicó dónde

quedaba la oficina a la que tenía que ir. Apenas empecé a subir la escalera me di cuenta de que no había prestado nada de atención y tuve que volver para que me diera las indicaciones otra vez. La administración tiene una ventana que da a la Piazza Beniamino Gigli, que es uno de mis tenores favoritos. Le conté a la señora que me recibió que en la Argentina Gigli se había convertido en una estrella después de haber debutado con Tosca en el Teatro Colón junto a Claudia Muzio, a la que todos le decían «La Divina Claudia». Ella empezó a contarme historias de la Divina Claudia hablando un italiano tan veloz que era imposible seguirla. Varias veces le pedí que hablara más despacio, pero disminuía la velocidad solo por un segundo y después volvía al ritmo frenético. Tenía las manos llenas de pulseras que acompañaban su manera de hablar formando un escándalo metálico. Se llamaba Loreta y es la coordinadora de la residencia. Toda su ropa era roja, los zapatos, el pantalón, la camisa, un sweater que tenía anudado al cuello, los lentes y los aros. Casi todo rojo de cadmio, menos la camisa, que era bermellón. Mientras yo buscaba los papeles que había completado, Loreta le sacaba fotocopias a mi pasaporte. Me preguntó si estaba cómoda en el departamento porque era la primera vez que la residencia decidía alojar gente no en hoteles sino en casas reales. Había sido una idea del mismísimo Antonio Martinelli, el director, porque, según él, si queríamos entender el verismo y conocer la ciudad no podíamos vivir en un espejismo de desayunos siempre listos y camas con sábanas inmaculadas. Me dio risa y le dije que para mí era perfecto porque los hoteles nunca me habían gustado.

En una carpeta puso el itinerario de las actividades de la residencia, una tarjeta para entrar gratis a los museos y dos sobres, uno con plata para transporte y otro con plata para comer y para lo que me hiciera falta. Me aconsejó que lo guardara bien porque en Roma hay carteristas muy habilidosos, así que acomodé un sobre en cada bolsillo de mi campera que tiene cierres. Me dijo que mi ropa era muy liviana para el clima que estaba haciendo, que siempre hay que viajar con ropa para las cuatro estaciones porque el mundo está raro y el tiempo es muy impredecible. Imaginé una valija llena de ropa lisa de todos los rojos posibles. Me acompañó hasta el hall y me preguntó dos veces si había guardado bien los sobres y dijo que si seguían bajas las temperaturas al menos fuera a los puestos que hay sobre la Via Cola di Rienzo y me comprara algo barato. Me dio ternura que se preocupara tanto y la abracé.

Por la Via Torino pedí que me calentaran unas porciones de pizza y las comí sentada en la escalera de una iglesia. Me quedé mirando a la gente un rato y tuve que desabrocharme el botón del pantalón porque

me ajustaba demasiado. Pensé que podía pedirle a Bianca que me enseñara a hacer sus batidos pero el entusiasmo de esa idea duró solo un instante. Voy a seguir comiendo pizza todas las veces que me vea tentada pero voy a intentar caminar al menos seis kilómetros por día. Compré un boleto de subte el día que llegué y por ahora nunca quise usarlo, sigue guardado en un bolsillo de mi billetera.

Instrucciones para regar una orquídea

El living estaba lleno de ropa de Bianca. Había remeras, bombachas y medias secándose sobre las sillas. También arriba de los radiadores, que volvieron a prender porque el frío no se va. Sobre la mesa había muchos papeles con anotaciones, medio limón y cuatro tazas de té. No creo que haya venido gente, me parece que las tazas las tomó todas Bianca. En los bordes de los platos quedaban cáscaras de nueces y una cuchara que parecía tener miel. Cuando estaba intentando despejar un rincón llegó y me pidió perdón por el desorden. Me dijo que tenía que terminar de hacer su valija y que por eso estaba todo desparramado. Anotó en un papel el nombre y el teléfono de una mujer que me iba a escribir para traer a dos artistas ucranianos que van a quedarse en su habitación mientras ella no esté. Arriba del papel dejó su llave de la casa para que yo se la diera a ellos y me dijo que no tenía que preocuparme por nada, solamente coordinar la llegada, mostrarles la habitación y el truco del agua caliente del baño. Me pidió que comiera todas las frutas y verduras de la heladera porque no iban a aguantar quince días hasta que ella volviera. También me dio instrucciones para regar la orquídea. Las grabé en un audio porque nunca me puedo acordar de esas cosas y es la primera vez que voy a cuidar ese tipo de planta. Guardó la ropa que ya estaba seca y el resto la dejó sobre el radiador de la ventana. Me pidió que después la pusiera en su ropero porque ya no iba a llegar a secarse. Además de la valija, va a llevar el bolso de tela con libros y la bolsa de papel con las cámaras y la computadora que cubrió con una bufanda que parece una manta. Desde la calle tocó el timbre para decirme que en su habitación había quedado el cargador del teléfono, que lo pusiera en el ascensor y ella lo llamaba desde abajo.

En la heladera había tres zanahorias, una berenjena, una bandeja de endivias, champiñones, zucchini, cuatro paltas, dos remolachas enormes, frutillas y moras.

El efluvio del vértigo

En el supermercado tiré medio kilo de frambuesas al piso. Fui a hablar con la cajera con bastante miedo de que me retara pero no le importó mucho cuando le mostré la bandeja rota y vacía. Di vueltas por las góndolas un rato y esperaba que en algún momento un guardia llegara con un balde para que me pusiera a limpiar el enchastre fucsia que había quedado en el suelo, pero ni siquiera me cobraron lo que salía la caja.

Lavé ropa por primera vez y el suavizante que compré tiene olor a lavanda. Apoyé todo en mi cama y elegí colgar las medias primero. Cuando me asomé a la ventana, me di cuenta de que cuatro pisos es el límite de mi vértigo y los pies se me volvieron líquidos. El ténder es de plástico y tiene dos brazos que se agarran a una barra que está encastrada en el alféizar. Me senté en el borde de la cama a respirar, pero el vértigo me había desarmado el interior del cuerpo. Me volvía la imagen de las frambuesas estalladas y me pareció una bajeza de mi inconsciente. Busqué en YouTube un video de La bohème para que me distrajera la música. Cambié la estrategia y dejé las medias para el final. Colgué lo más pesado en la primera línea, la que está pegada a la pared, puse ahí un pantalón y una toalla. Traté de mirar siempre la ropa o la barra y nunca dejar que la vista fuera más allá de ese punto. En la fila siguiente acomodé remeras. Las bombachas y las medias las puse con ganchos en una percha, así ahorraba sacar los brazos varias veces. Cuando terminé de colgar todo, sonaba el vals de Musetta, en la parte que dice:

Così l'effluvio del desìo

tutta m'aggira,

*Felice mi fa!**

Con un pedazo de papel que tenía en la mesa de luz tapé la cámara de la computadora para poder imitar el movimiento que hace Musetta cuando se saca los guantes sin temor a que alguien me estuviera mirando. Vi el resto del segundo acto acostada boca abajo con los pies

tapados mientras comía frutillas de Bianca.

Mis compañeros de casa

Llegaron los artistas ucranianos. Vienen a montar una videoinstalación en el Museo de Arte Contemporáneo, no sé cuánto tiempo van a quedarse. Trajeron dos valijas chiquitas y ropa abrigada porque habían visto el pronóstico y parece que esta ola tardía de frío va a durar unos días más. Él no paraba de estornudar y sacó del baño una maraña de papel higiénico para usar de pañuelo. Ella llevó las valijas hasta la habitación y me preguntó la clave del wifi. Le mostré el truco de la ducha y la cocina y le dije que me avisara si necesitaba ayuda con algo. Me di cuenta rápido de que él tenía una gripe horrible y que mi hipocondría se iba a ir despertando de a poco. Pensé que si abría mucho las ventanas, exprimía naranjas cada mañana y me acercaba lo menos posible, iba a estar bien. El nombre de ella es Natalia, el de él lo pregunté dos veces pero no lo puedo memorizar.

Natalia estuvo un rato largo en la cocina intentando preparar sopa instantánea pero le salió mal y tuvo que tirar todo. Me imaginé que a lo mejor era porque las instrucciones estaban en italiano pero después vi en un pedacito del sobre que quedó sobre la mesada que la sopa la habían traído de Ucrania. Me dio pena y le dije que pensaba cocinar, que podía preparar algo para que comieran ellos también. Con la cebolla, los tomates y los champiñones de Bianca hice una salsa y Natalia mientras tanto me charlaba desde el marco de la puerta. La pasta se hizo rápido y ella puso los platos en la mesa mientras yo llevaba la fuente. Nunca habían visto queso rallado y se sorprendieron cuando les dije que se ponía arriba de los fideos. No entendí si se estaban burlando de mí o hablaban en serio. Me dijeron que estaba muy rico y que la receta tenía carácter. Él comió a toda velocidad y se fue rápido a la habitación. Ella lavó los platos y nos quedamos tomando vino y hablando de algunas cosas que tienen en común Buenos Aires y Kiev, como el caos de tránsito y las crisis económicas.

Me pidió que le recomendara algún lugar cerca para ir a visitar porque seguramente su novio se iba a quedar toda la tarde en la cama pero ella quería pasear. Yo tenía pensado ir al Palazzo Altemps. Natalia buscó una foto en internet para ver qué era y dijo que me acompañaba.

El museo tiene una colección enorme de esculturas y cuando entramos a la primera sala había una visita guiada en inglés que acababa de

empezar. Nos hicimos las distraídas y nos quedamos cerca para poder escuchar. La guía contaba que las obras que estábamos viendo eran muy particulares porque Ludovisi, el dueño de la colección, había mandado a restaurar las esculturas griegas y romanas en el siglo xvii. Las partes que faltaban, como brazos o puntas de narices, fueron reconstruidas por grandes artistas barrocos. El trabajo está tan increíblemente hecho que es difícil darse cuenta de cuáles son las partes restauradas. La guía dijo que uno de los encargados de esos arreglos había sido Bernini y que podíamos ver su trabajo más hermoso en la Piazza Navona, que está muy cerca del museo. En voz baja Natalia me dijo que no entendía cómo alguien podía darle forma a la piedra y que de todos los tipos de arte la escultura le parecía la más sofisticada. En la sala siguiente, una pareja me pidió que les sacara una foto y se pararon adelante del Gálata suicida copiando el gesto de la espada que se clava en el pecho. Me reí, pero por dentro la idea me pareció un espanto. Natalia les sacó fotos a las manos de todas las esculturas. Cuando salimos nos sentamos un rato enfrente de la fuente de Bernini que había mencionado la guía y tomamos agua que tenía en mi botella. Por al lado nuestro pasó el camión de la basura y una señora cambió las bolsas de todos los tachos que rebalsaban. Nos quedamos mirando cómo sacaba las bolsas llenas y las cambiaba por nuevas, mientras el camión iba despacito al lado de ella y hacían chistes con el conductor. Los seguimos con la vista hasta la esquina. Los tachos que estaban cerca nuestro ya se estaban llenando otra vez. La gente va a la plaza con helados o combos de McDonald's, botellas y latas, mapas de museos y folletos con promociones de pizzas y todo se va juntando en los tachos. Vimos que el camión se estaba acercando a nosotras de nuevo y cuando la señora estuvo cerca le pregunté si siempre se llenaban tan rápido y me dijo que, en temporada alta, ellos daban vueltas a la Piazza Navona sin pausa como una calesita lenta. Natalia quería ir a ver la Fontana di Trevi y le dije que yo volvía a la casa. Tenía los pies congelados y miedo de haberme contagiado la gripe. Cuando llegué me metí en la cama y prendí el televisor. Una señora decía que en la frontera con Suiza estaba nevando otra vez.

Todos tenemos una Bianca en Roma, menos el señor inglés

A la mañana me despertaron la tos y los estornudos que venían de la habitación de Bianca. Me di una ducha rápida, exprimí dos naranjas y tomé una aspirina por las dudas. Mientras esperaba que se hiciera el café, vino Natalia envuelta en una toalla azul a contarme que había dormido bien pero que su novio se sentía muy mal. Le dije que yo tenía un botiquín lleno de pastillas y a lo mejor algo de eso podía servir. Parece que a él no le gusta tomar nada. Ella se acercó a mi cuello y me dijo que olía muy bien, que había pensado que eran las naranjas pero que en realidad era mi olor. No sé qué le dije porque me puse nerviosa y me pareció mejor huir.

Estaba contenta porque tenía que ir a la primera actividad de la residencia, que era un desayuno en el teatro. Me cambié tres veces porque todas mis camisas me parecían ridículas. Cada vez tengo más ganas de usar ropa lisa y simple, debe ser algo de la edad.

Cuando llegué al teatro, me recibió Loreta, la coordinadora de la residencia, y esta vez estaba vestida de varios colores: un pantalón celeste, una camisa azul y zapatos marrón claro. Los lentes eran los mismos rojos de la otra vez y sus manos seguían llenas de pulseras. Llegué casi primera y las mesas estaban colmadas de medialunas. En Italia se llaman cornetto y son enormes. También había unas galletitas con un centro de dulce anaranjado y jarras de jugos. En la esquina había un barista acomodando tazas. Le pedí un café lungo y charlé con las otras personas que habían llegado temprano como yo. Eran casi todos parte del equipo artístico del teatro, menos un señor inglés muy mayor que no paraba de hablar sobre la acústica de la Filarmónica de Berlín. Afuera había empezado a llover y varias personas llegaron empapadas.

Loreta estaba preocupada porque Antonio Martinelli no atendía el teléfono y les preguntó a los que charlaban conmigo si se habían comunicado con él. Nos acercamos a la ventana a mirar el agua que caía como una cortina. En la vereda de enfrente había una pareja abajo del techo de un negocio y un mozo que sacaba los manteles de las mesas que ya se habían mojado. El señor inglés dijo que no se esperaba para nada la tormenta porque había amanecido con un sol radiante y los demás asintieron. Me di cuenta de que esa mañana yo había mirado el pronóstico al menos cuatro veces y pensé que quizás

era un poco adicta a la previsión del tiempo. Dos residentes llegaron chorreando, una con el rímel desparramado por toda la cara. Loreta las llevó al baño y volvieron envueltas en una manta. En la entrada pusieron un balde para los paraguas y unos trapos para contener los charcos que formaban los que iban llegando. La sala elegante del teatro empezaba a parecer un refugio de montaña. De los ocho residentes solo había llegado la mitad. El señor inglés y yo éramos los únicos secos, los demás se veían abatidos. Loreta nos dijo que varios habían avisado que no iban a ir porque algunas partes de la ciudad se habían inundado. Estaba bastante nerviosa y nos pedía perdón, como si ella hubiera sido la causante del temporal.

Sacamos sillas de las filas que estaban preparadas en un rincón de la sala y armamos una ronda chica porque éramos pocos. Loreta dijo que Antonio seguía sin responder el teléfono, que dejaríamos para otro día la charla de presentación con él. Preguntó si todos ya estaban instalados en sus casas, si la ciudad nos había recibido bien y varios hicieron chistes sobre el frío y la primavera extraña. El señor inglés se llamaba Leonard y contó que a él no le gustaba compartir casa con nadie y que por eso se había pasado a un hotel. La mujer que estaba sentada al lado mío se llamaba Julie, dijo que hacía años que vivía sola y ahora desayunaba con su compañera de departamento, se sentía como una estudiante otra vez. Todos tenían sus propias Biancas. Yo conté de los ucranianos y Loreta se preocupó de que fueran a contagiarme la gripe, me dijo que si tenía algún síntoma le avisara rápido. En la mesa quedaban un montón de medialunas que nos repartieron envueltas en servilletas. Dijo Loreta que si al día siguiente estaban duras las podíamos tostar, que las galletitas redondas se llamaban «ojo de buey» y el relleno era de damasco, que nos lleváramos todo.

Sor Fátima habla mejor en la calle

Mi primera clase intensiva de italiano fue un desastre. Yo pensé que podía hablar bastante bien, que solo me faltaba confianza y vocabulario. Cuando la profesora nos dividió en grupos para practicar los pronombres combinados me sentí perdida. La monja de Etiopía que estaba al lado mío se veía todavía más desorientada que yo, entonces la profesora hizo un cuadro en el pizarrón para escribir algunos ejemplos. Empezó con el infinitivo y un caso bien fácil: «Quel vestito mi piace. Potrei provarmelo?». Después siguió con los plurales y ahí empezó mi confusión porque la sonoridad se me hace extraña. Nos hacía preguntas y yo dudaba de todo, de los tiempos verbales, de cuáles eran los pronombres directos y cuáles los indirectos y me di cuenta de que en realidad no entiendo bien ni siquiera la gramática del español. La profesora dijo que no teníamos que frustrarnos, porque con la práctica en la vida real va saliendo solo. Nos repartió unos papeles con preguntas y yo seguí trabajando con la monja, que se llama sor Fátima. Tuve que preguntarle qué estaba haciendo en Roma, con quiénes vivía, qué le gustaba desayunar, cuáles eran sus lugares preferidos de la ciudad y después ella me hizo las mismas preguntas a mí. Cuando terminó la clase, caminamos juntas unas cuadras por la Via Merulana y me pareció que en la calle sor Fátima hablaba mucho mejor que en la clase.

Los ucranianos no estaban en la casa. Arriba de la mesa habían dejado un chocolate y un papel con mi nombre y un corazón. En la heladera quedaban las endivias, las remolachas y las paltas y pensé en hacer una ensalada pero me dieron ganas de algo más invernal. Busqué en internet una receta de sopa de remolacha que se veía bastante fácil. Piqué ajo y cebolla y los doré. Después puse las remolachas, agua, sal y medio cubo de caldo de verduras. Dejé el fuego bien bajo y busqué en YouTube la masterclass en Juilliard donde Pavarotti le enseña a una soprano cómo mejorar su interpretación de «Chi il bel sogno di Doretta». Es de mis arias de Puccini preferidas y siempre me emociona ver las indicaciones que Luciano le da a esa mujer, cómo con observaciones bien simples su voz empieza a circular de una manera más fluida. En las caras del público se puede notar quiénes la escuchan por primera vez, se les ve la emoción cuando después de la pausa la voz sale límpida en un agudo impensable y todos dejan de respirar. Luciano le dice que tiene que empezar a cantar la frase un poco antes en su mente para preparar el sonido. Él canta tarareando y

moviendo los brazos para mostrarle cómo entrar en cada estrofa. Le dice que el sonido hermoso, ese cuando canta «folle amore», el público no tiene que esperarlo. Si ella hace un diminuendo, va a quitar lo imprevisto de ese momento. Tiene que ser algo normal, solo música, que no le dé miedo, que va a llegar a la nota. Ella vuelve a cantar y en la mitad él la interrumpe para decirle que cuando frena tiene que parecer natural, y con la mano hace el gesto de tirar algo sobre la mesa. Cuando ella vuelve a cantar esa parte, Luciano la escucha con los ojos cerrados, marcando el tempo en el aire, y todos aplauden al final.

Para procesar la sopa me saqué la remera porque la minipimer es vieja y salpica bastante. Cuando escuché la puerta del ascensor, me vestí rápido. Si algo del colegio de monjas todavía perdura en mí es el pudor, y no quería que los ucranianos me vieran en corpiño. Él empezó a vaciar sus bolsillos, que estaban llenos de pañuelos. Natalia pasó el dedo por el filo de la procesadora, se lo llevó a la boca y dijo que estaba exquisito. Estábamos los tres en la cocina diminuta y nos chocábamos. Yo todavía no había terminado de acomodar las mangas de mi remera y el codo de él me pegó en la espalda mientras sacaba los últimos bollos de papel del bolsillo trasero de su jean. Natalia me contaba que habían terminado de instalar todo, que la sala había quedado muy bien y que la gente del museo era cordial. Él dijo que se iba a dar una ducha para que el vapor le destapara la nariz y ella me preguntó si podía compartirle un poco de la sopa.

Aunque quedamos solas las dos, la cocina seguía pareciendo chica. Ella se estiraba y ocupaba mucho espacio para hacer cosas simples, como sacar dos vasos de la alacena. Todo el tiempo sentía que me tocaba sin necesidad. Preguntó si a la sopa también se le ponía queso rallado y abrió la heladera para buscarlo. Sacó de su cartera un paquete empezado de papitas sabor limón. Me pareció una combinación inesperada y sabrosa. Mientras tomábamos la sopa dijo que la Fontana di Trevi era imponente pero que estaba llena de palomas y de gente desesperada por aparecer sola en las fotos, como si fueran Anita Eckberg en La Dolce Vita. Nos quedamos con hambre porque la sopa era poca y comimos todo el chocolate que me habían dejado de regalo. Él estuvo en la ducha al menos media hora. Cuando salió, el vapor llegó hasta la cocina y empañó la ventana. No le habíamos guardado nada.

El consorcio de los instrumentos musicales

Loreta mandó un mail al grupo de residentes diciendo que el paseo en barco por el Tíber lo postergaban un día porque había pronóstico de tormentas fuertes y no querían que la lluvia nos perturbara los planes otra vez. Me quedé en la cama un poco más pero no logré volver a dormir. Encontré a un youtuber que lee palabras sueltas en español y después las repite en italiano. Son videos de siete minutos de su voz sola. Armé una lista de reproducción y dos noches me fui a dormir escuchándolo leer. En algún lugar toda esa información se va a ir depositando. De las palabras que me acuerdo las más hermosas son: pipistrello (murciélago), temperino (sacapuntas), matita (lápiz), buio (oscuro) y sportello (puerta). La calidad del sonido no es muy buena, se escucha un motor o turbina bien bajito que pienso debe ser el ventilador de una computadora vieja. La voz de él es muy calma y no varía su entonación. Escucharlo de día y con los ojos abiertos es diferente, se mezclan las palabras con mis pensamientos.

Tenía un audio de mi mamá preguntando cómo había sido el primer encuentro de la residencia y desde el fondo mi papá decía: «¡Antonio, contanos de Antonio!». Todos estaban intrigados por conocerlo, porque Martinelli es un señor muy carismático que se la pasa contando historias de cuando era joven y trabajaba con Toscanini o cuando consolaba a Maria Callas después de sus decepciones amorosas con Onassis. Los residentes estamos ansiosos por verlo y el día del desayuno en el teatro nos imaginábamos cómo iban a ser los encuentros y las charlas con él. Sabemos que por su edad probablemente esta sea la última serie de clases que va a dar. La primera vez que lo escuché hablar me hipnotizó. Lo vi con mi papá en un especial de la rai que había grabado La traviata en La Scala de Milán en el ’92. La orquesta la dirigía Riccardo Muti y al principio de la transmisión se podía ver cómo se iba llenando la sala. Me acuerdo de que la expectativa en el sillón de casa era tan intensa como la del teatro. La traviata fue la primera ópera que vi, a los nueve años. Mi papá me contó que se llamaba Alfredo por el personaje, porque su mamá era fanática de Verdi y sabía todas las arias de Violetta, la protagonista, de memoria. Al final de la transmisión había entrevistas a Muti, a la soprano Tiziana Fabriccini y a Antonio Martinelli, que hablaba de las decisiones artísticas de la puesta en escena, la escenografía y el vestuario con un entusiasmo que yo nunca había visto. Después de ese día le pedía a mi papá que me hiciera escuchar

conciertos cada vez que llegaba de trabajar. A él no le entusiasmaba tanto la ópera, pero siempre escuchaba música de cámara o sinfonías. A mi hermano más chico también le gustaba y a veces nos quedábamos hasta tarde en el living aprendiendo los nombres de todos los instrumentos de la orquesta. Me encantaba que se dividieran por familias y me imaginaba que era como el consorcio de mi edificio. Los de la familia de la percusión me daban pena porque se veía a los músicos quietos al lado de su instrumento por horas y participaban en momentos muy puntuales, a veces dando un solo golpe. De la familia de los vientos, el contrafagot me parecía un enigma, no entendía que siendo tan enorme el instrumento tuviera esa caña extremadamente fina por donde el músico insuflaba el aire. Las cuerdas eran mis preferidas. Mi hermano decía que los violines eran a la orquesta lo que el dulce de leche al alfajor: juntaban todo, eran el aglutinante del sonido. Me parecía una definición perfecta.

En la cocina de Bianca había paquetes abiertos de galletitas, migas por todas partes y una botella de jugo de uva de color indefinido. Pensé que el único jugo de uva que tenía sentido para mí era el que se fermentaba y que jamás hubiera elegido nada de lo que ellos habían comido. No quería ordenar, pero la tentación de tirar todos esos envoltorios de plástico era enorme. En el único hueco que quedaba libre en la mesada puse un plato y corté dos naranjas sanguíneas. Natalia llegó envuelta en la toalla azul, como la mañana anterior, y me preguntó si había un poco de jugo para ella también. No quedaban más naranjas pero exprimí mandarinas y junté todo. Natalia dijo que su novio se enfermaba porque siempre tomaba esas bebidas artificiales y se la pasaba comiendo cosas ultraprocesadas sin vitaminas. Le dije que ella debía tener las defensas muy altas porque no se había contagiado y me dijo que era porque había crecido en el campo rodeada de animales. Me pareció que eso no tenía mucho sentido pero no se lo mencioné. Se puso a juntar los paquetes vacíos y me pidió perdón por el desorden. Me acordé de que Bianca también me había pedido disculpas por lo mismo y pensé que en mi cara se debía notar que eso me molestaba. Igual sonreí y le dije que no se preocupara. Con una cucharita sacó lo que había quedado de pulpa de las naranjas y mandarinas en el exprimidor y lo comió. Lavó los vasos y las cosas que estaban en la bacha. En vez de usar el repasador se secó las manos en la toalla que la envolvía. Después se acercó a mi cuello y me dijo otra vez que olía muy bien. Me preguntó si era por el perfume que estaba en el baño y si podía ponerse un poco para ir al museo ese día. Dijo que mi pelo también olía bien y con una mano me agarró la nuca y con la otra de la cintura y me pegó a su cuerpo. Le dije que ella estaba usando mi shampoo y que su pelo olía igual al mío. Dijo que

también había usado mis cremas y mi pasta de dientes. Me dio un beso lento y yo pensaba que la sensación era hermosa pero que tal vez ella estuviera llena de los gérmenes de su novio. Le pregunté si él se iba a enojar si nos veía y al instante me sentí como una señora inexperta que no entiende a la juventud. Natalia se reía y me dijo que no tenía que preocuparme de nada. Puso sus manos abajo de mi remera y me apretó fuerte las axilas. Después acercó las manos a su nariz, inhaló dos veces como si estuviera por catar un vino y dijo que percibía olor a lavanda y en menor proporción a miel. Levantó mi brazo y se quedó un ratito ahí respirando. Mientras tanto yo miraba su pelo de cerca y era del mismo color que las naranjas. Bajó mi brazo despacio y me dio unas palmaditas en los hombros. Dijo que se iba a bañar y que iba a usar todos mis productos. Me quedé en la cocina y preparé café, pensando que con esas inspiraciones tan profundas Natalia había absorbido mi vitalidad.

Quizás con agua de lluvia sea mejor

No me animo a regar la orquídea. Se cayeron dos flores y el resto parece que pendieran de un hilo. Tengo miedo de que para cuando vuelva Bianca no quede ninguna. Volví a escuchar el audio que grabé con las instrucciones pero no me queda claro cómo darme cuenta de si necesita agua de verdad. Miré varios videos en YouTube y todos coinciden en que las orquídeas se riegan cuando tienen las raíces de color gris claro casi blanco. Tengo que inundarla y dejarla así algunas horas, después sacar todo el excedente y las raíces deberían quedar verdes. Las flores que se cayeron ya casi no tienen color. Guardé una dentro de la biografía de Puccini.

El novio de Natalia entró en la cocina a tirar pañuelos usados y a buscar más servilletas. Se sirvió lo que quedaba en la botella de jugo de uva y agarró un budín de limón que había en la mesada, un cuchillo y volvió a la habitación. Pensé que quizás él entendiera de plantas y le podía pedir consejos pero me pareció mejor hablar lo menos posible para que no esparciera la gripe. En la web Expertosenjardinería leí que ante la duda es mejor no regar la orquídea porque el exceso de agua puede ser más perjudicial que la falta y cada vez me sentía más confundida. También decía que las orquídeas se riegan solo de noche y preferentemente con agua de lluvia. Busqué tres tazas para poner en el alféizar de mi ventana porque supuestamente iba a llover todo el día. Las trabé bien con la barra que sostiene el ténder por miedo a que la tormenta fuera fuerte de verdad. Vi que la vecina del quinto estaba tendiendo ropa y me sorprendí al notar que casi nadie a mi alrededor está pendiente del pronóstico del tiempo.

Antonio nos da una misión

El barco salía desde el Ponte Nenni, que queda cerca de mi casa, y otra vez fui de las primeras en llegar. Mientras esperábamos al resto, miramos a los patos que se juntaban en la orilla a bucear algas o miguitas. Una residente que se llama Julie preguntó por qué no había cisnes en el Tíber, pero nadie supo responderle. Hay algunas golondrinas que deben estar de paso y una cantidad descontrolada de gaviotas. Se las ve por toda la ciudad y son muy agresivas. Rompen las bolsas de basura con sus picos y, cuando se juntan muchas, los perros les tienen miedo y las personas también.

Loreta apareció vestida de verde y celeste y en un cuaderno iba tildando casilleros a medida que llegaban los residentes. Repartió carteles con nuestro nombre, país y ocupación. Nos pidió que al menos las primeras semanas los usáramos porque éramos muchos y no iba a ser fácil memorizar el nombre de todos. Después se alejó a hablar por teléfono. El barco, que se llamaba Margherita, era de esos grandes que sacan a pasear a los turistas. Tenía un bar y algunas mesas. Una escalera llevaba a la cubierta, donde estaban acomodadas las sillas en fila. Pedimos cafés y jugos y subimos a mirar el paisaje.

Algunos compañeros de residencia empezaban a preguntar por qué no estaba Antonio. Yo pensé que a lo mejor iba a llegar en una lancha o que su casa quedaba cerca de otro puente y tenía un muelle privado. Todos tenían teorías distintas. Loreta estaba acompañada de algunas personas del teatro, el director del cuerpo de baile, el responsable del archivo histórico y unos asistentes que no nos había presentado. Subieron todos sonriendo y pidieron que nos ubicáramos en los asientos.

Loreta dio un discurso formal de agradecimiento a las autoridades y a todos los que estaban colaborando con la residencia. Nos presentó a un chico muy joven, que es el encargado de redes sociales del teatro y que va a documentar todas nuestras actividades. Dijo que si alguien se sentía incómodo y no quería aparecer en las fotos, tenía que decirlo en ese momento, pero a nadie pareció molestarle. Cuando Loreta vio que ya estábamos cerca del Castel Sant'Angelo, se emocionó y le empezó a tirar besos. Dijo que ya íbamos a tener tiempo para hablar sobre Tosca y su contexto, que ahora disfrutáramos del viaje y empezáramos a conocernos, que había mucho que aprender entre nosotros también.

Después dijo que otra vez nos tenía que pedir disculpas porque Antonio Martinelli había tenido una urgencia odontológica en Florencia y se iba a quedar ahí cuatro días más. Conectó su teléfono a un parlante y nos hizo escuchar un audio que Antonio nos había mandado. Antonio decía que se sentía afligido por no estar ahí con nosotros, que tenía muchas ganas de conocernos y de intercambiar ideas. Su voz parecía afectada por la anestesia y cada tanto intercalaba unas risitas entre las oraciones. Nosotros nos mirábamos de reojo, enternecidos. Como faltaban algunos días para que nos viéramos, siguió Antonio, nos iba a dejar una tarea, una tarea que era muy simple pero que teníamos que tomarla con seriedad y compromiso. Nos encargó observar la ciudad: todo lo que nos llamara la atención, los diálogos de las personas en el mercado, las fuentes de las plazas, el sabor de las comidas, la pintura descascarada de las casas, las esculturas en los museos. Loreta sostenía el teléfono con una mano y con la otra se agarraba el pelo que le despeinaba el viento. Antonio seguía dando ejemplos de cosas que teníamos que mirar y decía que todos los días nos recomendaba cruzar al menos un puente y quedarnos un rato analizando el color del río, que el Tíber cambia y nunca está igual. Nos contó que, cuando Puccini estaba componiendo Tosca, viajó a Roma especialmente para escuchar la afinación de las campanas de la basílica de Sant'Andrea della Valle, que aparece en el primer acto. «¡Trescientos kilómetros para escuchar las campanadas él mismo!». Antonio decía que Puccini era un observador riguroso, que sabía que ese tipo de detalles eran la clave para que después los espectadores sintieran cercanía con la música. Cuando terminó el audio aplaudimos como si fuera el final de una sinfonía. Loreta nos pidió si podíamos repetir el aplauso para que ella lo grabara y volvimos a aplaudir todavía con más énfasis. El barco siguió río abajo hasta el Ponte Sisto, que queda enfrente de Trastevere. Loreta dijo que ella tenía que volver al teatro pero que, si queríamos ir a almorzar, nos recomendaba la Trattoria de Gli Amici.

Éramos ocho y nos armaron una mesa en la calle. Me senté al lado de Cristina, que es una dramaturga del sur de Italia. Enfrente estaba Lucas, un pianista de Toronto que no paraba de transpirar. Hacia el otro lado había dos italianos más que son músicos pero no sé qué instrumentos tocan. Se llamaban Giovanni y Luigi. Y frente a ellos estaba el señor inglés que había conocido en el desayuno, Leonard. En la otra punta de la mesa quedaron Julie, que es belga y musicóloga como yo, y Piero, que es el mayor de todos los residentes y fue el primer violín de la orquesta del teatro de Nápoles durante casi dos décadas.

Cristina había vivido en Roma varios años y se ofreció a elegir la

comida para que pudiéramos compartir y probar todo. Pedimos vino del castelli, que es blanco, seco y emborracha rápido. Después del primer sorbo, empecé a sentir que el piso se movía y pensé que podía ser algo del barco, pero Cristina me dijo que seguro era por el vino, que comiera un poco de pan. Luigi le preguntó al mozo si había internet. La red era «Amici» y la contraseña, «buonoebello». Nos trajeron primero un plato lleno de suplís, que son unas croquetas de arroz, y una tabla de fiambres que estaban acomodados en forma de flor: la mortadela, que es la más clarita, en el centro, alrededor una fila de salame y una última hilera de jamón crudo que estaba decorada con algunas hojas de rúcula. Después el mozo dejó una mozzarella di bufala, que son como nubes de sabor y venía con tomates de un rojo impecable.

Lucas comía y elogiaba cada bocado y mientras masticaba se pasaba la servilleta por la frente como Pavarotti. Tenía los lentes llenos de grasa y me imaginé que debía estar viendo todo embebido en aceite. Piero nos contó que a fines del 1700 la orquesta del teatro de Nápoles tenía treinta y dos violines y era una de las más grandes del mundo. Le pedimos que nos contara historias de Antonio porque era el único de los residentes que lo conocía y había trabajado con él. Nos contó que en el ’87 estaban trabajando en una puesta del Pagliacci en La Scala y el día del estreno uno de los barítonos entró en pánico y no quería salir a escena. Todos los músicos le habían dado consejos pero no lograban calmarlo. Antonio le dijo que no podían abrir el telón sin él porque era uno de los protagonistas, que si no quería cantar iba a tener que salir al escenario y pedirle disculpas al público. Parece que la idea de hablar le dio más miedo todavía y la estrategia funcionó. Según Piero, fue la versión más ovacionada del Pagliacci que hubo en Milán.

Empezaron a caer unas gotas y de un momento al otro todo se había puesto negro. Agarramos nuestras copas, la comida que quedaba y entramos corriendo a la trattoria. Como no había mesas libres, tuvimos que terminar de comer acodados en la barra. Yo sentía que el piso se movía como si todavía estuviera en el barco y pedí un café. Los italianos pidieron más vino y Lucas preguntó si alguien quería compartir un plato de pasta. Piero se veía agotado y dejaba caer todo su peso en el paraguas que usaba de bastón. Le pregunté si quería irse pero en realidad quería irme yo.

Salimos agarrados del brazo a buscar un taxi. Esperamos un rato abajo del techo de una farmacia y, cuando vimos que uno se acercaba, Piero le hizo señas con la punta del paraguas. Primero fuimos a su casa y después yo bajé en la mía. En el camino no hablamos mucho y el

movimiento del auto aumentaba la sensación de mareo, así que mantuve los ojos cerrados. Cuando llegué escuché que Natalia y su novio estaban en la cocina. Fui rápido a mi habitación y cerré la puerta. Hice un scroll largo y sin sentido en el teléfono hasta que me quedé dormida.

Mirar caracoles también marea

De todos los residentes, Cristina es la que pienso que puede ser mi amiga. Me gusta cómo se ríe con carcajadas ruidosas y cuando hablo con ella siento que mi italiano es ágil. Dijo que iba a desayunar en su lugar preferido del centro histórico y me preguntó si quería acompañarla. Cargué agua en la fuente de Via Tomacelli y estaba tan fría que me hizo doler los dientes. En el camino había una pared llena de caracoles y por un rato los miré avanzar lento sobre la piedra. Algo en la manera en que se desplazaban me dio náuseas y otra vez el piso empezó a moverse como en el barco. Esperé a Cristina sentada en un escalón leyendo la historia del Chiostro del Bramante. Ahora es un museo, con un café y una librería en el primer piso. Cuando se construyó en el 1500 era el claustro de la iglesia Santa Maria della Pace, que está al lado. Alguien en internet decía que Bramante era un gran rival de Miguel Ángel pero cuando quise buscar más información no encontré nada.

Cristina llegó un poco tarde, igual a mí no me molesta esperar. El bar del Chiostro está bastante oculto y éramos las únicas, no lo debe conocer mucha gente. No entiendo demasiado de arquitectura pero se nota que el pórtico cuadrado está construido con perfección renacentista. Abajo de cada columna hay bancos enfrentados, que según Cristina eran para que conversaran las monjas y los curas. Ahora les pusieron en el medio unas mesas de vidrio para que la gente tome café. El cornetto tenía casi el tamaño de una medialuna. No era crocante, estaba un poco crudo. Las migas que tiré se las comieron rápido las palomas. Cristina me contó que en la trattoria habían pedido más comida y postres y que le pareció ver a Julie y a Luigi dándose un beso en el pasillo del baño. Me preguntó si Piero me había contado alguna historia en el taxi, pero le dije que los mareos no me habían dejado hablar. Que todavía sentía el piso movedizo y que me estaba preocupando. Me preguntó si podía estar embarazada. Lo había pensado, pero no hay chances porque tomo pastillas y además hace meses que no tengo sexo con nadie. Cristina se horrorizó y dijo que no podía entender que algunas mujeres nos siguiéramos metiendo esas hormonas en el cuerpo. Le conté que había intentado dejar los anticonceptivos varias veces pero tengo dolores menstruales que me desarman. Una vez me desvanecí en calle Sarmiento mientras hacía fila en una ferretería para comprar tarugos. La última vez que estuve sin pastillas me asusté todavía más porque cuando me desmayé estaba

sola en el baño y no sé por cuánto tiempo quedé ahí tendida. Cristina me preguntó cuándo había empezado a tomarlas y le conté que a los dieciséis: mi miedo más grande era quedar embarazada antes de terminar el colegio. Yo estaba de novia con un chico que también tocaba la guitarra. Los sábados a la noche íbamos a la peatonal y cuando cerraban los negocios elegíamos uno que era como una cuevita y que tenía una acústica increíble. Poníamos un sombrero y cantábamos canciones de Charly García. Yo tocaba la base rítmica y Darío hacía los punteos. Con la plata que nos dejaba la gente comprábamos anticonceptivos, forros, panchos y cigarrillos. Cristina no sabía quién era Charly. Le conté. Me dio una libreta para que le anotara el nombre de algunos de sus discos.

Cuando nos paramos para irnos, volvió a moverse el piso. La escalera del Chiostro tenía el centro de cada peldaño muy gastado, parece que todos elegimos pisar en el mismo lugar desde el Renacimiento hasta hoy. Fui pegada a la pared porque ahí la piedra seguía estando plana y me agarré fuerte de la baranda. Cristina dijo que camináramos lento hasta mi casa, que le daba miedo dejarme así. Mientras cruzábamos el Ponte Cavour, me acordé de lo que nos había pedido Antonio y quise mirar el río pero me di cuenta rápido de que fue un gran error. El movimiento del agua revivía el efecto y el piso parecía una balsa chiquita y endeble. Cristina me dijo que si no se me pasaba le avisara, que me iba a acompañar al hospital.

Cuando llegué, Natalia estaba en la cocina y había olor a jengibre recién rallado. Estaba preparando un té para su novio, que tosía en la habitación. Me preguntó si quería uno. Le dije que sí y me acosté en el sillón del living con las piernas en alto contra la pared. Busqué en internet «barco mareo no se va» y «barco mareo qué hacer», pero el scroll me confundía. Solo cuando cerraba los ojos volvía la quietud. Natalia me dijo que el té estaba muy caliente, se sentó al lado mío, agarró un mechón de pelo y me hizo una trenza. Después hizo otra trenza más y me preguntó si eso ayudaba y le dije que sí. Cuando hubo varias trenzas las empezó a trenzar entre sí. Me dijo que se desarmaban rápido porque mi shampoo de palta era muy bueno y el pelo estaba sedoso. Le pregunté si podía googlear por mí y leerme los resultados. Buscó las mismas palabras pero en inglés y había más artículos. Empezó a leer uno sobre cómo evitar los mareos en los barcos que recomendaba elegir los camarotes inferiores y tomar unas gotitas. Nada de eso me servía, pero igual era lindo escucharla. El artículo decía que el mareo por movimiento se llamaba «cinetosis» y le pedí que buscara «cinetosis cómo curar». Natalia leía pausado los síntomas de la cinetosis y me pellizcaba el hombro cada vez que mencionaba uno nuevo: palidez, sudoración, mareos, presión baja,

cefalea, náuseas. Dijo que era más frecuente en mujeres que varones y que se producía por un desajuste en la parte interna del oído. Entre las causas principales, mencionaban los viajes en tren, metro y barco, la realidad virtual, los cines con pantallas demasiado grandes y el movimiento veloz de algunos videojuegos. Siguió leyendo una lista interminable de cómo prevenir y le pedí que buscara la parte de cómo curar, que era la que me hacía falta. Por unos minutos leyó en silencio y al mismo tiempo desarmaba las trenzas que me quedaban. Dejó el teléfono sobre la mesa y suspiró. Le pregunté qué había descubierto y me dijo que iba a tener que ser paciente porque no había cura para la cinetosis. El censor del oído que se había desacomodado con el movimiento iba a volver solo a la normalidad. Podía tardar entre dos y diez días. Me dijo que el té estaba helado y que me podía hacer uno nuevo.

Bajé las piernas de la pared y me senté despacio. Tomé el té con los ojos cerrados y no estaba tan mal. Natalia me agarró el pelo en un rodete bien alto que ató con una colita que tenía en su muñeca. Dijo que era experta en peinados pero que como mi pelo era corto no había muchas opciones.

El talento oculto de sor Fátima

Sor Fátima no entiende el imperativo. Pienso que es porque las monjas siempre reciben órdenes pero nunca las dan. Otra vez me tocó trabajar en grupo con ella. La profesora puso unas cartas boca abajo sobre una silla. Teníamos que imitar el verbo que estaba escrito en la carta y el otro integrante del grupo tenía que adivinarlo y decirlo en imperativo. Me tocó empezar con la mímica de «escribir». Sor Fátima adivinó rápido y dijo «scrivere» y después repasó en el aire todas las conjugaciones posibles menos la del imperativo. La profesora me señalaba con el dedo como obligándome a escribir y yo hacía en el aire el movimiento y ponía cara de sufrimiento. Sor Fátima pensaba y movía la boca en silencio hasta que al final gritó: «scrivi, scrivi!». La profesora la felicitó y nos anotó un punto en el pizarrón.

En el otro grupo estaban las dos estudiantes más avanzadas, pero una tenía un día malo y decía que todo su vocabulario se había perdido. No pudo adivinar «saludar» y le pidió perdón a su compañera, le dijo que iban a perder por su culpa y en un momento pensé que hasta podía llorar. Sor Fátima hacía representaciones muy buenas con efectos especiales, prendía y apagaba la luz, abría la puerta del aula y hacía sonidos con la suela de sus zapatos. Le dijimos que si se aburría de ser monja, podía convertirse en una gran actriz. Cada vez que ganábamos un punto se llenaba de emoción. Quedaba la última carta y la imitación la hizo la profesora. Yo descubrí el verbo y lo anoté en mi cuaderno y sor Fátima conjugó a toda velocidad y gritó: «appoggia, appoggia!». Me dio un abrazo para festejar que habíamos ganado.

Caminamos juntas a la salida de la clase y la agarré del brazo cuando me vino el mareo. Tomé el agua que había cargado en la fuente de Via Galilei y estaba tibia. Nos sentamos en un escalón y le conté del barco, la cinetosis y que hacía algunos días que no se iba el malestar. Me dijo que podía ser por el polen y me pareció que eso no tenía sentido. Según sor Fátima, en Etiopía algunas personas se enferman cuando cambian las estaciones. Busqué en internet «cinetosis relación polen vientos» y leí que el exceso de polen o polvo en el aire puede provocar mareos. Sor Fátima se alegró de que internet le diera la razón. Me dijo que todo lo que estaba flotando en la atmósfera se iba a estabilizar en unos días y que esa noche iba a rezar por mí.

Pieles sensibles

Bianca me mandó un mensaje para decirme que a lo mejor se quedaba unos días más en Tarquinia. Me preguntó si todo estaba bien con los ucranianos. Pensé en contarle que su habitación estaba llena de gérmenes pero me pareció innecesario. Mi mamá también me mandó un mensaje. Tenía una foto de un tubito verde que parecía un desodorante en miniatura. Era un producto para que no te saquen ampollas los zapatos, se lo había recomendado su amiga que vivía en España. Me dijo que tratara de conseguirlo antes de que empezara el calor porque cada verano se me llenan los pies de lastimaduras. Hace algunos años, la dermatóloga me había dado una crema que tenía el mismo efecto pero se dejó de fabricar y nunca encontré algo parecido. A la dermatóloga a veces le mando fotos para hacerle consultas sin tener que ir a verla. Me conoce desde chica y sabe que fui hipocondríaca. Me dio todos los tratamientos posibles para curar verrugas cuando era adolescente pero nada funcionaba. Mi hermano más grande me dijo que ningún médico iba a poder curar eso porque era psicosomático, pero él conocía un conjuro. Me pidió que pusiera un poco de carne cruda en una bolsa y la atara con un nudo. Después tenía que elegir un lugar por el que supiera que nunca más iba a volver a pasar. Estábamos en Córdoba visitando a mis abuelos, así que fui a un punto perdido en el monte. Tenía que visualizar las verrugas cayéndose y al mismo tiempo, con los ojos cerrados, tirar la bolsa para atrás. No podía mirar dónde había caído. A los pocos días, cuando me fijé, las verrugas ya no estaban.

Para los herpes, las alergias, las uñas quebradizas, las manchas solares, los brotes de acné y todo lo que no podía identificar con la ayuda de internet iba a ver a la dermatóloga. Le reenvié la foto del tubito verde y le pregunté si lo conocía. Me dijo que esa marca no se conseguía en Argentina. Después me mandó el emoji de la chica con vestido rojo que parece bailarina de flamenco y escribió: «¡ojalá funcione!». Unos días antes de viajar a Roma vi que en el párpado izquierdo tenía algo que parecía un rasguño. Se empezó a agrandar y se volvió rojo. Cuando el tamaño se estabilizó se puso blanco y la piel se volvió escamosa. Por momentos me picaba mucho y empecé a repasar todas las afecciones que conozco que coinciden con esa descripción. Estaba segura de que el diagnóstico era de psoriasis, me saqué una foto y se la mandé para que me dijera qué hacer. Ella siempre hace un montón de preguntas y me sorprende a veces con su percepción afinada. Me

dijo: «¿tenés las uñas pintadas de rojo, azul, verde o negro?». Le dije que me las había pintado con un esmalte que usaba por primera vez. El color se llama big apple red y tiene un poco de fucsia cuando se mira con luz natural. La dermatóloga dijo que seguramente me había rasguñado dormida y que se había formado un eccema. Parece que mientras más oscuro es el color de la laca, más químicos tiene y eso genera alergia en las pieles sensibles. Me dijo que no me pintara las uñas por varios días.

Cristina también mandó un mensaje para saber cómo me sentía. Le conté que desde que sabía que el mal del movimiento se llamaba cinetosis estaba un poco mejor. A veces la hipocondría se calma cuando el síntoma encuentra un nombre.

Sesión de fotos

Loreta mandó un mail al grupo de residentes diciendo que iban a cambiar la agenda de actividades. La visita a la Toscana, que estaba programada para el final de la residencia, se adelantaba porque Antonio Martinelli seguía en Florencia. No se sentía con energía para viajar, así que nosotros íbamos a ir a verlo a él. En el correo había una lista de recomendaciones que me hizo acordar al colegio. Loreta decía que lleváramos ropa fresca y clara, protector solar, sombrero, calzado cómodo, botella de agua y dinero del sobre que nos había dado. La salida era desde Termini al día siguiente.

Miré el pronóstico del tiempo y decía que la máxima prevista era de 33 grados y no iba a haber ninguna nube. Preparé la mochila en mi mente y pensé que solo iba a necesitar tres vestidos y tres bombachas. En un estuche de plástico transparente guardé desodorante, pasta de dientes, mousse para el pelo, crema de noche, agua micelar, algunos discos de algodón, máscara de pestañas y dos labiales. En un frasco vacío traté de poner mi shampoo de palta, pero la boca del frasco era demasiado chica y se empezó a volcar un poco. El novio de Natalia me dijo que necesitaba usar el baño y le pedí que esperara un ratito porque tenía las manos llenas de shampoo. Abrí la canilla y se formó un poco de espuma. La piel quedó suave y olía delicioso.

Él se veía mucho mejor y ya no estornudaba ni tosía. En la mesa del living había varios platos con galletitas y confites, una botella de chocolatada y un budín de vainilla. Natalia me dijo que iban a merendar mucho porque a la noche tenían la inauguración en el museo y no iban a poder cenar hasta tarde. Me sirvió un vaso de chocolatada espesa. Su novio se metía los confites de a cinco y masticaba con la boca abierta porque todavía tenía la nariz un poco tapada. Les pregunté si estaban nerviosos por la inauguración pero me dijeron que no. El novio de Natalia agarró una cámara del bolso que colgaba de su silla y dijo que me quería sacar una foto. Se levantó y empujó el sillón hasta el medio de la sala, porque en el living no había paredes libres. Me preguntó si podía apoyarme en la pared blanca para medir la luz. Natalia miraba todo desde la mesa mientras cortaba el budín. Dijo que la orquídea podía verse linda en la mesa al lado de la lámpara y cuando la levantó para trasladarla se le cayó otra flor. También empezó a descolgar las fotos de Bianca y en un clavo que quedó libre ató el pañuelo que llevaba en el cuello. Entre ellos

hablaban un ucraniano tan rápido que no podía ni siquiera darme cuenta cuándo terminaba una palabra y empezaba la otra. Natalia me acomodó el pelo y me pidió que no me pusiera nerviosa. Yo me reía, pero en realidad no entendía por qué estaba pasando eso y no supe cómo frenarlos. Natalia buscó todas las frutas que había en la cocina y las acomodó al lado de la orquídea. Dos naranjas, un pomelo y un limón. Dijo que le parecía un arreglo escaso. Les pregunté si faltaba mucho porque quería terminar de preparar mi bolso para el viaje y creo que ella se ofendió un poco. Quiso saber cuántos días iba a irme y mientras yo le contestaba él empezó a sacar fotos. Me dijo que no hacía falta que dejara de hablar, que era mejor porque iba a salir más natural. Le conté a Natalia el itinerario. Eran tres noches en Florencia, pero durante el día íbamos a ir a otras ciudades: primero a Torre del Lago, a visitar la casa donde Puccini compuso casi todas sus óperas; al día siguiente a Lucca, a conocer su casa natal, y el tercer día teníamos una actividad en el Teatro de Florencia y después del almuerzo volvíamos a Roma.

Las fotos eran analógicas y nunca me dijeron para qué las estaban sacando. El novio de Natalia casi no se sentía, solo se escuchaba de vez en cuando el obturador de la cámara. Natalia insistía para que los acompañara esa noche a su inauguración en el museo, pero la obra era una sala oscura llena de pantallas y yo no quería arriesgarme a que se despertara la cinetosis otra vez. Él dejó la cámara sobre la mesa, agarró dos pedazos de budín y mientras masticaba dijo que ya estaba, que podíamos volver a acomodar todo. Empujé el sillón otra vez contra la pared y llevé las frutas a la cocina. Pensé que apenas quedara la casa tranquila iba a barrer las migas del piso y me iba a preparar una ensalada con las endivias de Bianca que seguían en la heladera.

A Florencia en tren

Teníamos que encontrarnos en la puerta del teatro y como siempre fui la primera en llegar. Tomé un café en la barra del bar que está enfrente pero no quise comer nada porque me acordé de las recomendaciones para prevenir la cinetosis que leyó Natalia. Tomé una botella entera de agua que cargué en la fuente de Juno y la volví a llenar en la Via Napoli.

Loreta llegó con un vestido lila y un sombrero blanco y se asombró del tamaño de mi mochila. Ella tenía una valija y una cartera bastante grande. Luigi y Julie llegaron juntos y me imaginé que el rumor del romance era cierto. Piero se bajó de un taxi con un poco de dificultad y preguntó si alguien podía ayudarlo con su valija. Seguía usando el paraguas de bastón y se lo veía más petiso que la vez anterior, como si estuviera encogiéndose. Loreta empezó a mandar mensajes porque faltaban todavía varios residentes y había que caminar cinco cuadras largas hasta Termini.

Le pregunté a Piero si quería que empezáramos a avanzar despacio hasta la estación y me dijo que sí. Julie vino con nosotros y entre las dos cargamos sus cosas. Cada vez que queríamos cruzar una calle, él levantaba el paraguas y lo ponía de barrera para que las motos frenaran. Era el único que seguía usando el cartel que nos había repartido Loreta en el barco, lo tenía enganchado del cuello de la camisa. Julie le preguntó si hacía mucho que no lo veía a Antonio Martinelli y Piero contó que habían estado juntos el verano anterior en un concierto de Ennio Morricone en la arena de Verona. Nos dijo que a veces le daba un poco de envidia que Ennio y Antonio pudieran seguir trabajando. Para los músicos es más difícil que para los directores, porque el cuerpo se va debilitando y los violinistas necesitan vigor. Le pregunté si seguía tocando al menos en su casa y dijo que no, que tenía sus violines cerca y los mantenía afinados pero solo los miraba. Dijo que los músicos tenían carreras parecidas a los tenistas, cuando los huesos comenzaban a fallar les quedaba retirarse y abrir academias. Con Julie empezamos a decirle cosas lindas porque daba la impresión de que se estaba emocionando. Él dijo que no nos preocupáramos, que estaba feliz de sentirse un estudiante otra vez. Nos contó que cuando aplicó a la residencia Antonio lo había llamado para preguntarle si estaba seguro de querer participar, que alguien con su trayectoria no tenía necesidad de seguir formándose. Piero le dijo

que por favor tuvieran en cuenta su aplicación, que hacía años que no tocaba y ya tampoco podía enseñar, que estaba muy aburrido todo el día en su casa y no sabía qué hacer con tanto tiempo libre. Piero decía que necesitaba hacer cosas porque cuando estaba quieto solo pensaba en las partes del cuerpo que le dolían.

Termini estaba llena de gente y nos costó un poco entender a qué andén teníamos que ir. Los trenes de alta velocidad salen desde un costado de la estación y tuvimos que caminar bordeando grupos enormes de estudiantes y de turistas. Nuestro vagón era el cuarto y fuimos los primeros en subir. A los pocos minutos llegó Loreta con el resto de los residentes. Nos dijo que ocupáramos el asiento asignado en el boleto porque en los Frecciarossa los controles son estrictos y te retaban si estabas en un asiento que no era el tuyo.

Me tocó al lado de Leonard, el señor inglés, que estaba de buen humor y me ofreció chocolates. Le conté que no podía comer por la cinetosis y que iba a estar todo el viaje con los ojos cerrados. Me dijo que él tenía ganas de charlar y que iba a buscarse un asiento libre al lado de otra persona. Intenté dormir pero no pude y me quedé escuchando las conversaciones de los demás con los ojos cerrados. Aunque no mirara por la ventana, la velocidad se sentía en la garganta y el estómago. Yo estaba más acostumbrada a las rutas, donde el auto esquiva baches y el movimiento nunca es constante, que al tren, que se desplaza de una forma demasiado homogénea, como el barco.

Cristina estaba sentada en el asiento de adelante y charlaba con Piero y Julie sobre los pinos de Roma. Julie quería saber si los pinos que se veían en el Palatino eran de la época de los romanos y Piero se reía a carcajadas. Le dijo que a lo sumo tenían ochenta años como él, que los pinos no son tan longevos. Cristina contó que con las tormentas fuertes de principios de mayo varios pinos se cayeron y había una polémica porque mucha gente estaba pidiendo que los reemplazaran por árboles jóvenes y bajos. Piero decía que eso no iba a pasar nunca, porque los pinos son parte de la identidad de Roma, se podían ver en todas las pinturas del Renacimiento y había hasta obras musicales dedicadas a ellos, como I pini di Roma, que compuso Respighi en 1924 y representaba en cuatro movimientos los pinos de los distintos barrios de la ciudad. Piero siguió hablando de Respighi con mucho entusiasmo. Le parecía hermoso que un autor les dedicara un poema sinfónico a los pinos. En los asientos de atrás estaban Leonard y Lucas hablando sobre cosas que no me interesaban mucho, como nuevas tecnologías para grabar instrumentos de percusión.

Cuando el tren empezó a disminuir la velocidad abrí los ojos. Para

pararme esperé a que estuviera totalmente quieto. Loreta había reservado un hotel a pocas cuadras de la estación: desde mi habitación se veía el Duomo y el campanario de Giotto. Colgué en el ropero mis tres vestidos para que no se arrugaran y llevé al baño el estuche transparente. No había ventilador y el aire acondicionado tenía unas cintas pegadas para que no se pudiera prender. En la habitación de enfrente estaba Cristina, que se puso celosa cuando le dije que tenía una vista increíble porque su ventana daba al centro del edificio y solo veía cactus secos y sábanas colgando. Cuando bajé a la recepción estaba Loreta hablando por teléfono y anotando cosas en un cuaderno. Faltaba media hora para que pasara a buscarnos la combi. Fui al bar de al lado porque me crujía la panza. Tomé un café lungo y pedí algo que era igual a una pastafrola pero de durazno. Después di una vuelta a la manzana. No encontré ninguna fuente donde cargar mi botella.

A Antonio todo lo maravilla

Loreta ayudó a Piero a sentarse adelante para que estuviera más cómodo. Dijo que el otro asiento libre era para Antonio. El hotel de Antonio quedaba a algunas cuadras y ya nos estaba esperando en la vereda. Cristina me preguntó despacito al oído si esta vez de verdad lo íbamos a ver: creo que todos estábamos preguntándonos lo mismo.

Las calles de Florencia son empedradas y la combi daba saltos. Estaba empezando a hacer calor y me alegré de tener mi abanico en el bolso. Frenamos en la puerta del hotel y Antonio agitó los brazos cuando nos vio. Tenía el pelo blanco y resplandeciente y un paraguas con el que atajaba el sol. Cuando abrió la puerta de adelante, le dio un abrazo a Piero que duró varios segundos, entre risas y palmadas en la espalda. Después se dio vuelta y saludó a Loreta y a todos nosotros. Era la misma cara que yo veía en los especiales de la RAI con mi papá, pero llena de arrugas.

El viaje a Torre del Lago duró una hora y media. Antonio nos miraba desde el espejo retrovisor y hablaba sin parar. Se notaba que todos estábamos un poco intimidados porque al principio nadie se animaba a interrumpirlo o hacerle preguntas. Hablaba con palabras simples pero ordenadas de una forma inesperada y me daba la sensación de estar escuchando a alguien que había nacido en un tiempo lejano, como si hubiera aprendido a hablar leyendo la Eneida. Señalaba el paisaje y decía: «qué delicia tumbarse bajo ese pino en absoluto silencio…» o «¡miren qué soberbio ese monte!». Nosotros sonreíamos. De cada cosa que veía tenía algo para decir y todo lo maravillaba.

Nos contó que las primeras óperas de Puccini habían recibido críticas terribles pero Ricordi, que financiaba sus producciones, pensó que a lo mejor le pasaba igual que a Wagner y recién encontraba el éxito con su tercera obra. Así fue. Cuando se estrenó Manon Lescaut fue un suceso. La crítica decía que la música de Puccini era de un gusto exquisito y lo empezaban a nombrar como el sucesor de Verdi. La mañana siguiente del estreno le escribió a Ricordi para decirle que quería comprarse una bicicleta. Al poco tiempo, pudo comprar también su casa. Puccini había estado varios años sin un lugar fijo, entre Lucca y Milán, alquilando casas de fin de semana. En uno de esos traslados conoció la casa de Torre del Lago. En ese momento, el pueblo eran solo algunas casitas alrededor de la iglesia. Puccini les

contaba a sus amigos que había encontrado un lugar soñado, que siempre tenía un velo de bruma y le hacía acordar a Japón. Le gustaba componer por la noche y durante el día iba a pescar al lago. En el pueblo había varios pintores y poetas amigos que algunas noches iban a jugar a las cartas con él. Parece que las conversaciones y el ruido no afectaban su concentración y Puccini seguía haciendo anotaciones en la partitura cuando era el turno de jugar de los demás.

Apenas entramos al pueblo vimos que las calles se llamaban Butterfly, Turandot, Tosca y que la calle principal, que llevaba hasta el lago, era la Via Giacomo Puccini. Cuando estábamos llegando, Loreta nos dijo que podíamos dejar nuestros bolsos en la combi y que en la casa estaba prohibido sacar fotos o grabar videos. Salió a recibirnos una señora y atrás de ella aparecieron dos gatas de pelo largo que parecían inmortales. Cristina dijo que eran las gatas de Puccini. Cuando nos agachamos a acariciarlas se tumbaron ronroneando boca arriba para que les tocáramos la panza. Piero las acarició con la punta del paraguas. La señora del museo nos dijo que el jardín mantenía el mismo aspecto pero que ya no había tantos pájaros como cuando Puccini vivía ahí. Señaló una palmera en el medio de un cantero y dijo que era el único árbol original.

La casa tenía el aspecto típico de las casas burguesas de finales del siglo xix. La planta baja tenía dos terrazas, una con vista al lago, donde almorzaba la familia durante el verano. La otra daba al sur y estaba decorada con un ventanal enorme de vidrios policromados. En el primer piso se veían dos balcones con barandas de hierro. En esa planta estaban las habitaciones, pero no nos dejaron visitarla. Entramos primero por la puerta con el vitral y vimos una sala llena de objetos, casi sin espacio libre en las paredes. Antonio se apoyó en un escritorio ubicado en el fondo y nos contó que ahí Puccini había escrito las partituras de Turandot. Era un mueble que pertenecía a su casa natal y que lo había acompañado en todas sus mudanzas. La señora del museo le dijo que por favor no lo tocara, pero a Antonio parecía no importarle y cada tanto acariciaba las manijas de los cajones. Era muy difícil contener el impulso de sacar fotos. Le hubiera sacado una foto a cada cosa que había en esa habitación. Había cartas que Puccini le mandaba a su esposa cuando estaba de viaje, condecoraciones y premios, sus anteojos y varios ceniceros. En el centro se exhibía una copia del Capricho sinfónico, la primera pieza que compuso mientras estudiaba en el conservatorio de Milán. Me pegué al vidrio para ver las anotaciones y todo lo que estaba escrito en los márgenes. Antonio sabía historias de cada objeto y las contaba saltando en el tiempo de un lado al otro. Hablaba de la infancia de Puccini en Lucca y la tradición musical de su familia. Nos contó que

su abuelo y su padre también habían sido músicos pero ninguno había salido del pueblo. Cuando tenía dieciocho años, se enteró de que en Pisa iba a haber representaciones de la Aída de Verdi. Convenció a dos amigos para que lo acompañaran, pero ninguno de los tres tenía plata, así que fueron caminando. Caminaron los veinte kilómetros que separaban las dos ciudades, descansando de vez en cuando abajo de los olivos. Puccini quedó tan impresionado al ver Aída, que la idea de seguir tocando el órgano en la capilla de Lucca le fastidiaba. Nunca antes había visto una ópera y desde ese día no pudo pensar en otra cosa. Antonio nos decía que tratáramos de imaginar a Puccini escuchando por primera vez la «Marcha triunfal», con ese despliegue enorme en el escenario que en algunas representaciones llegó a tener hasta quinientos intérpretes. Piero se puso a tararear y dijo que la melodía de las trompetas era tan impactante, que seguía sonando en la cabeza por varios días. Antonio le dio la razón y contó que en esa época, en cualquier esquina, podía escucharse gente silbando algún fragmento de Aída o Norma. Que la ópera resonaba por todas partes. Dijo que por culpa de algunas películas de Hollywood, donde siempre mostraban millonarios con palcos comprados, empezó a predominar la idea de que la ópera era solo para ricos, pero que por supuesto no era así.

La señora del museo nos pidió que pasáramos a la sala siguiente y fue difícil, porque muchos de los residentes se quedaban mirando detalles de las partituras de las vitrinas y discutían sobre cada anotación. Antonio esperó a que estuviéramos todos y dijo que esa, con el piano Steinway que Puccini usaba para componer, era su sala preferida. Había una valla resguardando el piano y esta vez no pudo acercarse, pero se le notaban las ganas de tocarlo. Al lado del piano había una mesa enorme para que entraran con comodidad las partituras sinfónicas. También el tintero y la silla giratoria. Las paredes estaban llenas de retratos que habían pintado sus amigos artistas. En la otra punta de la sala había un biombo japonés precioso y una vitrina con la máscara mortuoria, aunque mucho no quise mirarla porque me dio impresión. Para pasar a la siguiente habitación caminamos por un pasillo un poco estrecho lleno de fotos de músicos y amigos. Antonio se detenía en cada uno para contar alguna historia. Nos dijo que Enrico Caruso sacaba a pasear a Puccini cuando estaba de visita en Nueva York y se pasaban los días fumando en bares y contando chistes. Había una foto donde se veía a Puccini sentado en una mesa con Arturo Toscanini, los dos con sombrero y bastón y cada uno mirando hacia un punto diferente. Una de las gatas pasó refregándose contra nosotros y el roce de su pelo largo me hizo cosquillas en las piernas. A la habitación de la caza, que estaba llena de rifles y

animales embalsamados, no quise entrar. Al final del recorrido había una tienda de libros y recuerdos. Compré una guía del museo. Cristina hizo sonar una caja de música y todos tarareamos encima «Che gelida manina». Loreta dijo que nos esperaban en la plaza de afuera. Íbamos a descansar un rato cerca del lago.

Antonio charlaba con Piero al lado de la escultura de bronce de Puccini que estaba en el medio de la plaza. El chico de las redes sociales, que hasta ese momento había parecido invisible, les pedía que sonrieran y se abrazaran. Cuando llegamos los demás, nos dijeron que nos acercáramos para una foto grupal. Yo quedé al lado de Lucas. Como su brazo sobre mi hombro se sentía húmedo y pesado, agité el abanico adelante de su cara, le pregunté si le servía un poco de viento y me agradeció.

Nos sentamos abajo de los árboles y Loreta trajo de la combi un canasto de picnic. Sacó algunas bolsas con frutas y nos las fue pasando. Yo agarré una bolsa con cerezas. La primera que mordí tenía un sabor increíble. Cristina sostenía una bolsa vacía donde tirábamos los carozos. Ella mordió otra cereza y la cara se le transformó. Arrugó la nariz, empezó a mover los brazos y escupió en la bolsa de los carozos. Dijo que le había tocado una cereza horrible y se metió rápido otra cereza en la boca para que se limpiara el recuerdo. Con la cereza nueva, puso cara de placer. Leonard le sacó la bolsa de un tirón y también escupió. Nos dimos cuenta de que había entre las ricas muchas cerezas espantosas y de a poco a todos nos fue tocando escupir. Antonio nos miraba y se reía a carcajadas. Decía que la bolsa de cerezas era como un oráculo. Cuando le ofrecí que eligiera una, dijo que prefería quedarse con la intriga y comer un damasco.

Dibujar música en patines

Mientras volvíamos al hotel, Antonio le pidió ayuda al conductor de la combi para reproducir un disco que tenía en su teléfono. Estábamos todos sentados igual que en el viaje de ida. Todavía no habían prendido el aire acondicionado y el vestido se me quedaba pegado al cuerpo. Empezó a sonar la sinfonía n° 4 de Mendelssohn. Antonio nos miró por el espejo retrovisor y dijo que, en 1830, Mendelssohn pasó varios meses viajando y que esa pieza era su intento por captar la atmósfera italiana. Durante varios siglos Italia había sido el lugar de peregrinación para músicos, pintores y escultores. Los que llegaban desde el norte pasaban primero por Venecia, después por Milán, Roma y Nápoles. Iban visitando museos, teatros y escuelas, trataban de conocer a los maestros y algunos hasta se quedaban a vivir temporadas muy largas. Mozart, por ejemplo, hizo su primer viaje a Italia cuando tenía catorce años. Lo acompañó su papá, que era el que se encargaba de contactar a los nobles para organizar conciertos privados. Mozart quedó fascinado con Nápoles. En una carta a un amigo dijo que ni aunque estrenara cien conciertos en Alemania iba a tener la misma gloria que escribiendo una ópera para Nápoles.

Antonio nos dijo que nosotros también estábamos haciendo ese viaje, que teníamos que impregnarnos de todo lo que veíamos. Pidió que prestáramos atención a los cambios en el ritmo, el temperamento y el color de la sinfonía de Mendelssohn, y que evitáramos hablar entre nosotros hasta llegar a Florencia. El primer movimiento es un allegro vivace y me pareció que combinaba bien con las sierras bajas y los pinos. Se veían algunas casas dispersas y de vez en cuando me daba la sensación de estar en una ruta cordobesa. Casi siempre me siento para escuchar música. Me acordé de cuando era chica y acompañaba a mi papá en el living, antes de que salieran los DVDs. Nos sentábamos en el sillón a mirar la pantalla apagada de la tele y solamente escuchábamos. Recorría con la vista la forma de los muebles, marcaba el contorno de la mesa, de cada silla, de la frutera y de las cortinas. Siempre lo hacía siguiendo la melodía de los violines. A veces también levantaba el dedo índice y dibujaba en el aire la frase del oboe o el clarinete. Era hermoso escuchar sin poder ver qué estaban haciendo los músicos, había que imaginarse todo.

Cuando tuve mi primer walkman, entendí que el movimiento cambiaba la percepción del sonido. Modificaba el ritmo del paso para

que se acoplara a la música. Casi al mismo tiempo mis abuelos me regalaron un par de patines. Me pasaba la semana escuchando la radio con un cassette virgen y los dedos listos en los botones para grabar las canciones que me gustaban. Los fines de semana, cuando podía patinar, probaba cómo quedaban las canciones nuevas con la velocidad. En esos compilados a veces se mezclaba Tchaikovsky con Roxette y Luis Miguel. Me gustaba todo. Algunos domingos íbamos a un club a comer asados y había una cancha de básquet abandonada. El piso era de baldosas y muchas estaban sueltas. Cuando esquivaba los pozos y las baldosas flojas, iba formando dibujos. Era parecido a lo que hacía con un dedo en el aire para seguir la forma de los muebles, pero con los patines se volvía más abstracto. Primero prestaba atención a la voz de Luis Miguel:

Cuando calienta el sol aquí en la playa

Siento tu cuerpo vibrar cerca de mí

Escuchaba la canción y patinaba siguiendo el fraseo, doblando las rodillas y dando pasitos cortos con cada «oh, oh, oh». Me gustaba pensar que si alguien me miraba desde algún balcón cercano iba a poder adivinar qué canción estaba escuchando solo por fijarse en mi movimiento. Después rebobinaba y hacía lo mismo pero prestando atención a la guitarra o a algún otro instrumento.

La sinfonía de Mendelssohn terminó justo cuando llegábamos a la ciudad. Todos habían relacionado la música con cosas distintas. Cristina dijo que una parte del cuarto movimiento emulaba una tarantela y se había imaginado a las bailarinas en el medio del paisaje. Me pareció hermoso. Loreta nos avisó que teníamos tres horas para descansar y cambiarnos para la cena. Me di cuenta de que solo había llevado un vestido para cada día y que iba a tener que quedarme llena de transpiración.

Los entusiastas de Puccini

Me bañé sin lavarme el pelo y con un disco de algodón intenté sacar una mancha de cereza de mi vestido. La ventana había estado cerrada todo el día y en la habitación hacía un calor sofocante. Me acosté y busqué en la tele un canal de cocina. Una señora estiraba una masa, ponía tomates amarillos y rojos, pimienta, aceite y camarones y decía que esa era la pizza «latinoamericana». Me dio una mezcla de risa y vergüenza ajena. Le saqué el volumen y la seguí mirando cocinar pero en silencio. Me desperté cuando Cristina tocó la puerta para decirme que ya estaban en el hall y solo faltaba yo.

Era la primera vez que llegaba tarde. Todos se veían frescos y elegantes y me arrepentí de no haber llevado una valija con más cosas. Al menos me había lavado los dientes y en el ascensor llegué a pintarme los labios. Loreta tenía un vestido rojo y el pelo atado tirante. Hablaba con Julie sobre la humedad y lo difícil que es controlar el frizz en verano. Mientras caminábamos despacio, me acerqué para escuchar su conversación porque todas las personas que tenemos rulos siempre estamos en busca de nuevos trucos. Loreta nos contaba que en Roma el agua es calcárea, se siente dura y te deja el pelo como una piedra. En muchas casas tienen instalados unos filtros que una vez por año se limpian y salen blancos, con la cal solidificada. Nos recomendó que para compensar usáramos alguna hidratación intensa. Nos dijimos los nombres de los productos que preferimos, las rutinas de lavado y las listas de componentes contraindicados como sulfatos, siliconas y parabenos. Julie nos contó que en Bélgica hay muchos productos bio que prometen ser limpios y libres de químicos pero que, cuando leés las etiquetas, tienen alguna silicona escondida. Ella y otras chicas con rulos armaron un grupo en internet y están terminando de redactar un petitorio para que una ley prohíba esos engaños. Les conté que yo también estoy en un grupo de chicas con rulos en internet. Loreta no estaba segura de que existiera algo así en Italia.

El restaurante casi no se veía desde afuera porque la fachada del edificio estaba llena de andamios. Se llamaba Antica Trattoria da Tito dal 1913 y tenía las paredes y el techo escritos con fibra, como la habitación de un adolescente. Apenas llegamos, el mozo llevó un fibrón a nuestra mesa y le pidió a Antonio y a Piero que dejaran un mensaje en la pared. Piero dibujó una cara feliz y puso su nombre y la

fecha. Antonio encontró un lugar libre bastante grande y escribió:

Cocoricò-cocoricò-bistecca. Los entusiastas de Puccini comimos acá.

Antonio Martinelli

Todos se reían y yo sentía que no estaba entendiendo el chiste. Le pregunté a Antonio qué significaba, pensando que a lo mejor era un viejo dicho siciliano o algo así. Antonio nos contó que, cuando Puccini estaba componiendo La bohème, a veces la música iba más rápido que la escritura del libreto. Puccini se había adelantado mucho y ya estaba componiendo el vals de Musetta del segundo acto. Fue a visitar a Giacosa, el libretista, y le dijo: «Tenés que escribir versos que correspondan a palabras con esta métrica: Cocoricò-cocoricò-bistecca». Giacosa temblaba cada vez que Puccini le hacía esos pedidos. Al día siguiente le llevó el texto: «Quando me'n vo, quando me'n vo, soletta» y el resto del vals como ahora lo conocemos.

Pedimos varias botellas de chianti, que el mozo fue distribuyendo a lo largo de la mesa. Nos sirvieron una tabla de fiambres y quesos de la toscana. Comíamos y hacíamos gestos con las manos cada vez que probábamos un tipo nuevo de jamón. Las aceitunas brillaban tanto que parecían bañadas en almíbar. Loreta nos daba consejos de qué platos pedir. Cuando hay muchas opciones me mareo y me cuesta decidir. Di vueltas hasta que le pedí que eligiera por mí algo no muy pesado.

Durante toda la cena hablamos de la casa de Puccini y los objetos que nos habían llamado la atención. Lucas decía que se había emocionado con el piano, le daba curiosidad saber si alguien lo tocaba de vez en cuando. Antonio le dijo que probablemente nadie lo estuviera manteniendo. Loreta propuso visitar la plaza del Duomo antes de irnos a dormir. Dijo que la noche era la mejor hora para ver los lugares que suelen estar llenos de turistas.

Caminamos despacio por el medio de la calle porque ya no había autos. Piero igual levantaba su paraguas en cada esquina antes de cruzar. Le pregunté si estaba cansado, pero en realidad se lo veía muy enérgico. Se agarró de mi brazo y fuimos charlando sobre los detalles que nos gustaban de las casas. Vimos unas ventanas que tenían una reja cuadriculada que parecía antigua y pesada. Cada esquina de la reja estaba sostenida por una tortuga de bronce. Se las veía tan reales

que tuve que tocarlas para convencerme de que eran un ornamento. Piero me dijo que hay muchas tortugas en varios lugares de la ciudad. En la plaza del Duomo hay un obelisco enorme apoyado en cuatro tortugas, una en cada vértice. Parece que Cosimo de Médici había adoptado la representación de las tortugas como su símbolo personal, siguiendo su proverbio favorito, «apúrate lentamente». Piero me dijo que todas las tortugas las había mandado hacer Cosimo y que pasaba algo parecido con las abejas en Roma, que representan a la familia Barberini. Según Piero, todas las imágenes que vemos en las calles tienen una razón y se pueden leer como si fueran libros.

Cuando llegamos a la plaza todavía había mucha gente comiendo pizza en los bares y sacándose fotos. Los tachos de basura rebalsaban y se veían botellas de plástico por todas partes. A diferencia de Roma, en Florencia hay muy pocas fuentes y eso multiplica la cantidad de plástico. Loreta nos contó historias sobre las dificultades técnicas que tuvo Brunelleschi para construir la cúpula de la catedral. Nombró muchos términos que para mí son imposibles de entender, como «paños ojivales» o «tambor octogonal». Lo que me quedó claro es que Brunelleschi tuvo que imaginar una manera totalmente nueva para que esa cúpula gigante pudiera sostenerse. Caminamos un poquito hasta el campanario. Era muy frecuente en esa época hacer los campanarios separados, para que la vibración de las campanas no afectara al resto del edificio. Era una torre de casi noventa metros de alto que proyectó Giotto y terminó de construir Francesco Talenti. Miré para arriba y se me aflojaron las piernas. Nunca había sentido vértigo al revés. Aunque doblara el cuello al máximo no llegaba a ver la punta. Me pareció que la cinetosis podía volver y bajé la vista. Me quedé mirando los detalles de las partes más cercanas al suelo.

Lucas se acostó en el piso para poder mirar con comodidad. Se veían a su alrededor marcas de chicles derretidos de esa misma tarde y otros que parecían estar ahí desde siempre. También había caca aplastada de palomas, colillas de cigarrillos y envoltorios de plástico. A él parecía no importarle y nos decía que era increíble ver el campanario desde ahí. Cuando estaba tratando de convencernos de que valía la pena ensuciarse, un policía se acercó a pedirle que por favor se levantara, que no estaba permitido acostarse en la plaza. Luigi le sacudió la espalda que había quedado llena de tierra.

Al volver a mi habitación, vi que Natalia me había mandado un mensaje con una carita triste y una foto de la orquídea: ya no le quedaba ninguna flor. Después recibí otra foto de todas las flores caídas acomodadas en un plato. Al lado se veía una taza y medio limón. Me preguntó si podía hacer un té con las flores y le dije que no

estaba segura de que fuera una buena idea. Escribió una fila larga de «jajajaj» y una combinación de emojis que no logré descifrar. No podía esquivar el pensamiento de que había arrancado las flores a propósito. Ella o su novio, no me pude decidir.

Bianca también mandó un mensaje para preguntar si sabía cómo estaban los ucranianos que se habían quedado solos en la casa. Le dije que estaban bien y abajo agregué una hilera de corazones verdes.

Videncias, supersticiones y accidentes afortunados

Había puesto el despertador para llegar temprano al desayuno y compensar mi impuntualidad del día anterior. Me quedaban dos vestidos limpios. El pronóstico decía que iba a hacer un par de grados más así que elegí la opción fresca de breteles sin mangas. Llené mi botella con agua de la canilla del baño y vacié los bolsillos de la cartera, que estaban repletos de papeles, y salí.

Loreta llevaba un vestido largo con flores rojas y blancas y tenía rulos otra vez. Anotaba cosas en su cuaderno y mandaba mensajes. Me contó que antes del teatro trabajaba como productora de cine. Por eso se acordaba los nombres de todos los residentes y retenía mucha información de cada uno. Sabía quiénes eran vegetarianos y antes de entrar a un restaurante siempre les decía que había pedido opciones para ellos. Le recordaba a Piero el horario de sus pastillas para la presión y a todos nos decía de vez en cuando que tomáramos agua. En la combi tenía un bolso con adaptadores para todos los tipos de teléfono y baterías portátiles. También un botiquín básico con pastillas para el dolor de cabeza y panza, vendas, gasas y alcohol. Cuando el mozo vino a la mesa pidió un capuchino para ella y un café lungo para mí. Mientras lo decía me miró buscando aprobación y yo le sonreí. Le pregunté si sabía la preferencia del café de todos los residentes y me dijo que sí. Solo Antonio era indescifrable, porque cambiaba la elección según la marca. Si el bar servía Illy lo pedía siempre ristretto. Si la marca no le gustaba tanto, le agregaba leche y azúcar. Loreta me dijo que podía percibir rápido las preferencias de la gente. Me miró fijo, entrecerró un poco los ojos y dijo que estaba segura de que yo siempre pedía los mismos gustos de helado. Tenía razón, y me sorprendió mucho su habilidad. Le pedí que arriesgara cuáles gustos elijo. Se concentró moviendo los dedos en el aire, como si estuviera sacando un cálculo matemático muy complejo. Después de un ratito dijo que uno de los gustos tenía que ser chocolate. Yo me emocioné con su acierto y grité tan fuerte que el mozo se sobresaltó. Loreta seguía razonando, pero esta vez en voz alta. Dijo que seguramente en Argentina mi segundo gusto era el dulce de leche y yo grité que sí otra vez. En Italia no hacían ese sabor y ella se imaginaba que acá lo reemplazaba por pistacchio o nocciola. Le dije que tenía razón y la aplaudí. Le pregunté cómo hacía para adivinar, en qué cosas se fijaba, y me contestó que no podía explicarlo, era una intuición profunda. Otros residentes estaban llegando y yo les contaba

que Loreta era clarividente. Todos hicieron fila para que ella adivinara sus gustos de helado. Acertó con el chico de las redes sociales, Cristina, Piero, Julie, Leonard y Giovanni. No pudo adivinar los gustos de Luigi, Lucas ni Antonio.

Nos sentamos en la combi en el mismo orden que el día anterior. Nos tocaba visitar Lucca, la ciudad donde había nacido Puccini. El viaje duró una hora y media y era la misma ruta por la que habíamos ido a Torre del Lago. Esta vez Antonio no puso música. Seguíamos hablando sobre el don de Loreta y la clarividencia. Ella se reía en silencio y no logramos que siguiera adivinando cosas. Dijo que no se podía abusar de los poderes porque corría el riesgo de perderlos para siempre. Antonio empezó a contar historias de supersticiones de los cantantes de ópera. Dijo que muchos dormían con los libretos abajo de la almohada para aprender más rápido las líneas de sus personajes. Cristina le preguntó por Pavarotti, porque siempre hubo rumores de que estaba lleno de amuletos y talismanes. Antonio no sabía por dónde empezar a contarnos y se reía a carcajadas. Antes de los estrenos, Pavarotti recorría el escenario en busca de algún clavo doblado y lo guardaba en su bolsillo durante las interpretaciones. Tenía la convicción de que el clavo le iba a traer buena suerte y lo iba a ayudar a llegar a las notas más agudas, sobre todo al temido «do de pecho». Como todos sabían que Pavarotti se desesperaba si no encontraba un clavo, a veces dejaban algunos en lugares estratégicos para que él los viera con facilidad. También usaba un pañuelo blanco que sostenía con su mano izquierda. Todos pensaban que era solo para secarse la transpiración, pero Pavarotti le atribuía poderes. Piero contó que también había trabajado con él varias veces y que a la mañana antes de los ensayos siempre leía el horóscopo. A veces les preguntaba a todos los músicos de la orquesta sus signos y leía los horóscopos uno por uno. Antonio dijo que algunos cantantes tenían rituales de comida antes de las funciones. A José Carreras le gustaba comer rodajas de melón dulce rociadas con gotitas de limón porque pensaba que lo ayudaba a mejorar la voz. Montserrat Caballé siempre pedía bananas y agua fría. Caruso tenía un ritual más complejo, primero hacía algunas gárgaras con agua caliente, después tomaba whisky, un vaso de soda y al final comía unos bocados de manzana. Lucas dijo que él también tenía un ritual. Antes de tocar el piano se ponía unas gotitas de aceite de almendras en las muñecas para ganar velocidad en las articulaciones. Antonio se reía y le decía que era como un robot oxidado.

Atravesamos el muro de Lucca y el chofer estacionó en una plaza que estaba llena de colectivos turísticos. Las calles de la parte vieja de la ciudad eran muy chiquitas y el tránsito estaba restringido. Caminamos

por la Via San Paolino, donde había muchas panaderías. No tenía hambre pero el olor me hizo crujir la panza. Tomé un traguito de mi botella con agua del baño del hotel y comí un caramelo de mentol. Caminábamos despacio imitando el ritmo de Antonio y Piero. Ya me había acostumbrado a esa velocidad y me parecía perfecta para mirar las casas, la gente y las plantas en los balcones. Llegamos a una plaza rectangular que tenía en el centro una escultura de Puccini en bronce. Se lo veía sentado en una silla con las piernas cruzadas y el saco desabrochado, fumando un cigarrillo. Cristina se agarraba el pecho y exclamaba: «¡Cómo era de guapo, ese gesto, esa mirada!» y yo le daba la razón. Todas las fotos que había visto de Puccini eran magnéticas. Pienso que tiene algo que ver con sus párpados un poco caídos, que lo vuelven misterioso. Me imagino que en persona debe haber sido muy impactante mirarlo.

Al chico de las redes sociales al parecer le encantaban las esculturas y otra vez nos agrupó alrededor para una foto. Mi mamá tiene un manual de imagen personal que en una parte da consejos para salir bien en las fotos. Ella siempre me recuerda que, si hay muchas personas, lo mejor es no quedar en los extremos porque algunas lentes distorsionan esa parte de la imagen. Para salir estilizada hay que pararse de frente a la cámara y de la cintura para arriba girar un poco el torso y la cara. Así se logra más profundidad. Todas las veces que lo probé funcionó. También hay que pegar la lengua al paladar y estirar la cara un poquito hacia adelante para no salir con papada. Antonio escuchó que le contaba eso a Cristina y me pidió que repitiera los consejos para que los supieran todos. El chico de las redes sociales quiso rehacer la toma aplicando los trucos. Todos inclinados hacia el mismo lado y estirando los cuellos, parecíamos un equipo de nado sincronizado.

A media cuadra de la plaza está la casa donde nació Puccini en 1858. Nos recibió un chico joven que se emocionó de conocer a Antonio y le pidió sacarse una foto. Antonio lo abrazó y le dijo: «Tenés que tocar el paladar con la lengua y poner cara de garza». Todos nos reímos y yo pensé que mi mamá se iba a emocionar cuando le contara que estaba diseminando sus trucos por Italia. Después de ver la casa de Torre del Lago, esta parecía un montaje. Las salas tenían algunos muebles originales que habían pertenecido a la familia pero otros eran de utilería y eso me distraía mucho. Había un piano Steinway que se veía bastante deteriorado, con un asiento de terciopelo rojo deshilachado. En el folleto del museo decía que era el que Puccini había usado para componer Turandot. Los dos museos aseguraban tener el último piano que usó Puccini y no sabíamos a cuál creerle. En las paredes colgaban algunas postales autografiadas, fotos y partituras. Las partituras eran

originales y fue lo que más nos entusiasmó ver. En una vitrina había una partitura para piano y voz de La Rondine. Antonio dijo: «¡Cómo entendía Puccini la voz femenina!». Dijo que la orquestación era tan ligera que le daba todo el protagonismo a la melodía. En casi todas las arias de Puccini la melodía de la voz se replica con una línea de violines. Antonio nos dijo que esa era la razón por la cual todos se emocionaban al escucharlas. La voz y el violín al unísono logran que las melodías queden tatuadas en la memoria.

Pasamos a la sala siguiente, que estaba casi vacía. Había un retrato de Puccini y una mesa angosta de mármol con un candelabro lleno de polvo. Contra la otra pared había una silla con una soga atada tirante desde el respaldar hasta el asiento, para que quedara claro que estaba prohibido sentarse ahí. Enfrente había un corralito construido con la misma soga que contenía un maniquí con un traje de Tosca. Los epígrafes estaban desteñidos y no se entendía quién lo había usado. Se notaba que estábamos un poco decepcionados porque nadie hablaba. Subimos unos escalones que nos llevaron a lo que debe haber sido el altillo de la casa. Ahí habían armado una representación de la buhardilla de La bohème. Había poemas volando atados con tanza, un maniquí sin cabeza que intentaba ser Rodolfo, una manta al lado de una chimenea y damajuanas de vino sobre el piso. Desde unos parlantes sonaba una versión instrumental de «Che gelida manina». Todos estábamos mirando en silencio sin poder creer la escena. Parecía una instalación de estudiantes de Bellas Artes de primer año. Loreta se agarraba la cabeza y fue la primera en largar una carcajada. Antonio estuvo menos de diez segundos en la sala. Se tapó los ojos porque decía que se le endurecía el corazón. Dijo que nos esperaba en la sala de las sogas, que por favor no nos quedáramos ahí adentro mucho tiempo. Era espantoso, pero igual no podíamos despegar la mirada. Al altillo le daba el sol y del techo bajaba un calor intenso. Todos empezamos a vernos brillantes. Comí otro caramelo de mentol para sentir que al menos adentro de mi boca estaba fresco.

Loreta nos pidió que avanzáramos hasta la última sala. Antonio se veía entusiasmado otra vez y tenía la nariz pegada a una vitrina muy grande. Atrás del vidrio había un traje de Turandot que había usado Maria Jeritza en el Met en 1926. Antonio dijo que Jeritza había sido una de las sopranos favoritas de Puccini. Giacomo aprendió un poco de alemán para poder comunicarse mejor con ella, porque quería que preparara el papel de Tosca. Maria a su vez estudió algo de italiano y empezaron a conversar de una forma bastante rudimentaria en los ensayos. Puccini le había dicho que tenían que inventarse algún truco para que la gente quedara petrificada durante el aria «Vissi d'arte». Le pidió a Maria que usara su imaginación, que tenía que haber alguna

manera. En un ensayo, Scarpia calculó mal y la empujó con demasiada fuerza. Ella cayó de nariz al piso y se quedó inmóvil, con miedo de empezar a cantar porque pensaba que estaba sangrando. Logró juntar fuerzas para tocarse la cara y descubrió que no tenía sangre, eran lágrimas. Se arrodilló y empezó a cantar. Al ratito escuchó la voz de Puccini que gritaba: «¡Basta!». Él se acercó corriendo al escenario, la abrazó, empezó a besarla y le dijo: «querida, queridísima, esa idea fue increíble, gracias, gracias por tu idea». Maria le explicó que eso no había sido una idea sino un accidente. Puccini le dijo que a partir de ese momento siempre tenía que empezar el aria de esa manera.

Cuando salimos de la casa nos dispersamos. Antonio y Piero iban a almorzar con el director del Conservatorio de Música. Julie y Luigi ya se daban besos adelante de todos y apenas Loreta dijo que teníamos unas horas libres se fueron por su cuenta. Cristina, Giovanni y yo fuimos a recorrer la parte vieja de la ciudad. Caminamos en fila bajo la sombra finita del mediodía. Para cruzar las calles atajaba el sol con mi abanico. Lucca era preciosa pero el calor no nos dejaba disfrutar. Giovanni tenía puesta una camisa rosa que se había vuelto roja por la transpiración. Teníamos hambre pero cuando veíamos a los turistas comiendo lasaña se nos revolvía la panza. Propuse tomar helado en vez de comer algo salado y todos estuvieron de acuerdo. Yo pedí un cono grande de chocolate amargo y pistacchio. Nos reíamos porque los tres elegimos los gustos que Loreta había adivinado. Desde la ventana de la heladería se veía una iglesia. La fachada sobresalía al menos cuatro o cinco metros de la altura del techo, parecía una torta de casamiento. Estaba rematada por la escultura de un ángel con unas alas enormes. La señora de la heladería nos escuchó intentando descifrar a quién representaba. Nos dijo desde atrás del mostrador que era el arcángel San Miguel matando al dragón. Según la heladera, en la punta de un dedo del arcángel había un diamante diminuto que de noche se podía notar por el brillo. Después leímos en internet que eso era una leyenda y nadie sabía si era verdad.

Pasamos el resto del tiempo caminando lento por el centro. Encontramos una plaza muy chica que tenía tres bancos y dos árboles. Estaba cerca del conservatorio y desde ahí podíamos escuchar una voz de mujer que practicaba escalas. Dejamos de hablar por un rato y miramos nuestros teléfonos. El chico de las redes sociales había subido un montón de fotos. En todas había comentarios de mi mamá y mis tías. La tía Romi había escrito: «Dios te proteja y te bendiga, Josefina. Hermoso todo lo que realizás. ¡Éxitos Éxitos Éxitos!». En otra foto encontré un mensaje que decía: «¡Qué alumna aplicada! ¡Muy bien! Aprender es hermoso. Felicitaciones y adelante, ¡bendiciones!». Mis parientes eran los únicos que habían dejado comentarios.

Foto robada en el Ponte Vespucio

La combi nos dejó en el centro de Florencia. En la Piazza della Signoria hay una copia del David de Miguel Ángel y noté que el chico de las redes sociales ya estaba preparando su cámara. Loreta también le adivinó la intención y le dijo que mejor siguiéramos caminando porque había demasiada gente. Por todos lados había carteles que advertían sobre los carteristas y los vendedores de entradas truchas a los museos. Piero le dijo a Lucas que tenía la billetera demasiado a mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Decía: «Atención, Lucas, atención» y en el aire hacía el gesto que usan los italianos para decir que te van a robar.

Caminamos por el patio de la Galleria degli Uffizi y Antonio iba nombrando a todos los hombres ilustres que están retratados. De lejos ya se podía ver la baranda que daba al río y los grupos de turistas que se desplazaban siguiendo las banderitas de colores de sus guías. Antonio frenó enfrente de la escultura de Pier Antonio Micheli y contó que era un botánico que se había especializado en el estudio de los hongos y que muchos lo consideraban el inventor de la micología moderna. Cuando empezó a dar detalles sobre la clasificación de los hongos me aburrí y me acerqué a Giovanni, que también se veía distraído. Me dijo que los hongos le daban impresión y pensé que a lo mejor era un poco hipocondríaco como yo. Me contó que conocía bien esa parte del centro histórico porque siempre iba a mirar el río cuando salía de sus clases en el conservatorio. Nunca le había preguntado cuál era su instrumento. Dijo que tocaba la tuba, pero que antes había dedicado muchos años a la flauta traversa. Giovanni decía que en un momento llegó a pensar en abandonar la música y dedicarse a otra cosa porque no tenía el nivel necesario para entrar en una orquesta. Dejó en suspenso sus estudios en Milán y se mudó a Florencia para empezar de nuevo. La tuba era de esos instrumentos que muy pocos estudiantes elegían porque solo había una por orquesta. Él pensó que tenía más chances de distinguirse si había menos competencia. Mientras me lo contaba, se reía y se ponía un poco rojo.

Le dije que a mí me había pasado algo parecido. Toda mi adolescencia había estudiado guitarra y cuando entré en la universidad me pareció lógico elegir el violonchelo. Mis compañeros tenían un nivel mucho más avanzado y, aunque dediqué los primeros tres años a estudiar con profesores particulares de manera intensiva, nunca los alcanzaba. Me

dolían los dedos y se me hacían unos callos horribles. Lloraba todos los martes cuando me tocaba atravesar la ciudad en colectivo para ir hasta Arroyito a la casa de mi profesor. Él siempre me esperaba con mate cocido y ponía un plato con galletitas de agua sin sal sobre la mesa. Nada me parecía más triste que esas galletitas sin sal. Yo practicaba las escalas y él pasaba las páginas de las partituras. El piso quedaba lleno de miguitas a su alrededor. Era horrible tocar esas escalas. Sentía que las cuerdas eran gruesas y me rompían la yema de los dedos. Después de media hora de estar practicando, la piel se volvía barro seco y la presión de las cuerdas formaba zanjas.

Por un tiempo pensé que mi falta de talento era irreversible y que lo mejor era volver a la guitarra y dedicarme a la música popular. Dejé de ir al profesor de Arroyito, y empecé a faltar cada vez más a las clases de violonchelo en la facultad. En ese momento, trabajaba en un local de ropa en el centro. A la hora de la siesta nunca entraba nadie y me aburría de doblar siempre las mismas camisas y acomodar los percheros. Me alegraba cuando alguien se probaba muchas prendas, así al menos después tenía algo para hacer. Estaba toda la tarde encerrada en ese negocio y el dueño dejaba programada en la computadora una música espantosa. Los domingos eran los días más aburridos, a veces entraban menos de diez personas en toda la tarde. El dueño nunca iba esos días y yo aprovechaba para leer. Le había pedido prestado a mi papá una enciclopedia de música clásica. Era un diccionario pesadísimo que tenía biografías de todos los compositores y músicos más destacados. Me gustaba leer las vidas de esa gente en orden alfabético. Muchos compositores eran desconocidos para mí. La enciclopedia decía que Borodin en realidad era químico y le dedicaba a la música solo sus ratos libres. Me acuerdo cuando leí sobre Arcangelo Corelli. No sabía quién era y su descripción empezaba así: «La vida de Corelli fue plácida, nunca tuvo problemas económicos». También decía que Schumann era hijo de un librero erudito que había traducido a Walter Scott y Lord Byron y que su mamá era una gran pianista. Empecé a juntar datos biográficos de mis compositores favoritos en un cuaderno, anotaba todo porque mi memoria es muy volátil. Después de investigar las biografías volvía a escuchar la música y la percepción era otra. Disfrutaba cada vez más las materias teóricas en la facultad y se me fueron borrando los callos de los dedos. Giovanni me quería convencer de que todavía era joven como para probar suerte con otro instrumento y yo me reí.

Llegamos al río. El Ponte Vecchio debía estar siempre colmado de gente, pero parecía que el atardecer era la hora más concurrida. El sol se ponía justo sobre el río y las personas llegaban con botellas de vino y aceitunas en las mochilas. Loreta se agarraba la cabeza y decía que

había sido una idea pésima bajarnos en esa parte del centro. Cerca nuestro escuchamos unos gritos y una mujer policía que pasó corriendo me chocó un hombro. Habían robado en una joyería y la gente se amontonaba para mirar. Nosotros quedamos cercados por un contingente de japoneses y no podíamos avanzar. Era muy incómodo y sofocante y me abanicaba lo más fuerte que podía. Mi botella estaba vacía y tampoco me quedaban caramelos. Loreta propuso volver a la combi y manejar hasta algún puente más alejado para ver el atardecer. Se la notaba molesta y creo que todos nos sentíamos así, transpirados y sin fuerza. Hicimos el camino inverso en silencio. Cuando nos subimos a la combi el chofer nos esperaba con el aire acondicionado prendido y todos suspiramos de alivio. Loreta le pidió que nos llevara a algún lugar sin turistas y el chofer dijo que eso en Florencia no existía. Propuso avanzar tres puentes hasta el Vespucio, que era el menos popular de todos.

En el camino frenamos en una panadería y compramos sándwiches de mortadela y algo que se parecía a una empanada y estaba relleno de queso. Loreta fue corriendo a una vinería que había en la esquina y volvió con tres botellas de chianti. Cuando se subió a la combi, la aplaudimos. Había poca gente en el puente y nos quedamos en un rincón donde apoyamos las botellas y la comida. El cielo se fue poniendo rojo y nuestras caras se veían doradas. Saqué una foto en contraluz del perfil de Piero sin que él se diera cuenta. No había notado, hasta que lo vi en la foto, que tenía las cejas tan despeinadas.

Una pared para un dueto amoroso

El último día, después de desayunar, amontonamos las mochilas y las valijas en un rincón del lobby del hotel. La combi estaba retrasada. Loreta hablaba por teléfono y agitaba las pulseras. Piero y Lucas seguían desayunando, untaban las tostadas a un ritmo lento. Le pedí a la chica del bar que llenara mi botella y puso agua de la heladera. Me dijo que estaba casi congelada. Todos empezamos a sentarnos otra vez en las mesas. Pedí un segundo café y tuve ganas de comer otro cornetto pero me contuve. Cristina sirvió algunas frutas en un plato y las puso en el medio de la mesa. Las manzanas se veían perfectas, igual nunca tengo ganas de comer manzanas: las veo y me parecen hermosas pero cuando las empiezo a comer me aburro rápido. El chico de las redes sociales seguía sirviéndose cereales con yogurt y cuando Loreta dijo que la combi ya estaba llegando empezó a apurar los bocados y envolvió en una servilleta un cornetto que estaba apenas mordido.

Nos sentamos en el mismo orden de siempre y cuando llegamos al hotel de Antonio no encontramos lugar para estacionar. Había dos colectivos de turistas y apenas quedaba espacio para que siguieran circulando los autos. Loreta se bajó para buscar a Antonio y le pidió al chofer que diera vueltas a la manzana hasta que ellos estuvieran en la puerta. La combi avanzó a paso de hombre y cuando doblamos en la esquina había un atasco muy grande. Las motos se subían a la vereda y los ciclistas también. El conductor del auto que estaba al lado nuestro sacó medio cuerpo por la ventana y empezó a gritar cosas que no llegué a entender. Tocaba bocina y agitaba los brazos y de los otros autos llegaban más gritos. Piero se asomó por la ventana para intentar ver hasta dónde llegaba el congestionamiento. Parecía que un camión estaba en doble fila cargando sillones que salían de un negocio. El señor del auto de al lado seguía tocando bocina y era ensordecedor. Adelante de él había un auto eléctrico de esos diminutos y se bajó una mujer a pedirle que por favor hiciera silencio. La mujer era enorme y asombraba verla salir de ese auto tan chiquito. Tenía el pelo suelto y una pipa en la boca. Nunca había visto una mujer fumando pipa. Todos la miramos y adentro de la combi se escucharon varios «guau» al unísono. Piero se dio vuelta y dijo: «Bravissima quella donna gigante».

Cuando logramos volver a la puerta del hotel, Antonio se sacaba fotos

con un grupo de señoras. Algunas también le pedían autógrafos. Loreta intentaba separarlo pero las señoras insistían y le acercaban servilletas o pedacitos de papel. La valija de Antonio era inmensa, de esas que solo se usan si alguien quiere mudarse de país. Antonio se acomodó en el asiento y nos preguntó si habíamos dormido bien. Casi todos dijimos que sí menos Lucas, que había dormido entrecortado porque su habitación estaba cerca de la escalera y un gato había llorado toda la noche.

La calle de la entrada principal del teatro estaba cerrada por una obra y para llegar a la puerta lateral la combi tuvo que dar varias vueltas. Más que una ópera, el edificio parecía un museo de arte contemporáneo. Era un rectángulo blanco gigante, con pocas ventanas, y de los costados salían unas escaleras larguísimas que me hicieron acordar a las pirámides mayas. Antonio nos dijo que se había inaugurado en el 2011 con la Novena sinfonía de Beethoven dirigida por Zubin Mehta. En el hall nos esperaba una señora que saludó a Antonio y a Piero con tres besos, a los demás nos dio la mano. Los directores de todas las áreas del Teatro y la Academia estaban en un congreso en Austria. La señora era la secretaria de asuntos administrativos y se notaba que nunca había recibido a un grupo como el nuestro, ni estaba acostumbrada a hablar en público. Se llamaba Ambra y tenía un bronceado perfecto. El chico de las redes sociales subió una escalera y, apoyado desde la baranda, nos pidió que lo miráramos. Sacó varias fotos pero esta vez no posamos.

Nos sentamos a unas mesas que estaban llenas de galletitas y desayunamos por tercera vez. Habían acomodado en la cabecera unos micrófonos que me parecieron innecesarios porque éramos pocos. Ambra nos contó la historia de la Academia del Teatro de Florencia. Dijo que formaba músicos y directores de orquesta pero también técnicos, escenógrafos y vestuaristas. La Academia era muy prestigiosa y nombró a todos los profesores célebres que tuvieron en los últimos años. No conocía a casi nadie hasta que nombró a Riccardo Muti. El secreto de la Academia era que desde el comienzo de las clases mezclaban a los estudiantes con profesionales y los hacían trabajar a la par. Después mencionó todos los teatros con los que hacían colaboraciones, las otras academias con las que tenían programas de intercambio y hasta detalló algunos puntos del plan de estudios de la carrera de dirección. Sacó de un cuaderno una página con unos gráficos enormes y empezó a hacer comparaciones entre la cantidad de estudiantes inscriptos y el aumento de ventas de papel pentagramado en Florencia y en toda la Toscana. Otro de los cuadros mostraba el incremento de visitas en la web del Teatro en los últimos años. Empezamos a mirarnos de reojo sin entender si era una broma o

estaba hablando de verdad. Antonio se reía con cada nuevo gráfico de torta pero la señora seguía dando estadísticas con mucha seriedad. Contó que financiaban algunas actividades gracias al apoyo del Fondo Social Europeo, nombró otras organizaciones solo por las siglas. Cuando empezó a contar que la Academia era un organismo con certificación de calidad ISO 9001, Loreta se agarraba la cabeza y ya no disimulaba el fastidio. Antonio se tapaba la boca pero soltaba risitas y, cuando la miré a Cristina, vi que estaba conteniendo tanto la risa que de un ojo le caían lágrimas. Piero se animó a interrumpirla y le dijo que los músicos no entendíamos mucho de estadísticas, que se podía percibir que la Academia era próspera y no hacía falta que nos mostrara los números. Ambra se ruborizó un poco pero se la notaba aliviada. Nos preguntó si entonces preferíamos ir a ver una clase y todos dijimos que sí.

Caminamos por un pasillo y subimos varias escaleras hasta una puerta que nos llevó a la parte trasera del escenario. Había estudiantes de iluminación que hacían pruebas en un tablero y desenrollaban ovillos de cables. Algunos usaban guantes de amianto y cinturones llenos de herramientas. Ambra nos pidió que avanzáramos hasta el escenario y que nos sentáramos en el piso o en las sillas que estaban vacías. Había una clase de estudiantes avanzados de canto que practicaban una escena de La Traviata. Era raro escuchar los duetos de Violeta y Alfredo cantados por personas en jogging y zapatillas. El resto de la clase estaba al costado escuchando las indicaciones del profesor y nosotros nos acomodamos en los lugares libres. Algunos estudiantes empezaron a señalar a Antonio y a murmurar cosas. El profesor lo saludó con la mano y la chica que interpretaba a Violeta se agarró el pecho emocionada pero logró seguir cantando igual.

Todos aplaudimos cuando terminaron. La interpretación había sido bastante buena. Antonio se acercó a saludarlos y los estudiantes se pusieron colorados. Les dijo que eran privilegiados por formarse en una academia como esa y hacer prácticas en el teatro, con músicos y técnicos de tanto nivel. Le pidió permiso al profesor para hacer algunas observaciones a los cantantes. Se paró en el medio del chico y de la chica y los tomó de las manos. Estaba conforme con lo que había escuchado, dijo, pero se podían mejorar algunas cosas. Les pidió que cruzaran los brazos sobre el pecho y que los mantuvieran bien apretados contra el tórax y luego sí, que volvieran a cantar, pero esta vez sin despegar los brazos del cuerpo. Tenían que concentrarse solo en la voz y los gestos de la cara. Violeta le preguntó si podían caminar y balancear el torso o si tenían que quedarse quietos en el lugar. Antonio se empezó a reír y dijo que le encantaba hacer esa prueba porque la mayoría de los cantantes no eran conscientes de cuánto

usaban las manos para interpretar.

Apenas empezaron a cantar, se los notaba rígidos y Antonio se acercó a ellos, casi atropellándolos, y los obligó a moverse. Por momentos era como ver una corrida de toros. Antonio era el toro viejo que todavía sabía moverse con vigor. Los estudiantes se reían y miraban maravillados, igual que nosotros. Cuando terminó el dueto, los cantantes se abrazaron y Antonio les dio palmadas en los hombros. Dijo que la interpretación se había complejizado, que algunas partes de sus caras que antes no se habían notado habían empezado a aparecer.

Antonio preguntó si se animaban a hacer una prueba más. Pidió dos voluntarios, y unas chicas que estaban sentadas en la primera línea de sillas se acercaron corriendo. Antonio les indicó que se pararan entre Alfredo y Violeta, que se quedaran todo el rato en el medio de ellos, que hicieran de pared. Las chicas eran bastante petisas y Antonio llamó a tres voluntarios más para que la barrera fuera más notable.

La chica y el chico volvieron a cantar el dueto, esta vez Antonio les permitió que movieran los brazos pero los compañeros que hacían de pared les interrumpían la visión, los molestaban haciendo caras graciosas o sacando la lengua, y las voces surgían con más potencia, los movimientos de sus cuerpos se exageraban. Antonio aplaudió a los cantantes y a las paredes. Dijo que esta vez se había notado más tensión y que eso era lo que el dueto necesitaba. Les pidió a todos que volvieran a sus lugares y él se sentó al lado del profesor.

Empezaron a hablar de las exigencias vocales que tienen las óperas de Verdi. Antonio dijo que no alcanzaba solo con tener destreza técnica. Empezó a contar historias de Maria Callas y Tullio Serafin. Maria siempre decía que había aprendido todo de Tullio. Él le remarcaba que tenía que haber expresión, tenía que encontrar el gesto para actuar cada frase. Para encontrar el gesto, lo más importante era escuchar la música con el corazón y los oídos y no tanto con la mente. Todos los gestos estaban escondidos en la música. Antonio y el profesor pensaban que Maria Callas era un ejemplo claro de lo importante que era la interpretación con sentimiento. En su época de esplendor muchos críticos habían estado en contra de la fama y la atención que se le daba a Maria Callas porque decían que su técnica no era perfecta. Pero el público percibía algo más profundo cuando la escuchaba cantar, algo que no estaba relacionado con la perfección sino con la sensibilidad de su voz. Antonio remarcó varias veces mirando a los alumnos que eso era lo que tenían que buscar y el profesor agregó que la tarea del director era precisamente ayudar a los

cantantes en esa búsqueda.

Mientras Antonio firmaba autógrafos y se sacaba fotos con los estudiantes, nosotros recorrimos el teatro. Caminamos entre las filas tocando la tela aterciopelada de los asientos. La sala era gigante y ya habían apagado la ventilación. Julie me preguntó si todavía tenía agua en mi botella pero no quedaba nada.

En el tren de regreso a Roma casi todos los residentes se quedaron dormidos. Piero me preguntó si quería acompañarlo al vagón comedor. Ya habíamos tomado demasiado café, pedimos gaseosas y unas aceitunas. Piero decía que nos habían dado las aceitunas más ricas de la Toscana, se emocionaba con cada bocado. Conversamos la hora y media que duró el viaje. Me lamenté de tener que despedirnos cuando vi que llegábamos a Termini.

Discusión con los ucranianos

Cuando llegué a mi casa había un gato. Blanco, de pelo largo y macizo. Los ucranianos no estaban y el gato vino trotando a recibirme como hacen los perros. En la cocina había una bolsa de comida de cinco kilos y varias latas apiladas de atún con gambas. El gato era precioso, pero no quise demostrarle cariño, lo mejor era decirle a Natalia que lo sacara de la casa ese mismo día. Habían puesto las piedritas en el baño y se notaba por el olor que no estaba castrado. La bacha del baño tenía una capa de grasa y estuve un rato tratando de imaginarme qué podía ser, hasta que vi en un estante un pote mal cerrado de aceite de coco. En el living había un montón de tazas usadas, algunas con café hasta la mitad. También vi un vaso lleno de sal y un muñequito de plástico con forma de ballena semihundido y asomando la cabeza. Las flores caídas de la orquídea seguían en un plato, se estaban empezando a achicar y ponerse transparentes. La maceta con el tallo vacío estaba en la ventana en el lugar de siempre.

Iba caminando despacio, mirando cada objeto fuera de lugar y trataba de imaginarme qué había pasado en la casa esos tres días. El gato me seguía y se refregaba contra mi pierna. La puerta de la habitación de Bianca estaba semiabierta y apenas me asomé me arrepentí. Había paquetes de galletitas y migas por todos lados, envoltorios de plástico de golosinas que no conozco y bollos de papel que parecían pañuelos abandonados. A mi habitación no habían entrado, era el único lugar donde se podía caminar sin tener que esquivar cosas.

Cerré la puerta y busqué el número de Bianca. Pensaba cómo empezar a contarle todo lo que estaba pasando y me pareció mejor esperar a hablar con los ucranianos. El calor en mi habitación se había solidificado y apenas abrí la ventana me pareció que iba a necesitar días enteros para que bajara la temperatura. La vecina de enfrente acababa de lavar sábanas rosas. Bianca era alérgica al suavizante de ropa y me imaginé que debía ser alérgica al pelo de gato también. La orquídea ya no tenía flores y en la casa había un gato gigante. Hice un scroll rápido entre las fotos nuevas que había subido el chico de las redes sociales y vi que estaba lleno de comentarios de mis tías. Les puse corazones a todos pero no los leí.

Un rato después hubo ruidos en la puerta y el gato salió trotando a recibir a Natalia y a su novio. Ella se agachó para acariciarlo. Le

hablaba en ucraniano. El ronroneo era tan fuerte que lo pude escuchar desde la cocina. Me asomé para saludarlos y Natalia me dijo: «Volviste y nos trajiste un gato». Cuando escuché esa frase sentí que me aparecían nuevas expresiones en la cara, como el ejercicio de Antonio con los cantantes. Le dije a Natalia que no me hiciera chistes, que estaba preocupada y que habían sido muy imprudentes. Natalia arqueaba las cejas y seguía acariciando al gato. El novio miraba todo apoyado contra el marco de una puerta y se tapaba la boca para reírse. Yo me quedé hablando sola y los seguía criticando por haber sido tan impulsivos. Les dije que parecían adolescentes caprichosos, que no respetaban los códigos básicos de la convivencia y que nunca había visto personas más desordenadas que ellos. Pensé que a lo mejor había una cámara escondida y eso era una especie de performance donde ellos jugaban a llevar mis nervios hasta el extremo. Natalia me miró desde el piso un poco espantada por todo lo que había escuchado y me dijo que ellos no habían llevado al gato. Les pedí que no se burlaran de mí, que juntaran todas las cosas y devolvieran al gato esa misma noche. Natalia hablaba como se les habla a los bebés o a los animales muy hermosos y decía: «Es que no sabríamos adónde llevarlo porque nosotros no lo trajimos». Miré a su novio, que todavía no había dicho nada. Levantó los hombros y se quedó callado. De la mochila sacó una chocolatada y me preguntó si quería un poco. Le dije que no y me corrí para que entrara a la cocina. Sirvió un vaso para él y en un platito puso un poco para el gato. Parecía hambriento y en pocos segundos se tomó todo. Natalia lo miraba y decía que los bigotes le habían quedado marrones y que se podía llamar «Manchita». El novio le dijo que ese era nombre de perro y que le quedaría mejor algo con más temperamento, como «Rockie» o «Cicerón». Natalia seguía proponiendo nombres en ucraniano y todos parecían imposibles de pronunciar. Tenía ganas de llorar, pero también quería acariciar al gato, porque era precioso. Se me ocurrían un montón de nombres para sugerir como Caruso, Rossini o Donizetti. Volví a decirles que por favor juntaran todas las cosas y se llevaran al gato lo antes posible. Natalia se levantó, puso una mano en mi hombro y me preguntó por qué no les creía. Me miraba sin pestañear y su seguridad me intimidó. Repitió varias veces que ellos no lo habían llevado y ya no hablaba como se habla a los bebés sino con un tono desafiante. Le dije que entonces iba a llamar a Bianca en ese momento. Natalia sacó su mano de mi hombro y se cruzó de brazos. El novio se paró al lado de ella y le copió la postura. Bianca tenía el teléfono apagado. Intenté varias veces pero no pude comunicarme. Natalia exhaló con bronca. Les dije que Bianca estaba a cien kilómetros organizando un festival y que no iba a ser fácil hablar con ella. El novio de Natalia preguntó si no podía ser el gato de algún vecino que había entrado por una ventana. Me

pareció que se burlaba de mí y le dije que el gato se había traído su baño y cinco kilos de comida. El novio de Natalia se golpeó la frente y se reía mientras se hacía el sorprendido. Volví a probar y el teléfono de Bianca seguía apagado. Les pedí que al menos acomodaran un poco el desorden que habían dejado.

Extrañaba mi habitación de hotel y la vista al Duomo. Tuve ganas de volver a estar en la combi escuchando a Antonio. Me acordaba de cosas sueltas que nos había contado sobre la vida de Puccini.

El elefante de Bernini

Cristina me invitó a tomar el aperitivo en su casa. El vino que llevé estaba caliente y ella lo puso en el freezer. También había invitado a Julie y al ratito llegaron Giovanni y Luigi. Buscamos algunas sillas en la otra habitación y llevamos el ventilador porque de la ventana no entraba brisa.

Cristina sacó de la heladera un montón de comida que acomodó en potes y platitos. Las frutillas se veían machucadas, pero les cortó los pedazos feos y las llevó a la mesa. Puso al lado unos higos y dijo que no estaban muy buenos, que iban a ser más sabrosos si los comíamos con un pedazo de queso. Olió el queso y miró el paquete. Estaba vencido, pero como era queso, no pasaba nada. Cuando abrió los fiambres, leyó las etiquetas en voz alta y vencían al día siguiente. Cristina se reía porque nos había invitado a una picada de cosas vencidas. El pan estaba duro y lo puso en la tostadora. Miró el frasco de las aceitunas y la fecha de vencimiento era recién dentro de un año.

Giovanni olió los fiambres y fue el primero en probarlos. Dijo que estaban buenísimos y que no nos iba a pasar nada. Julie no se animaba comer las anchoas. No se veía la fecha, la etiqueta estaba borroneada. Luigi se ofreció a inspeccionar y puso una anchoa en un pan. Cristina se reía y pedía que por favor no le contáramos a los demás residentes que toda su heladera estaba al borde de la caducidad. Dijo que cuando va al mercado se entusiasma comprando cosas pero después no le alcanzaba el tiempo para comerlas. Luigi masticó la anchoa y le pidió a Julie que le diera un besito. Ella corrió la cara y le preguntó si el sabor estaba bien. Según Luigi, la anchoa sabía como el fondo de un río. Nadie entendió si esa descripción significaba que estaban ricas o eran un espanto. Yo comí melón y algunas aceitunas.

Giovanni nos preguntó si conocíamos el café de Via Merulana que hacía esculturas con pan. Tenían una vidriera enorme y todas las semanas cambiaban el motivo. A veces hacían una Bocca della Verità del diámetro de una rueda de camión. Yo pasaba por ahí para ir a la clase de italiano y una vez había visto coliseos de pan integral con una capa de huevo que los hacían brillar tanto que parecían barnizados. Julie dijo que se había quedado con ganas de hacer de pared entre los

dos cantantes. Se preguntaba si Antonio alguna vez nos iba a dar ejercicios así a nosotros. Cristina comentó que le gustaría cantar algún dueto de La bohème con Piero, para tocarle la cara y acariciarle los cachetes. Me pareció una idea hermosa, pero no dije nada. Luigi contó que en los duetos los cantantes se tocan mucho las caras para disimular que se están tapando los oídos. Cuando hay tanta proximidad la potencia de la voz del compañero puede ser ensordecedora. Cristina se sorprendió y quiso buscar videos en internet para ver algún ejemplo. Luigi le dijo que él le mostraba cómo se hacía. Se puso enfrente de ella y empezó a cantar el dueto de amor de Manon Lescaut. Le pidió que apoyara la cara contra su hombro para que el oído izquierdo le quedara protegido, mientras Luigi con la mano le acariciaba la otra mejilla pero en realidad un dedo lo dejaba fijo apretando la oreja para aislarla del sonido. Dijo que esa estrategia se usaba solo en las partes en que la voz requería mucha potencia o cuando se llegaban a notas demasiado agudas.

Los tomates se veían transpirados y el queso se empezaba a derretir. Ya nadie comía y Cristina guardó lo que había quedado en la heladera. Nuestras caras estaban brillantes de sudor y nos turnábamos para estar cerca del ventilador. Giovanni propuso llevar la botella de vino que quedaba a alguna plaza. Cuando busqué mi cartera que había dejado sobre la cama de Cristina, vi que tenía tres llamadas perdidas de Bianca y montón de mensajes: «No te pude atender porque estaba en un velorio. Se murió el poeta, no llegamos a hacer el homenaje. Tuve que llevar su gato a nuestra casa. ¿Podés darle de comer hasta que yo vuelva? Una lata a la mañana y los crocantinis a la noche. ¡Se llama Charlie!».

Caminamos por el Corso Vittorio Emanuele y todos hablaban sobre la famosa coreografía de Jorge Donn del Bolero de Ravel. Julie tarareaba la melodía y Giovanni agitaba los brazos con movimientos precisos. Caminaba de costado esquivando a los turistas que todavía estaban comprando porciones de pizza o kebabs. Llegamos a la Piazza della Minerva y Giovanni no se cansaba. Seguía bailando alrededor de la escultura del elefante y nos decía: «¡Intenten ustedes mover los brazos como Jorge Donn!». Se lo veía muy gracioso. Un señor que estaba en la plaza le sacó una foto. Le dije que esa coreografía de Jorge Donn siempre me había parecido un poco egipcia. Giovanni pensaba que era por los movimientos severos, que hacían que Donn pareciera un sacerdote. A Cristina el Bolero le hacía pensar en elefantes y dijo que era una coincidencia que justo estuviéramos enfrente de un monumento de un elefante que sostenía un obelisco egipcio.

Giovanni se sentó agitado de tanto bailar y tomó un trago enorme de

vino. Cristina nos contó que la escultura del elefante la había diseñado Bernini. Con el lomo el elefante sostenía un obelisco que Diocleciano había trasladado a Roma para decorar el templo de Isis. Los egipcios pensaban que los obeliscos eran rayos petrificados de sol. Luigi preguntó cómo habrían hecho para trasladar esos bloques de piedra gigante desde Egipto, pero nadie supo contestar. El obelisco estuvo muchos años perdido y cuando lo redescubrieron en el 1600 había varios aspirantes para diseñar la escultura. Bernini propuso que estuviera sostenido por el lomo de un elefante porque de todos los animales era el más fuerte. En la base del monumento, había una frase en latín que no pudimos descifrar. Según Cristina, decía algo así como «se necesita una mente fuerte para sostener una sabiduría sólida».

Cuando se terminó el vino, nos acercamos hasta el hotel de enfrente para leer las placas que había en la pared. Parece que ahí se alojaron muchas personalidades, como Stendhal o José de San Martín. Me pidieron que tradujera una placa que decía en español:

Aquí se alojó en febrero de 1846 el general argentino José de San Martín, libertador de la Argentina, Chile y Perú.

El abanico del papa Francisco

Mientras se hacía el café abrí una lata de atún con gambas y el gato Charlie llegó corriendo desde la habitación de Bianca. Ahora que sabía que no lo teníamos que echar, lo acaricié y le hablé como se les habla a los bebés. Le toqué la panza y el cogote y Charlie lo disfrutaba pero tenía ganas de irse a comer. Los ucranianos dormían. Me alegré de no verlos. En un papel les escribí un mensaje diciendo que al gato lo había llevado Bianca, que me perdonaran y dibujé una cara sonriente. Lo dejé apoyado al lado de sus llaves.

Llegué temprano a la clase de italiano y todavía no estaba prendido el aire acondicionado del aula. Sor Fátima tenía un abanico del papa Francisco y me tuve que esforzar por no reírme. Me contó que lo había comprado cerca del convento, en un puesto de revistas. Se veía la cara de Francisco y atrás un cielo rosa con palomas y la cúpula de San Pedro. Me preguntó si alguna vez lo había visto en Argentina antes de que se convirtiera en Papa y le dije que no. Les mostró el abanico a todas las compañeras a medida que iban llegando.

La profesora me dio la fotocopia con la tarea de la clase que me había perdido. Un cuadro mostraba las preposiciones articuladas y eran cerca de cincuenta. Me di cuenta rápido de que no sabía que algunas existían y que todo ese tiempo había estado hablando con las mismas cinco o seis. Leí la primera oración y dudé bastante hasta que arriesgué una preposición y estaba bien. Sor Fátima también acertó, la primera ronda de oraciones era bastante simple. Cuando me tocó leer otra vez, no me podía decidir y la profesora me dijo que con las preposiciones había que seguir al corazón, que arriesgara por sonoridad. Yo me agarraba la cabeza y sor Fátima me decía: «seguí tu corazón, seguí tu corazón». Había demasiadas alternativas y no podía entender cómo hicieron los italianos para inventar tantas combinaciones.

Cuando terminó la clase de italiano nos quedamos charlando con la profesora sobre los distintos tipos de dulces del sur. Sor Fátima quería saber si el babà que está embebido en alcohol podía emborrachar a una persona. Dijo que no se animaba a probarlos porque desde lejos se sentía el olor a ron. Nos hizo reír cuando imitaba los movimientos de una persona borracha. Sor Fátima siempre hacía muchos gestos con el cuerpo, como si se hubiera quedado tildada en el juego de decir

verbos con mímicas de las primeras clases. Giraba los ojos para atrás y perdía el equilibrio mientras masticaba un babà imaginario.

Martha Argerich, desde el contrapalco

Loreta nos preguntó antes de subir al tranvía si todos teníamos boleto. Dijo que en el último tiempo había más controles y que los inspectores no tenían piedad. Todos queríamos saber si íbamos a poder charlar con Martha Argerich antes de la función y nos dio tristeza cuando nos dijeron que no. Martha iba a recibir solo a Antonio, porque éramos muchos y no le gustaba hablar con desconocidos. Cuando nos bajamos del tranvía cargué mi botella en una fuente de Via Flaminio. Lucas se mojó el cuello y se pasó agua por el pelo. Estábamos elegantes pero transpirados. Piero tenía puesto un traje de lino que le quedaba un poco grande y se miró en el reflejo de una puerta para acomodarse la camisa.

Llegamos al Parco della Musica demasiado temprano. El complejo estaba construido en lo que había sido el predio para los Juegos Olímpicos de 1960. Mientras hacían las remodelaciones encontraron restos de una villa romana que se podían ver en un pequeño museo que había dentro del Auditorium. Al lado del museo había una librería y Lucas se acercó emocionado a decirnos que tenía aire acondicionado. Nos quedamos mirando la sección de libros de música. Piero abrió un libro enorme de Claudio Abbado con fotos de los momentos importantes de su carrera. El libro era tan grande que tuvo que sentarse en un sillón para poder manipularlo. Había varias fotos de Claudio con Martha Argerich. Se los veía muy jóvenes y sin canas, concentrados estudiando partituras. En una foto miraban directo a la cámara a través de la tapa abierta de un piano de cola. La mirada de Claudio un poco me recordó a la de Puccini. Tenía una manera exquisita de mover las manos mientras dirigía. Los jóvenes directores todavía copiaban sus movimientos y muchos pensaban que Claudio tenía las manos más hermosas que se hayan visto. Piero pasaba lento las páginas hasta que soltó una exclamación. Se había encontrado en una foto al lado de Claudio, en un ensayo en el Teatro San Carlo de Napoli. Le preguntamos qué edad tenía en la foto. Sospechaba que cerca de cincuenta. Le dije que se veía muy guapo y todos asintieron. Piero se ruborizó pero se lo notaba contento. Leonard quería saber si era cierto que todos los músicos adoraban trabajar con Claudio. Piero dijo que todo lo que se contaba era verdad. Cada vez que Claudio empezaba a trabajar con una orquesta les recordaba que él no era jefe de nadie, que tenían que trabajar en conjunto. En sus primeros años en La Scala, logró que hubiera entradas con descuentos para la gente

joven. A veces también donaba parte de su sueldo para dar becas a los músicos que estaban empezando sus carreras. Piero comentó que muchas personas lo llamaban «El arcángel Abbado».

Ocupamos una fila entera del contrapalco. Solían ser las entradas más baratas porque en cuestiones de acústica no era lo ideal. Toda la orquesta dirigía su sonido hacia el frente y sentarse justo detrás de los músicos distorsionaba mucho el sonido en algunos auditorios. A mí me gustaba igual porque era la única posición desde donde el director de la orquesta quedaba de frente al espectador. Por supuesto, Leonard estaba indignado de que nos hubieran sentado ahí. Decía que era como usar un saco hermoso del revés con todas las costuras a la vista y las etiquetas sin cortar. Lucas le discutía asegurando que desde ahí íbamos a poder ver mejor las manos de Martha Argerich. A Piero le encantaba, porque al estar detrás de los músicos se podía ver lo que escondían en los atriles, como trapos para limpiar las trompetas, crema para manos o caramelos de miel. Decía que si teníamos buena vista hasta íbamos a percibir el charquito de saliva que dejaban los músicos cada vez que vaciaban las válvulas de los instrumentos de viento. Lo ayudé a acomodar su paraguas en el espacio que quedaba entre dos asientos, lo trabamos con el borde de un apoyabrazos, pero él no estaba conforme. Si el paraguas se resbalaba y se caía mientras Martha estaba tocando se le iba a frenar el corazón de la vergüenza. Lo dejamos acostado en el piso y recién ahí se quedó tranquilo. Cuando nos sentamos me dijo que tenía buenos recuerdos de Claudio Abbado pero que no era pucciniano. Durante los casi veinte años que estuvo al frente de la orquesta de La Scala nunca dirigió una ópera de Puccini. En realidad, no dirigió ninguna ópera de Puccini en toda su carrera. Piero estaba contento porque el director del concierto que íbamos a ver era el más pucciniano de los últimos tiempos. Se llamaba Antonio Pappano y era el director de la Royal Opera House de Londres y de la Academia Santa Cecilia de Roma.

Antonio llegó un poco agitado por las escaleras y se acomodó en el último asiento que quedaba libre. Le preguntamos cómo había sido el encuentro con Martha pero justo estaban apagando las luces y solo llegó a hacernos gestos de que había sido magnífico. Cuando entró al escenario el primer violín, la gente aplaudió y los músicos se pusieron de pie. El momento en que la orquesta afina siempre me emociona. El sonido que se forma parece un cardumen desordenado que de a poco se reagrupa. Cuando afinan las orquestas el la lo marca el oboe, porque es el instrumento más estable. El oboe afina antes con la ayuda de un afinador electrónico. Una vez en el escenario, hace sonar el la y el primer violín afina su segunda cuerda. Después el violín ofrece el la al resto de la orquesta.

Primero apareció Pappano y a los pocos segundos entró Martha Argerich. Tenía puesto un vestido negro con destellos y su pelo estaba suelto y vaporoso. Íbamos a escuchar el concierto para piano N° 1 de Liszt, que Liszt había compuesto a los diecinueve pero lo había terminado veinte años después. En la versión final de la partitura, escribió: «Ninguno de ustedes entiende esto, ¡jaja!». Para los críticos de mediados de 1800 el concierto tenía muchos elementos reprochables. Liszt le dio un papel destacado al triángulo, que hasta ese momento no se consideraba un instrumento digno de la música seria.

Martha entró en el primer movimiento de una manera magistral. De vez en cuando miraba de reojo a Pappano, el resto del tiempo tocaba con los ojos cerrados o entreabiertos. Aunque pasaron casi sesenta años de esa foto que habíamos visto en el libro de Claudio Abbado, Martha tenía todavía la misma mirada sólida. Cada vez que giraba un poco el cuello para seguir las indicaciones de Pappano su cara quedaba de frente a nosotros y era una delicia mirar sus gestos. Piero marcaba el tempo con el pie y con un dedo en el aire hacía el dibujo de la melodía. Quise ver la cara de Antonio pero casi todos estaban sentados en el filo de los asientos y tapaban a los que quedaron en el otro extremo. Hasta Leonard, que siempre estaba serio, sonreía. Cuando terminó el primer movimiento llegaron aplausos desde distintas partes de la sala. Se notaba que algunas personas iban a un concierto por primera vez y no sabían que no se aplaudía hasta el final. Cuando terminó el segundo movimiento volvió a pasar lo mismo y escuché que Lucas decía: «¡Esta gente no entiende!». Cuando terminó el último movimiento la sala entera estalló en un aplauso fuertísimo. Nosotros fuimos los primeros en ponernos de pie. Piero le gritaba a Martha: «Brava, brava!», pero ella solo miraba al frente del auditorio. Pappano la agarró de la mano y giraron hacia nuestro lado. Gritamos «brava!» todos juntos al unísono como si lo hubiéramos practicado antes. Salió y volvió a entrar al escenario varias veces. Una chica le acercó un ramo de flores y Martha sacó una rosa y se la dio al señor que tocaba el triángulo. «L'uomo del triangolo!», me dijo Piero, emocionado. La sala entera se reía. Cuando bajamos la escalera para salir a la calle todavía se escuchaba gente hablando del triángulo y la rosa. Antonio dijo que le había parecido un gesto extraordinario, que esa rosa era el regalo más precioso que ningún percusionista hubiera recibido.

Roma te vuelve ecologista

Preparé el mate en un vaso de vidrio rojo que tenía bordes bastante gruesos. En una ferretería conseguí un termo de un litro color azul. La yerba se podía comprar casi en cualquier supermercado, en la góndola de comidas exóticas. En uno de los libros que traje, Hebe Uhart decía que al Perito Moreno se le acercaban los guanacos y él les silbaba Rigoletto. Los guanacos le prestaban atención, estiraban los cuellos y hacían piruetas, pero el Perito Moreno estaba seguro de que preferían Aída. Intenté silbarle Puccini al gato Charlie, pero no sé silbar, nunca pude aprender. Le canté al gato Charlie un pedacito de Madama Butterfly y empezó a ronronear.

Natalia y su novio llegaron transpirados y se sentaron al lado mío en el sillón. Traían dos bolsas que se desparramaron apenas tocaron el suelo. Me dijeron que habían juntado las botellas y los envoltorios de plástico pero todos los contenedores del barrio estaban desbordados. Natalia dijo que ellos intentaban ser ecológicos pero que la ciudad no los estaba ayudando. «Queremos ser ecológicos pero la ciudad no nos deja», le dijo al gato Charlie con la voz de hablarles a los bebés. Natalia me preguntó qué podían hacer y le dije que los contenedores de las calles más chicas a veces tenían espacio. En las avenidas se formaban montañas. El sol iba derritiendo la basura y a las gaviotas se les ponían los ojos rojos. Rompían las bolsas para llegar a los pedazos de salame o a los bordes de las pizzas. Las palomas se acercaban de a poco y comían lo que las gaviotas descartaban. A veces también llegaban las cotorras argentinas. Se volvieron una plaga en toda Europa y para algunas especies locales eran un problema. Era raro ver el verde flúor de sus plumas al lado de las ruinas romanas. Para limpiarse el plumaje las gaviotas iban al Tíber. Se quedaban flotando río abajo mientras hacían la digestión y el agua iba sacando los restos de mayonesa y los pegotes de mermelada de sus plumas. Loreta nos dijo una vez mientras caminábamos por la Via del Corso que Roma te volvía ecologista por la impresión. En esta ciudad se hablaba de la basura casi tanto como del clima. Aunque había fuentes de agua fresca y constante, los turistas preferían comprar botellas de plástico, como si les gustara llevar cosas descartables en la mano.

Atrapados en el parque

Nos encontramos en la colina del Gianicolo, que es un punto alto desde donde se podía ver toda la ciudad, pero enseguida nos dimos cuenta de que iba a ser difícil encontrar un lugar libre por la tarde porque a veces no queda ni un pedacito de baranda donde apoyar los codos. Tomamos agua de una fuente y seguimos caminando hasta el parque de la Villa Doria Pamphilj, que es el más grande de Roma. En la entrada había un grupo de corredores elongando. Nos quedamos admirando su flexibilidad mientras Loreta buscaba en el mapa cómo llegar a la cafetería. Leonard se ponía ansioso porque tenía hambre y Julie le ofreció unas almendras que llevaba en la mochila. Loreta preguntó si estábamos dispuestos a caminar varios kilómetros hasta la otra punta del parque. Todos dijimos que sí y nos pusimos en marcha por un camino de tierra al paso de Antonio y Piero.

Loreta trató de ordenar el árbol genealógico de los Pamphilij pero cuando llegó al papa Inocencio X, que era parte de la familia, ya todos estábamos perdidos. El parque había sido diseñado por un pintor y un escultor, que trabajaban para la familia Pamphilij. Antonio comentó: «Un pintor eligiendo árboles y flores, ¡qué idea estupenda!». Había muchos árboles frutales, sobre todo cítricos, y también araucarias, palmeras, pinos y plantas exóticas. Llegamos a un lago que estaba lleno de patos y algunos cisnes en la orilla. Los cisnes no estaban contentos cuando nos acercamos. Parecía que se estaban acomodando para ir a dormir pero las patas les molestaban. Nos sentamos en unos bancos a descansar y Julie volvió a sacar las almendras de su mochila. Quedaban pocas, y nos hizo estirar las manos. Alcanzó para que cada uno comiera una almendra. Leonard, que era el más hambriento, comió dos. Piero preguntó antes de masticar si estaban muy duras y dijo que lo que más extrañaba de la juventud era comer turrón. Casi no quedaban deportistas pero algunas personas todavía paseaban a sus perros. Mientras masticábamos, solo se escuchaban los aleteos de los patos. Nos quedamos un rato callados, hasta que Antonio empezó a decir cuán importante era el silencio para los músicos y contó que Puccini se había ido a vivir a un lago porque la vida social lo distraía. A la noche no había más sonidos que los de su piano. Cuando viajó a París para el estreno de La bohème escribió varias cartas llenas de lamentos a su editor. Le contaba que una invitación a almorzar le arruinaba el día, ya no lograba concentrarse para componer.

Leonard preguntó si podíamos seguir avanzando hacia la cafetería porque le hacía ruido la panza. Loreta miró otra vez el teléfono y dijo que faltaban veintiocho minutos de caminata. Había un atajo que no estaba marcado en el mapa pero era obvio que muchas personas pasaban por ahí porque el pasto se veía chato. Piero se agarró de mi brazo y con el paraguas se ayudaba para no perder el equilibrio. El sendero era angosto y nos ordenamos de dos en dos. Giovanni se adelantó un poco para ver si había obstáculos o pendientes más pronunciadas. De lejos ya veíamos un camino de pinos y empezamos a imaginar que la cafetería estaba ahí cerca, que nos iban a servir tragos con mucho hielo y limón y que las bruschettas iban a estar crocantes. El sol se había puesto y quedaban los últimos quince minutos de luz. Después de una curva vimos unas hamacas y toboganes y atrás una estructura que imaginamos era la cafetería. Los juegos estaban desiertos y ya todos nos habíamos dado cuenta de que el lugar estaba cerrado. Espiamos por las ventanas y se veían hojas secas y muchos papeles en el piso, algunas sillas apiladas y una mesa rota. Loreta se agarraba la cabeza, como cada vez que había imprevistos. Buscamos algún cartel que explicara si estaban de vacaciones pero no encontramos nada. No había alumbrado en esa parte del parque y ya todo empezaba a verse diluido.

Antonio dijo que a él también le estaba haciendo ruido la panza, que buscáramos la salida más próxima. El camino todavía se entendía porque estaba delimitado por los pinos, pero para adelante y para atrás todo parecía un túnel gris sin fondo. Decidimos seguir derecho porque oímos ruidos de autos para ese lado. Lucas fue el primero en prender la linterna de su teléfono y arruinó la adaptación lenta de nuestras pupilas a la oscuridad. Unas bicicletas que se acercaban frenaron para decirnos que al final del camino había un portón con candado. Loreta dijo: «Ma che cazzo!», estirándose los rulos para atrás. Una familia con un cochecito también se acercó a preguntar si sabíamos cómo salir. El bebé lloraba y el señor estaba indignado porque hacía cuarenta minutos que caminaban bordeando las rejas del parque y todas las puertas estaban cerradas. Uno de los ciclistas dijo que había leído en internet que por problemas gremiales a veces quedaban guardias mínimas en el parque y solo dejaban abierta la reja del Gianicolo. Era la puerta por donde habíamos entrado, que estaba a más de cinco kilómetros. Loreta buscó entre los contactos de su teléfono alguna autoridad del municipio pero no encontró ninguno. Piero dijo que tenía guardado el número del ministro de Cultura de la nación y preguntó si podía servir. Todos nos reímos cuando Piero empezó a imaginarse la conversación con el ministro, tratando de explicarle que estábamos encerrados en un parque gigante sin

alumbrado y que lo único que teníamos en el estómago era una almendra.

Los ciclistas dijeron que solo faltaba probar si había alguna salida al otro lado de un puente que estaba cerca. El puente pasaba sobre una autopista que dividía el parque en dos. Antonio dijo que al menos saber que había autos cerca lo tranquilizaba. Podíamos ver los colectivos pasando pero todavía nos rodeaban las rejas del parque. La autopista estaba iluminada y apagamos las linternas de nuestros teléfonos. Alguien mencionó que era mejor ahorrar batería por si teníamos que pasar la noche ahí y Leonard dijo que esa no podía ser una opción.

Del otro lado del puente el paisaje era igual. El parque seguía siendo enorme y las rejas eran altas como dos personas. Seguimos un sendero que nos llevó hasta otro portón cerrado y ahí encontramos más gente atrapada. Ellos conocían bien ese lado del parque y decían que ya habían probado todas las puertas. Por suerte, desde el otro lado de la reja se acercó una señora que estaba paseando a su perro y que sabía cómo ayudarnos. Unas semanas atrás había pasado lo mismo y entre la gente atrapada había un señor que se descompensó. Un vecino con una amoladora había cortado una barra de la reja para que pudieran salir. La señora dijo que la siguiéramos y caminamos todos al lado de ella con la reja de por medio. El perro se veía orgulloso y a cada ratito giraba la cara para mirarnos como si supiera que nos estaba salvando. La señora también se veía orgullosa, y cada dos o tres pasos decía que faltaba menos, que tuviéramos paciencia. Giovanni empezó a tararear el coro de los esclavos de Nabucco y todos lo seguimos:

Va, pensiero, sull'ali dorate;

va, ti posa sui clivi, sui colli,

ove olezzano tepide e molli

*l'aure dolci del suolo natal!**

Antonio se reía y decía que unas horas atrapados en un parque ya nos hacían sentir desterrados. Caminábamos en fila iluminados por las luces de la autopista y esquivando las raíces levantadas de los árboles. El coro de los esclavos es muy pegadizo, daban ganas de repetirlo cada vez con más intensidad. Las otras personas atrapadas también lo

cantaban. Era la melodía más popular de Verdi y funcionaba casi como un segundo himno nacional porque se cantaba durante la época de la unidad de Italia.

Cuando llegamos a la parte rota de la reja aplaudimos. Para salir había que ponerse de costado y contener la respiración. Primero pasó la familia con el bebé y después los ciclistas. Luigi ayudó a Piero y a Antonio y una vez que todos estuvimos afuera el chico de las redes sociales nos sacó una foto con la señora y el perro. La señora le pidió a Antonio un autógrafo para que sus amigas le creyeran que había estado con él. Antonio escribió: Para Irma, que nos encontró cuando estábamos perdidos y nos llevó de vuelta a la ciudad.

Morderle los labios a un trompetista

El gato Charlie se enredó en las manijas de mi cartera y empezó a darle besos. Se la llevó a un rincón del living y estuvo un rato lamiéndola. Tenía las pupilas dilatadas y las orejas se le iban hacia atrás. Como era la única cartera que tenía pensé en frenarlo, pero nunca lo había visto así de entusiasmado y me dio pena. Natalia salió de la habitación y se quedó parada al lado mío en silencio. Charlie logró abrir un poco el cierre y metió primero la cara y después todo el cuerpo. La cartera parecía poseída. Se agitaba en ese rincón y rebotaba contra las paredes. Natalia me preguntó qué tenía adentro y le dije que estaba vacía. Quizás había algunos pañuelos y bollos de papel, una birome y unas postales. Ella dijo que la birome podía ser peligrosa, se la podía clavar en un ojo o en la lengua. Con un movimiento brusco Charlie asomó la cara, tenía la mirada embrujada. Entre los colmillos atrapó una de las manijas y, haciendo fuerza con la mandíbula, el resto de su cuerpo fue saliendo. Se quedó quieto con una manija alrededor del cuello como si fuera una chalina y nos miró. Estaba tranquilo otra vez y respiraba lento. Olía el interior de la cartera mientras cerraba los ojos. Natalia me preguntó si había comprado orégano o especias o si había trasladado en la cartera una planta. Me imaginé que a lo mejor Charlie estaba oliendo el parque, el lago y los cisnes. Natalia dijo que seguro era eso. El gato Charlie se puso de costado y atrapó la cartera entre las cuatro patas, con los dientes sostenía las manijas y las patas traseras las movía con temblores. Natalia se tapó la boca y me miró maravillada: dijo que Charlie se estaba montando mi cartera y que la iba a dejar llena de rasguños.

Me preguntó por qué no estaba comprando más naranjas, extrañaba que le hiciera juguitos. Entre todas las actividades de la residencia y las clases de italiano casi no había estado en la casa, desayunaba en bares. Los sobres con plata que me había dado Loreta cuando llegué seguían bastante mullidos y pensé que a lo mejor estaba haciendo una vida muy austera sin necesidad. Julie se había comprado unas sandalias con la plata de los sobres y Lucas nos mostró una enciclopedia de seis tomos de cine italiano que había conseguido en el centro. Piero, cada vez que compraba algo, decía que iba a usar los «billetitos del ministerio» y sonreía cuando los sacaba del sobre. Le dije a Natalia que la invitaba a desayunar al bar de la esquina. Me preguntó si necesitaba la cartera o lo dejábamos a Charlie seguir su

apareamiento. Me acerqué para sacarlo y apenas lo desenredé volvió a tener la mirada calma de antes. Natalia se pintó los labios en el ascensor y empezó a hablar sobre la pastelería italiana. Quería consejos para saber qué pedir en el bar y le dije que yo siempre comía lo mismo.

Cuando llegamos buscó una mesa: no le gustaba la costumbre de los italianos de tomar el café parados en la barra. Yo pedí un café lungo y ella un capuccino con leche de soja. Elegimos dos cornettos integrales rellenos de miel y ella me agarró un mechón de pelo y dijo que me estaba olvidando de pedir su juguito. Nos sentamos al lado de la ventana y me empezó a interrogar sobre la residencia. Quería saber qué hacíamos y a qué lugares nos llevaban. Me preguntó por qué me gustaba la ópera si todavía era joven. Empezó a decir que la música clásica solo la escuchaban los viejos y que yo no me estaba vinculando con el presente. Le dije que ese prejuicio era muy habitual y le pregunté si alguna vez había ido a escuchar un concierto. Me dijo que no porque estaba segura de que se iba a aburrir. Empecé a contarle sobre Dudamel, un director de orquesta venezolano muy carismático que se la pasaba tratando de acercar a la gente a la música. Según Dudamel, el término «clásico» alejaba a los jóvenes, les hacía pensar que era la música de sus abuelos. Él decía que era mejor pensar que fue la música popular de los tiempos pasados. Natalia me escuchaba pero al mismo tiempo miraba fotos de Dudamel en internet. No podía resistir el impulso de buscar imágenes cuando le hablaban de alguien que no conocía. Dudamel le parecía simpático, pero dijo que lo hubiera llevado a la peluquería porque los rulos le crecían para los costados. Me contó que tuvo un novio que tocaba en una orquesta en Kiev. Era trompetista y siempre se peleaban porque Natalia le mordía los labios cuando le daba besos. Él le decía que los trompetistas no podían ser mordidos, que sus labios eran la parte más importante de su cuerpo y que los tenía que preservar. Con el tiempo empezó a correrle la cara cada vez que ella iba a darle un beso. Natalia se acordaba y se reía, decía que eran apenas pellizcos, que nunca lo había mordido fuerte. Dijo que nunca había ido a escucharlo tocar y que no había vuelto a salir con músicos porque no soportaba estar con alguien más vanidoso que ella.

Le pregunté cómo había conocido a su novio de ahora. Cada vez que mencionaban su nombre me parecía que le agregaban consonantes. Me contó que se habían conocido en unas clases de yoga y que él le gustó porque tenía la espalda muy derecha. La primera conversación que tuvieron fue sobre cómo estar erguido con facilidad. Él le puso una palma de la mano entre los omóplatos y otra en el esternón y ella se dejó acomodar las vértebras. Me contó que en ese momento él tenía

poco pelo y lo disimulaba peinándose de maneras rarísimas. Después de unos meses logró convencerlo de que se rapara. Cuando fui a pagar, Natalia me preguntó si podíamos llevarle un cornetto a su novio para que desayunara en la cama. Pensé que con todas las migas que debían tener en esa habitación se podía hacer un budín.

La técnica del abrazo

Cuando me duelen los ovarios abro muchas pestañas de YouTube. La computadora empieza a ponerse caliente y la apoyo sobre mi panza. Si me quedo quieta y me concentro en la temperatura del metal contra la piel, me siento mejor. El gato Charlie me miraba desde el piso pero no quiso subir a la cama. Los ucranianos se habían ido al museo y tenía algunas horas para quedarme acostada. Me puse a ver un video donde Pavarotti contaba que aprendió a respirar abrazando a Joan Sutherland. Pavarotti se emocionaba hablando de Joan, decía que era la voz del siglo. En su opinión, Joan tenía la técnica más impresionante de todos los tiempos. Su voz era tan clara que casi se podían contar las moléculas. La abrazaba para sentir cómo se movía su diafragma, cómo usaba el músculo y lo firme que estaba antes de cantar.

En otra pestaña había un video que mostraba cómo se mueven las costillas cuando se llenan los pulmones. El diafragma está justo abajo de los pulmones y los músculos abdominales en el frente ayudan a que todo esté contenido. El video era aburrido pero la animación de las costillas era linda de ver. Empecé a respirar al mismo ritmo y cuando el video se terminaba le volvía a dar play. Con una mano en el tórax, fui buscando las costillas que aparecían en el video y las recorría de un lado al otro. Pasaba el dedo índice por el espacio que hay entre cada una y por momentos era difícil seguir el recorrido sin equivocarme. Por más que tocara o apoyara la mano, no lograba entender cuál era el diafragma. Hay profesores de canto que para que sus alumnos lo encuentren les atan correas alrededor de la cintura o los mandan a cantar en el inodoro. Parece que una buena manera de reconocer el diafragma es cantar mientras se hace fuerza para hacer caca. Después tienen que aprender a administrar el aire, todo tiene que pasar por la garganta como si estuviera enmantecado. Nunca hay que hacer fuerza con el cuello y no tiene que raspar. El sonido se apoya en el aire y tiene que crecer de a poco. Me quedé dormida pensando en Pavarotti y sus manos enormes contra el estómago de Joan, sintiendo las partes esponjosas y las rígidas.

Radiografía de un arpa

Llegué primera a la estación Pigneto. Nunca había estado en esa parte de la ciudad y se notaba que era un barrio tranquilo. Varios señores charlaban en la vereda y en la verdulería un chico acomodaba naranjas con forma de pirámide. Vi a Piero asomarse al ritmo de la escalera mecánica del subte. Me abrazó y dijo que le encantaba mi puntualidad, porque siempre había que esperar a los demás al menos media hora. Me agarró del brazo y propuso que fuéramos a tomar un café a Necci, que era su lugar preferido.

Pedimos dos cafés en la barra y los llevamos a una mesa en el patio, donde había una higuera que daba una sombra perfecta. Me contó que Pasolini había grabado ahí su primera película, Accattone, y ahí también hacía los castings. La gente grande del barrio todavía contaba historias sobre él. Piero señaló un rincón enfrente nuestro en donde Accattone se secaba las lágrimas refregándose contra la remera de uno de sus amigos. Me pareció hermoso, pero Piero se dio cuenta de que pensaba eso porque no había visto la película. Accattone era una persona horrible. Se lo veía golpear a una mujer y robarle una cadena de oro a un nene. Piero me decía: «le roba al nene, el desgraciado». Accattone estaba todo el día en bares pensando en cómo tener plata sin trabajar, y sus amigos igual. Según Piero, nadie había mostrado antes esa Roma marginal que mostró Pasolini y las críticas fueron terribles. Tuve un poco de vergüenza cuando me siguió preguntando por las demás películas y le confesé que no había visto ninguna. Ni siquiera Medea. Piero no lo podía creer. Se emocionó hablando de la actuación de Maria Callas y lo hermoso que era poder ver sus ojos de cerca. Me agarró el mentón para que girara la cara y dijo que yo tenía un perfil griego como Maria. Le conté que mi abuela siempre me decía eso cuando era chica. A Piero le encantaba escuchar historias de los argentinos y de nuestros abuelos inmigrantes. Quiso saber todo sobre mi abuela. Le conté que su familia había llegado de Calabria y cuando le dije que el apellido era «Papa» aplaudió tres veces. Según Piero, el apellido pudo haber sido Papaloukas, Papadimitriou o Papadoriakis y cuando pasaron de Grecia a Italia lo acortaron. Piero quería ver fotos de la nariz de mi abuela, pero no tenía ninguna en el teléfono para mostrarle. Ya había pasado más de media hora y cuando sé que estoy llegando tarde me empiezan a transpirar las manos. Hicimos el mismo camino pero al revés hablando de mis otros abuelos. Piero repetía lo que yo le contaba y resumía: la calabresa medio griega se casó con un

piamontés y del otro lado la croata con un español. De paso, me mostró la fuente de Accattone. Yo tomé agua y él se mojó el pelo.

Cuando volvimos a la estación de subte todavía faltaba Leonard. Piero seguía agarrado de mi brazo y les decía a todos que yo no había visto Medea. Loreta se estiraba los rulos para atrás cuando Lucas y Julie dijeron que ellos tampoco la habían visto. Loreta sacó su cuaderno y empezó a pasar páginas. Hacía cuentas con los dedos y dijo que había un montón de noches libres, que podíamos organizar algún ciclo de Pasolini. Leonard se bajó agitado de un taxi y pidió perdón por la tardanza. Caminamos por la Via del Pigneto hasta una zona peatonal llena de bares y puestos de verduras. Antonio compró una bolsa de pistacchios, dijo que la iba a llevar siempre en el bolsillo, por si nos quedábamos encerrados en alguna otra parte. Piero se reía de mi cara de asombro porque nunca antes había visto un romanesco. Era una coliflor silvestre de color verde intenso, con una geometría fractal que hipnotizaba. Parecía una verdura inventada por Pitágoras. La verdulera nos dio unas uvas verdes traslúcidas y dulces. Estaban tan ricas que juntamos las monedas de todos nuestros bolsillos y llevamos un kilo. Las lavamos en la fuente que había en la esquina y las comimos caminando. Piero preguntó si estábamos yendo al museo de los instrumentos antiguos y festejó cuando Antonio dijo que sí. Caminamos por una diagonal y Loreta tuvo que mirar el mapa algunas veces para orientarse. El museo quedaba muy cerca pero esa zona era difícil de descifrar. Cruzamos la calle mal dos veces y nos tocó esperar uno de esos semáforos que no cambiaban nunca de color. Lucas dejó en un cantero un montón de semillas que todavía tenía en la mano. Dijo que ojalá creciera una parra ahí para que tuvieran sombra los que esperaban para cruzar.

En el museo no había aire acondicionado y la señora de la entrada era cruel. No le gustaban nuestras tarjetas para entrar gratis, decía que nunca las había visto y quería llamar a su supervisor. Loreta le explicaba que dependían del Ministerio de Cultura y empezaba a nombrarle funcionarios y cargos. La señora nos dejó entrar y le hizo señas a la guardia de sala para que nos controlara. La guardia se agarró la cara y empezó a gritar: «¡Pero si es Antonio Martinelli, Antonio Martinelli!». De las otras salas llegaron más guardias, todos con los teléfonos en la mano para sacarse fotos. Ya nos habíamos acostumbrado a ese espectáculo que generaba Antonio cada vez que lo reconocían. Él parecía disfrutarlo y siempre sonreía para las fotos.

Éramos los únicos visitantes del museo. Había vitrinas con los instrumentos divididos por familias. Miramos primero las flautas dulces del siglo xvi. La mayoría eran de madera y había algunas de

marfil. Al lado estaban los oboes. Vistos desde atrás parecían pipas de fumar. Nos habíamos esparcido y Loreta pidió que fuéramos todos a la sala de las cuerdas. Antonio estaba sentado en la silla de la guardia y nos acomodamos a su alrededor. El piso era de mosaicos y estaba fresco. A Piero y a Leonard les alcanzaron sillas de otra sala. Antonio quería hablarnos de la joya del museo, el arpa Barberini. El arpa estaba en una sala muy chica y no podíamos entrar todos juntos. Los Barberini la habían mandado construir a principios del 1600 y tardaron quince años en hacerla. Tenía tallado el emblema de las tres abejas y todo estaba recubierto con hojas de oro. Se decía que el sonido del arpa era tan hermoso, que la gente suspiraba cuando la escuchaba. Antonio enumeró todos los músicos que habían sonado el arpa, a algunos los hacían trasladarse desde otras ciudades y se quedaban a vivir en Roma para que los Barberini pudieran escuchar música. La guardia de la sala también quería participar de la conversación y contó que en un traslado el arpa se raspó y uno de los querubines tallados perdió un pie. El ebanista que la restauró, en vez de agregar el pie derecho que faltaba, copió el pie izquierdo. Antonio dijo que entonces teníamos que volver a mirar el arpa hasta descubrir al querubín con dos pies izquierdos.

Antonio contó historias de otros instrumentos del museo, un órgano, los cuernos de caza, los llamadores de pájaros y el más antiguo clavicordio alemán que se conservaba. Nos pidió que cuando llegáramos al final de esa sala prestáramos atención a una pared que tenía un cuadro negro. Dijo que algunas personas pasaban por al lado sin mirarlo porque parecía un espejo o una ventana en desuso. Era una radiografía de un arpa del siglo xviii. La guardia asentía diciendo que era una maravilla, que fuéramos a verla.

Me paré y tenía los pliegues de las rodillas transpirados. Casi todos fueron a la sala del arpa Barberini, pero yo quería ver los rayos x. El vidrio reflejaba mucho y al principio solo me veía a mí. Me puse de costado y las partes blancas empezaron a verse. El arpa parecía un esqueleto de dinosaurio. La columna tenía vértebras y costillas. Cristina se acercó y dijo que le hacía pensar en una ballena. Si se dejaba la mirada lánguida, empezaban a surgir formas nuevas. El dinosaurio se fue borrando y empecé a ver un ala de gaviota. Cristina veía cosas comestibles, una porción de pizza, una feta de jamón. Antonio escuchaba nuestra conversación y se reía, decía que la radiografía tenía poderes y nos había atrapado. Después de mirar fijo la superficie negra, el resto de la sala nos encandiló. Julie y Luigi se daban besos adelante del arpa Barberini. Me quedé buscando los pies de los querubines pero no encontré el error.

Cuando salimos del museo Loreta se volvió a desorientar. Esperamos abajo de un árbol mientras ella miraba el mapa. Nos dimos cuenta de que en realidad no había ningún plan para el resto del día. Antonio estaba al lado de ella y con una mano acariciaba los pistacchios que tenía en el bolsillo. Discutieron por un rato y no se ponían de acuerdo. Luigi se acercó a contarles que había vivido en ese barrio y que estábamos cerca de un lugar muy hermoso, Il giardino di Via Carlo Felice, un parque angosto que acompañaba un tramo de la muralla. Había un caminito con encinas y una pendiente de pasto, donde la gente se acostaba a dormir la siesta. En un kiosco compramos latas de cerveza, un paquete enorme de papitas y unos grisines. Loreta se quejaba de que íbamos a comer puras porquerías. Quería caminar un poco más para comprar quesos y fiambres pero nadie se ofreció a acompañarla. Los árboles no eran muy espesos, la sombra más sólida la daba la muralla. Bajamos la pendiente por una rampa. Los ladrillos de la muralla se sentían fríos y húmedos contra la espalda. El chico de las redes sociales estaba fascinado y no paraba de sacar fotos. Era incómodo pasar el paquete de papas de una punta a la otra y los que estaban en los extremos se quejaban de que no les llegaba nada. Julie sacó de su cartera unas servilletas y armó tres montoncitos de papas y grisines.

Lucas dijo que las comidas crocantes servían para pensar. Que se sentía la forma del cerebro cuando se masticaban papitas. Loreta no podía entender que nos entusiasmaran tanto. Antonio dijo que tenían que empezar a planear mejor los aperitivos. Por improvisar nos habíamos quedado encerrados en un parque y ahora íbamos a terminar con la espalda llena de musgo.

El italiano y sus pasados

Cuando llegué a la Piazza San Giovanni ya estaba empapada. Esperé abajo del techo de una peluquería pero el viento era horizontal. En la esquina un señor corría con una valija y estaba tan inundado que se armaban olas. Mis cuadernos de italiano goteaban adentro de la cartera. El pronóstico había dicho que solo iba a lloviznar. Faltaban diez minutos para la clase y estaba a media cuadra. Con los pies mojados y el vestido deformado por el agua, pensé que era mejor volver a mi casa, pero la estación de subte quedaba demasiado lejos y ya no quería correr.

La profesora se agarró la cabeza cuando me vio, ella había entrado justo antes de que empezara a diluviar. No estaba sor Fátima ni las otras compañeras. Esperamos un rato mientras me preguntaba cómo había estado el fin de semana. En la pared había un mapa grande de Roma y a ella le gustaba señalar con el dedo cuando mencionábamos algún lugar de la ciudad. Siempre pensé que era para que los demás compañeros se ubicaran si nunca habían estado ahí. Estaba yo sola y no entendí por qué lo seguía haciendo igual. Marcó el museo de los instrumentos antiguos, Il giardino di Via Carlo Felice y la muralla. Movía las manos como hacen en la televisión los meteorólogos. Habíamos esperado bastante y dijo que iba a empezar la clase. Seguro las demás se habían quedado varadas por la tormenta.

Leímos la tarea de la clase anterior. Era un ejercicio sobre pasado remoto. Tenía que escribir una leyenda de mi ciudad, una fábula o alguna historia de cuando era chica. Escribí sobre un día que mis papás me llevaron al zoológico de Rosario. Era verano y yo tenía tres años. En unos puestos vendían comida para darle a los animales. Me entusiasmé con los ciervos y desde la reja asomaba la mano llena de maní. Mi mamá me sostenía y yo decía: «bambi, bambi», mientras mi papá nos sacaba fotos con una Olympus reflex preciosa. Uno de los ciervos no se conformaba con nada, pedía maní desesperado, pero mis maniobras no eran tan rápidas. El ciervo asomó la boca entre las rejas y me mordió el vestido. Hizo tanta fuerza, que la tela se partió en dos. Quedé en bombacha y con la mano llena de cáscaras. La gente que estaba cerca se reía y yo lloraba a los gritos. La profesora también se reía y me preguntaba si eso había pasado de verdad. Corrigió los errores de las preposiciones y las palabras que había escrito mal. Me pidió que le volviera a contar la historia pero usando el pasado

próximo, como si hubiera ido al zoológico el día anterior. No me acordaba cuál era ese pasado y sentí que los pies me transpiraban adentro de las sandalias empapadas. Se mezclaba el sudor y la lluvia y en mi mente veía cuadros llenos de verbos conjugados pero no sabía cuál tenía que elegir.

La profesora se cansaba de esperarme. No podía memorizar esas cosas, tampoco sabía cómo se llamaban los verbos en español. Ella me decía que yo sabía cuál era el pasado próximo, que lo había usado para contarle sobre mi fin de semana. Volví a contar la historia del bambi y cada vez que en el texto se acercaba un verbo yo sentía que crecía una laguna en las sandalias. Me pidió que la contara una vez más pero en trapassato. Intenté disimular haciendo caras de concentración. La profesora se dio cuenta de que yo no sabía distinguir los pasados. Las preguntas me parecían cada vez más difíciles. Miraba la silla donde siempre se sentaba sor Fátima. Ella debía estar escuchando la lluvia desde el convento, comiendo tostadas con manteca derretida y tomando un té.

La profesora me preguntó cómo era posible que siempre hiciera bien la tarea si no sabía reconocer los tiempos. Le dije que hacía la tarea usando internet, que había un montón de páginas que te ayudaban a conjugar. No le gustó enterarse de que yo no sabía conjugar sola y siguió haciendo preguntas complicadas. Le dije que en la calle los italianos hablaban siempre en presente, hasta para contar la vida de Julio César. Ella me pidió que no los imitara, que siguiera estudiando y hablara bien. Decía que escuchar a alguien usando las concordancias entre los tiempos verbales era lo más atractivo que podía haber.

Un deseo a la virgen

Llovió tres días seguidos. Los ucranianos compraron muchos tipos distintos de galletitas. Fui descalza hasta el baño y tuve la sensación de estar en una playa. En la alfombra de la ducha me sacudí las migas que habían quedado pegadas en la planta de mis pies. Mientras ellos dormían barrí toda la casa. Al gato Charlie no le gustaba la escoba. Hacía ese ruido que hacían los leones o los pumas cuando estaban por atacar. Se quedaba quieto, con la mirada fija en las pelusas que iba juntando, y no me dejaba avanzar. Intenté alzarlo pero no pude. Solo se dejaba alzar por Natalia. Le puse comida para distraerlo y recién ahí dejó de perseguirme. Las latas que había llevado Bianca ya se estaban acabando.

Se veía que a Antonio no le gustaba mojarse. Cada día Loreta mandaba mails para decir que se suspendían las actividades por lluvia. Al tercer día, como no me gustaba estar tanto tiempo encerrada en la casa, salí a dar un paseo igual. Primero fui a desayunar al bar de la esquina. No quedaban cornettos. El barista había puesto dos huevos a hervir con el espumador de la leche. Me alegré de nunca tomar el café cortado.

Cuando llovía el Tíber se ponía marrón, del mismo color que el río Paraná. Algunas gaviotas se arrastraban con la corriente. Yo caminaba a la misma velocidad que ellas, mirando fijo a una y tratando de apurar el paso si me sacaba ventaja, para quedar siempre a la par. Abajo del puente de la Corte de Casación flotaban muchas gaviotas juntas y me desorienté: ya no supe cuál era la gaviota que venía mirando. Las ramas de los plátanos eran más largas de un lado del puente que del otro. Crucé a la otra orilla y miré el mapa en el teléfono para encontrar una calle que me había nombrado Piero. Ahora se llamaba Via Giulia, pero los romanos le decían la «Via recta». Tenía casi un kilómetro y según Piero era una calle inteligente, como casi todas en el centro. Me había dicho que si estabas desorientado, solo tenías que pensar en el lugar al que querías ir y las calles te llevaban. La Via Giulia era más ancha que las otras calles, el empedrado desparejo y la suela finita de mis sandalias me hacía sentir la forma de cada piedra. El cielo estaba empezando a despejarse y, si me quedaba quieta, podía ver el vapor subiendo del empedrado. Piero me había dicho que esa calle la había rediseñado Bramante a pedido de un Papa. Había un palacio al lado del otro, varias iglesias y algunos

bares. Quise llenar mi botella en una fuente que Piero me había recomendado. Se llamaba la «Fontana del mascherone» y tenía una cara del diámetro de una mesa de bar, con las pupilas dilatadas y los ojos llenos de musgo. El agua brotaba de la boca pero bajaba pegada a la piedra. Me pareció que había demasiado musgo en la fuente, que si tomaba un sorbo toda esa antigüedad se me iba a meter en el cuerpo.

Para cuando estaba pegando la vuelta, ya no quedaba ninguna nube y no había llevado mis lentes de sol. Caminé despacio atrás de un guía turístico que le contaba a un grupo de personas que muchas de las fuentes que había en la ciudad eran las antiguas bañaderas de las termas. Señalaba dos piletas macizas en el medio de una plaza y decía que habían estado originalmente en las termas de Caracalla. Preguntó si alguien había ido a visitarlas. Una señora levantó la mano y dijo que sí, que no había nada y se había decepcionado. El guía se reía y le daba la razón. Solo quedaba la estructura pero estaba vacía.

Ya ninguna calle se veía tranquila, como antes con la lluvia. Tuve que esquivar vendedores de tours y mozos que me ofrecían promociones en los bares. Me hubiera gustado estar caminando con Loreta, que tenía la vista larga y se daba cuenta de qué calles había que evitar. O con Piero, que me agarraba del brazo y me obligaba a caminar a su ritmo y se acordaba de historias con cada cosa que veía. No logré salir del centro, quedé atrapada entre grupos enormes de turistas y me sentía en una procesión. Como esa vez que mi hermana me pidió que la acompañara a la peregrinación de San Nicolás. Yo tenía quince años y ella, veintitrés. Eran más de sesenta kilómetros de caminata y los pies me quedaron destruidos. Salimos al mediodía. Yo ya no creía en nada que tuviera que ver con la iglesia, pero mi hermana me insistió para que le pidiera un deseo a la virgen. Todos los que peregrinaban pedían deseos o iban a agradecer que la virgen ya se los hubiera cumplido. Le pregunté a mi hermana qué le iba a pedir, pero no quiso contarme. Se subió la remera y me mostró que se había puesto una faja adelgazante que estaba de moda, una que vendían en la televisión. Dijo que seguro todas esas horas de caminata con la faja le iban a cambiar el cuerpo. Me preguntó cuál iba a ser mi deseo pero me dio vergüenza contarle. Cerré los ojos y pensé: si existe la virgen, y me está escuchando, mi mayor deseo es conocer a Fito Páez.

La caminata no terminaba nunca. A la noche me puse varios buzos encimados porque en la ruta hacía frío. Solamente sentía calor de los tobillos para abajo. Los pies me dolían y una vez por hora me sentaba en la banquina para cambiarme las curitas. Mi hermana me dijo que también tenía que cambiarme las medias porque tenían sangre. De a ratos hablábamos con la gente que caminaba junto a nosotras. Una

señora con un cochecito nos contó que era la quinta vez que iba y que la noche era la parte más difícil. Nos aconsejó no hablar para no agitarnos. Casi todos tenían puestos auriculares porque varias estaciones de radio transmitían la procesión. La gente llamaba y dejaba mensajes de aliento para sus parientes que estaban caminando. El locutor iba contando anécdotas sobre milagros cumplidos, leía agradecimientos de personas que habían conseguido trabajo o que se habían curado de enfermedades. Yo escuchaba eso y me daba culpa mi deseo. Me parecía ridículo y pensaba que si la virgen existía de verdad, no me lo iba a cumplir nunca.

No logramos llegar hasta el final. Solo faltaban siete kilómetros y ya no me quedaban pares de medias limpios, todos estaban ensangrentados. Tenía los pies tan lastimados que las curitas no se pegaban a la piel. A los costados de la ruta había taxis y compartimos uno con dos señoras grandes. El taxista nos dejó en la plaza de San Nicolás y nos acostamos en el pasto a esperar que llegara la peregrinación. De la misa no me acuerdo nada. Mis papás nos fueron a buscar y en el camino de vuelta comimos unos sandwichitos en el auto. No pude ponerme zapatos por varios días y durante un tiempo tuve la marca de las ampollas como si fuera la cicatriz de una herida grande.

A la semana siguiente Charly García tocaba en el Teatro Astengo y me acuerdo de que no pude saltar en ninguna canción porque mis pies seguían doloridos. Aunque era un teatro con butacas, la gente se paraba y saltaba en el lugar. Los chicos se sacaban las remeras y transpiraban como en la cancha. Cuando me desperté al otro día fui al parque España con mi guitarra. Quería acordarme de los arreglos que había hecho María Gabriela Epumer, intentaba anotarlos en un cuaderno. Era septiembre pero el sol del mediodía estaba fuerte y en el parque no había nadie. Alguien se acercaba caminando y entrecerré los ojos varias veces porque pensé que la luz me estaba dando visiones. Era Fito Páez y caminaba directo hacia mí. Mientras imaginaba que la virgen miraba todo desde el cielo, me acomodé el pelo y me levanté para saludarlo. Frenó y lo primero que me dijo fue que el sol iba a derretir las cuerdas de la guitarra. Me la sacó de las manos y me preguntó si podía tocar algo. Dijo que el calor no la había desafinado pero igual ajustó una de las clavijas. Después tocó una base de blues simple, la repitió dos veces y me dijo: «linda viola». Le pregunté si había ido al recital de Charly la noche anterior y me dijo que sí. Charlamos sobre las canciones que más nos habían gustado. Fito dijo que hacía años que no escuchaba una versión en vivo de «Fantasy». Movía mucho las manos y pronunciaba algunas consonantes como si hubiera nacido en otro país. Pensé en preguntarle

cuándo iba a tocar, si estaba grabando un disco, si volvía seguido a Rosario. No le dije que era mi ídolo, ni que tenía remeras con su cara, ni que la virgen me había cumplido un deseo. Le hablé como si fuera un amigo que no veía desde hacía tiempo. Al otro día en el colegio, nadie me creyó.

Il cielo in una stanza

Cristina me dijo que la esperara en la fuente de Monti y que comprara un vino. No sé elegir vinos italianos. Las uvas son distintas, tienen otros nombres. No conozco las regiones ni las bodegas. Esperé en la góndola del supermercado a que llegara alguien con decisión. Un chico fue directo a una botella de vino blanco y le pregunté si estaba bien. Me dijo que era el vino que servían en el restaurante donde él trabajaba. Le mandé una foto a Cristina y me dijo: «ese vino no, ese vino no» y una fila larga de caritas de horror. Me pidió que mejor comprara pan y un queso pecorino.

Llené mi botella con agua de la fuente. Cristina tardó media hora en llegar. Estaba transpirada y me preguntó si se le había corrido el rímel. Caminamos rápido esquivando a la gente que se juntaba a tomar aperitivos en la calle. En esa parte de la ciudad no había tantos turistas. Subimos unas escaleras que me agitaron y Cristina gritó emocionada: «¡vamos a conocer la casa de Piero, la casa de Piero!». El resto del camino tratamos de recordar si Piero tenía hijos o una esposa. Cristina estaba encantada de que nos hubiera invitado a nosotras dos solas, le había dicho que éramos sus preferidas.

Dentro de su casa, Piero parecía más joven. Tenía puesto un delantal y nos llevó directo a la cocina. Las paredes estaban llenas de fotos y pinturas, como un museo. Quise mirar y hacerle preguntas sobre cada objeto pero nos empujó por un pasillo. Estaba haciendo un risotto y tenía que estar cerca del arroz. Hablaba del arroz como si fuera un ser querido y lo revolvía con una cuchara de madera dando giros lentos. Agitaba el vapor que subía de la cacerola para que sintiéramos el perfume. Tenía todos los ingredientes ya cortados en potes. No se veían cáscaras y no había platos sucios apilados en la bacha.

Quise poner la mesa. En realidad, quise abrir los cajones y las alacenas para ver cómo eran por dentro, pero Piero no me dejó. Ya estaba todo acomodado. Fui a lavarme las manos al baño y me di cuenta de que en esa casa no vivía ninguna mujer. Casi no había frascos en los estantes, solo unas lociones para después de afeitar y antitranspirante. El jabón era de romero y la toalla con la que me sequé las manos debía ser de algodón egipcio. Era la toalla más suave que toqué. De la pared colgaba una igual pero para el cuerpo: parecía la toalla de un magnate. No pude calcular cuántas vueltas daba esa toalla alrededor

del cuerpo de Piero. Cristina sirvió tres copas de vino y cortó el queso que yo había llevado. Piero dijo que siempre había que comer un poco de queso antes del primer sorbo de vino. El risotto tenía tinta de calamar y camarones. Parecía que Piero estaba revolviendo lava volcánica y a cada minuto se veía más espeso.

Él se sentó en la punta de la mesa y nos agarró un cachete a cada una. Su mano era áspera y se notaba que no debía ponerse crema nunca. La cara me quedó caliente por el pellizco. El risotto estaba delicioso. La tinta de calamar era tan potente que pensé que los dientes me iban a quedar negros para siempre. El borde de mi copa tenía manchas del labial mezclado con la tinta y no quise imaginar cómo debía tener la cara. A Piero la punta de los bigotes se le fue tiñendo de negro y parecía rejuvenecer todavía más. Contaba historias de músicos famosos con los que había trabajado. Decía que en una época viajaba y comía tanto en restaurantes, que podía reconocer de qué mar habían salido las almejas que le servían. Cristina se reía, y le decía que eso no era posible, y Piero empezó a dar explicaciones de cómo los grados de salinidad afectaban el sabor de los moluscos.

Se levantó para poner música y se miró los dientes en el reflejo de la vitrina donde guardaba los discos. Le pregunté dónde le gustaba reproducir la música y me contestó señalando un tocadiscos. Tenía una fila larga de amplificadores, caseteras y hasta un reproductor de video laser. Puso un disco de Giuseppe Di Stefano y volvió a la mesa con un racimo de uvas. Dijo que podíamos comer más risotto si queríamos, pero que iba dejando las uvas cerca para que se calentaran, porque la temperatura de la heladera le hacía doler las encías. Separó unas veinte uvas y las dejó sobre su servilleta.

Nos contó que Giuseppe Di Stefano siempre había querido ser cura. Cuando estaba en el seminario cantaba en los recreos y un compañero lo convenció de que intentara ser cantante. Piero se tapaba los ojos y decía «menomale, menomale». Empezó a contarnos historias de cuando Giuseppe Di Stefano cantaba con Maria Callas, los llamaban «la pareja del belcanto». Piero decía que era estupendo verlos cantar juntos. Los dos eran imponentes y la gente se maravillaba con los rumores de un posible romance. Cristina insistió para saber más sobre el romance, pero Piero dijo que nadie estaba seguro de que eso hubiera pasado de verdad. Giuseppe y Maria eran muy discretos y negaban con sonrisas cada vez que los periodistas les preguntaban. Piero pensaba que lo último que necesitaba un cantante era enamorarse de otro cantante. Nos dio las uvas frías y él empezó a comer las templadas. Antes de masticar, las dejaba un ratito entre las manos para que tomaran más temperatura.

Nos contó que Giuseppe Di Stefano y Maria Callas se quedaron sin voz. En distintos momentos de su carrera, pero a los dos les pasó lo mismo. Los críticos decían que Maria tenía mala técnica y forzaba mucho la faringe. Decían que interpretaba tantos roles diferentes que se le estresaban las cuerdas vocales. Al final de su carrera, Giuseppe la convenció para que diera una última serie de conciertos. Ella tenía esa mirada impactante de siempre pero la voz ya no era la misma. Según Piero, Maria Callas había perdido la voz porque estaba triste y cansada y porque tomaba una cantidad terrible de pastillas para dormir.

Cristina le preguntó por qué se había quedado sin voz Di Stefano, si también era por tomar pastillas. Los críticos decían que fumaba demasiados cigarros, que era el único tenor que siempre aparecía en las fotos con un puro entre los dientes. En una entrevista, Giuseppe contó que había comprado una casa en Milán a principios de los sesenta. La casa tenía losa radiante y estaba toda alfombrada. Con el calor del piso la alfombra desprendía unas partículas de polvo extraño que se quedaron para siempre en sus bronquios. Piero se reía y decía que nadie le había creído a Di Stefano esa historia del polvo de alfombra. Nos agarró de las manos para pedir silencio.

Quando sei qui con me

Questa stanza non ha più pareti

*Ma alberi, alberi infiniti**

Di Stefano cantaba sobre un arreglo muy ligero de órgano y guitarra. Piero dejó los ojos cerrados hasta que entraron los violines.

Un corazón geométrico

Nos encontramos en el hall del teatro. Cuando llegué, Leonard se estaba quejando de que teníamos demasiado tiempo libre. Loreta lo escuchó con atención conteniendo una sonrisa. Leonard quería que la residencia fuera como ir a la universidad: clases todas las mañanas, que le dieran libros para leer y le encargaran tareas. Se había imaginado que íbamos a almorzar juntos cada día, que no iba a tener que pensar qué comer, ni decidir en qué trattoria cenar. Decía que el tiempo libre no le gustaba, que lo hacía reflexionar demasiado y terminaba teniendo ideas tristes. Loreta le contestó con delicadeza. Le dijo que todos éramos adultos y nuestras inquietudes eran distintas, que cada uno podía usar el tiempo como quisiera. La residencia estaba pensada de esa manera para que conociéramos la ciudad. Leonard agitó la cabeza y elevando la voz dijo que conocía de memoria la ciudad, que para eso prefería quedarse durmiendo siestas en su casa de Londres. Loreta suspiró, le pasó un brazo por el hombro y se fueron a conversar al lado de la puerta.

Antonio llegó del brazo de una soprano. Se llamaba Monica y tenía las cejas perfiladas como dos trazos gruesos de fibrón. El pelo negro y larguísimo estaba atado tirante en la nuca. Antonio dijo que Monica era la Floria Tosca de la temporada, que había mucha expectativa con su interpretación. También nos presentó al resto del elenco y al director de la orquesta. Nos contó que Tosca se había estrenado en ese mismo teatro en el 1900. La puesta en escena que íbamos a ver recreaba la original. Se había reconstruido la escenografía y los trajes eran casi idénticos a los del estreno, cuando Puccini todavía vivía. El director nos pidió que mantuviéramos silencio mientras veíamos el ensayo porque algunos músicos eran muy susceptibles a las interrupciones y no les gustaba que los vieran ensayar. Antonio preguntó si los sensibles eran los cantantes y todos nos reímos.

Antonio recomendó los asientos de las primeras filas de la platea, pero si alguno lo prefería, también podía subirse a los palcos. Piero me agarró del brazo y dijo que me quedara con él, que él conocía los asientos con mejor vista. Solo el escenario estaba iluminado. Caminamos por el costado de la platea alumbrando con nuestros teléfonos. Piero me guiñó un ojo y señaló la tercera fila. Adelante de nosotros se acomodaron Leonard y Loreta, que ya no discutían.

Antonio apareció en el escenario del brazo de la soprano y le auguró un buen ensayo a toda la orquesta. Agradeció que nos dejaran escucharlos y los músicos lo aplaudieron desde la fosa. Mientras Antonio bajaba, el director de la orquesta giró hacia nosotros. Dijo que íbamos a ver el ensayo general del primer acto. Era la primera vez que ensayaban todos juntos, los músicos, los técnicos, los vestuaristas y los escenógrafos. Pidió paciencia si había errores o fallas de iluminación. Loreta dijo desde su asiento que eso era justo lo que queríamos ver, las equivocaciones. El director sonreía aliviado.

El primer acto de Tosca transcurre en la Basílica Santa Maria della Valle. Se ve una capilla con sus puertas de hierro abiertas y un bastidor enorme donde el pintor Cavaradossi está retratando una madonna. Cuando se estrenó, fue un escándalo. La reina Margherita había anunciado que iba a asistir y hubo muchos rumores de atentados. En la entrada del teatro la gente murmuraba que iban a poner una bomba. Algunos de los intérpretes habían recibido cartas con amenazas.

La noche del estreno Puccini estuvo nervioso y pálido. No quería que le contaran sobre los rumores de ataques porque se le tildaba la respiración. Un policía entró al camarín y dijo que, en caso de algún incidente, la orquesta tenía que tocar con potencia la marcha real. Antes de comenzar, el director hizo la señal de la cruz tres veces. Apenas comenzado el primer acto se sintió mucho bullicio que bajaba desde la segunda galería. El director de la orquesta pensó que se estaban cumpliendo las amenazas y frenó en seco a los músicos, pero alguien avisó que el ruido venía de un grupo de impuntuales que no encontraban sus butacas. Traté de imaginar qué asiento habría ocupado Puccini esa noche, si se dejó ver en un palco o se escondió atrás del escenario. Sabía que cuando había terminado la función lo aplaudieron tanto que tuvieron que abrir el telón al menos siete veces porque el público no se cansaba. Hubo veinte funciones en el Teatro de Roma y ese mismo año se interpretó en el Colón de Buenos Aires y en el Covent Garden de Londres.

Todos nos sorprendimos cuando el director de la orquesta hizo señas para que los músicos dejaran de tocar. El tenor se tapaba los ojos y se lo notaba muy molesto: se quejó de que uno de los reflectores lo encandilaba. Piero me dijo al oído que los cantantes siempre ponen esas excusas cuando algo no les salía bien. El primer acto de Tosca es muy complejo para el tenor. A los pocos minutos de haber empezado, tiene que interpretar «Recondita armonia», una de las arias más célebres de la ópera, y lleva muy poco tiempo en el escenario para acostumbrarse a la temperatura de la luz y la respiración del público.

Si el aplauso no es bueno, el tenor va a quedar desanimado el resto de la función. Uno de los técnicos movió la primera línea de luces y se oyeron voces que bajaban desde las partes altas del teatro, pero no logramos ver de dónde salían. Alguien dijo fuerte «da capo» y el director arengó a los músicos como si fuera un equipo de fútbol para que volvieran a empezar. El tenor salió a escena con más determinación. El principio del aria fue fantástica.

Recondita armonia! Di bellezze diverse!

*É bruna Floria… l'ardente amante mia!**

Piero seguía la melodía con un dedo en el aire. Chocó con mi mano, que estaba en el apoyabrazos, y me hizo señas de disculpas. Le sonreí y me agarró la muñeca. Haciendo un poquito de fuerza me giró la mano para que quedara con la palma hacia arriba y siguió dibujando la melodía pero en la palma. Intenté descifrar qué instrumento estaba siguiendo. Pensé que tenía que ser la voz, aunque por momentos me desorientaba. A pesar de la artrosis, los movimientos de su dedo eran precisos, sin sobresaltos ni gestos torpes. Se notaba que era la mano de alguien que supo tocar muy bien un instrumento, que entendía de velocidades y de descansos. Me di cuenta de que Piero estaba haciendo lo mismo que yo hacía cuando patinaba escuchando a Luis Miguel en una cancha de básquet. Su dedo índice daba vueltas siguiendo el oboe y, después de un repiqueteo, cambiaba el ritmo y empezaba a perseguir la voz de Cavaradossi. La piel se me empezaba a adormecer. Me subía un cosquilleo por el brazo que se distribuía por todo el cuerpo, hasta que algún movimiento diferente me sorprendía y aplacaba las cosquillas. Traté de concentrarme en las formas. Pensé que si en la punta de su dedo hubiera pintura y por la palma de mi mano pasara un papel continuo, el dibujo sería larguísimo. Imaginé que el dibujo llegaría hasta la puerta del teatro, podría salir y cruzar la plaza, seguir andando por la calle y alcanzar el río, tirarse al agua hasta llegar al mar Tirreno. Me esforzaba por encontrarle una lógica a la sucesión de figuras. Se espiralaban hasta cambiar de dirección, se cerraban y se abrían. Por unos segundos dibujó un círculo perfecto. Parecía un círculo dibujado por Tales de Mileto que servía para calcular teoremas complejos. Después el círculo fue calmándose. Los bordes se relajaron y la cadencia se suavizó. Por un momento no entendí la forma, no se parecía a nada. Empezó a aparecer una curva y otra curva y después una caída precipitada. Una curva y otra y la

caída que levantaba rápido en un ángulo bastante cerrado. Era un corazón. Lo repitió varias veces y las aristas se fueron transformando. Se volvieron cada vez más definidas, más biseladas. Era un corazón pitagórico, geométrico, igual al espejo de mi habitación.

El resto del ensayo me pareció larguísimo. Hubo varias interrupciones. Repitieron tres veces el dueto de Tosca con Cavaradossi porque a ella se le enganchaba el vestido con una madera. Me rasqué un poco el hombro rozando a Piero. Acomodé y moví mi mano muchas veces pero él no volvió a tocarme.

Desde la tercera fila, se llegaba a ver los gestos de los músicos. Había un violinista que arqueaba las cejas y hacía caras de dolor cuando tocaba notas muy agudas. A cada rato el director frenaba la orquesta para hacer correcciones de intensidad. En un momento, volvieron a ensayar el comienzo. Los primeros tres acordes de la ópera parecían una estampida. El director cantaba «si bemol mayor, la bemol mayor, mi mayor» y agitaba los puños cerrados en el aire. Esa introducción es el leitmotiv del Barón Scarpia, el temido jefe de la policía. Cada vez que Scarpia aparece se repiten esos acordes y el efecto es inmediato, dejan al espectador en alerta esperando una tragedia. El director les decía a los músicos que en esa sucesión de acordes se tenía que reconocer el sol enceguecedor del mediodía romano. Pidió que repitieran la entrada varias veces. «Eso no es sol de mediodía, parece un día nublado. Necesitamos sol, más sol», les decía.

Todavía sentía la palma electrizada. Intenté enfocar la atención en los instrumentos de viento. Conté cuántas mujeres había en la orquesta. Miré los asientos vacíos de los palcos. El movimiento del dedo de Piero se había quedado grabado en mi mano.

Las siete hermanas de Giacomo

Cuando terminó el ensayo general, subimos al primer piso a visitar un pequeño museo que tenía el teatro. Era una sala llena de afiches de estrenos, postales y objetos autografiados. Había poco espacio y nos turnamos para ver las partituras de Tosca. Antonio las aprovechó para contarnos varias historias divertidas sobre Puccini. Cuando Puccini terminaba una ópera la llevaba a Ricordi, que era su editor. Un grupo de copistas se encargaba de transcribirlas y pasar en limpio todas las correcciones. Puccini corregía primero en azul, después en verde y por último en rojo. Los copistas de Ricordi se horrorizaban cada vez que llegaban esas partituras: eran difíciles de descifrar, estaban llenas de anotaciones y tachaduras. Puccini escribía las partituras con urgencia por miedo a perder el hilo de las melodías. Se exaltaba tanto al hacerlo, que transpiraba como un maratonista y en una sola noche de trabajo podía llegar a cambiarse de camisa siete veces. Componer le parecía un tormento, pero cuando no componía estaba todavía de peor humor. Leía sin parar dramas italianos y extranjeros buscando libretos o inspiraciones. Cuando vio en el teatro Tosca quedó impresionado y pensó que podía ser un buen tema para trabajar. El autor de la obra, Victorien Sardou, un dramaturgo francés, era amigo de Verdi. El mismo Verdi había estado a punto de hacer su versión para ópera, pero al final desistió porque el personaje de Tosca le resultaba antipático.

Puccini no terminaba de convencerse. Después de algún tiempo, uno de sus libretistas, lllica, le comentó que había estado trabajando en la adaptación y que el compositor Franchetti estaba estudiando el libreto. Puccini volvió a entusiasmarse, como le había pasado con La bohème. Le fascinaba la idea de llegar tarde a un libreto y tener que competir para conseguirlo. Illica le aconsejó esparcir el rumor de que era una pésima idea adaptar Tosca. Puccini le hizo caso y se paseó por todos los cafés de Milán diciéndole a cada músico que encontraba que no podía entender que alguien se interesara en esa historia, que no había dudas de que la adaptación iba a ser un desastre. Después de una semana, Franchetti le devolvió el libreto a Ricordi diciendo que había perdido el interés. La emoción por haber ganado no le duró mucho a Puccini, porque no estaba conforme con los versos que había escrito Illica. Enloquecía a los libretistas con tal de tener rimas más eficaces. Tuvieron que volver a usar el cocoricò-cocoricò-bistecca de La bohème porque Puccini quería seguir componiendo aunque no

tuviera todavía el texto definitivo.

Puccini hizo varias correcciones a la historia original, sacó personajes y la redujo a tres actos en vez de cinco. Tosca es una soprano célebre que está enamorada del pintor Cavaradossi. Es una mujer celosa y no quiere que Cavaradossi pinte a la Virgen con ojos azules porque los de ella son negros. Se defiende del malvado Barón Scarpia clavándole el cuchillo con el que él trozaba el pollo para la cena. Al final, nada sale como ella esperaba y se suicida tirándose desde el techo del Castel Sant'Angelo. Puccini tuvo que ir hasta París para reunirse con Sardou y convencerlo de que lo dejara hacer algunos cambios. En la versión original, Tosca se arroja al río Tíber, pero entre el Castel y el río hay una calle bastante ancha. Puccini no soportaba la idea de que la ópera tuviera errores como ese. Sardou desplegó sobre la mesa un plano de Roma para convencerlo. Estuvo cerca de media hora hablando sin parar sobre la importancia de que Tosca cayera al río como un pájaro. Puccini después le escribió una carta a su editor para contarle el encuentro. Dijo que Sardou era un hombre lleno de vida, fogoso, pero repleto de imprecisiones históricas y topográficas.

Hizo muchas investigaciones para saber cómo era el sonido desde esa terraza al amanecer, en qué afinación sonaban las campanas de las iglesias, qué tipo de pájaros sobrevolaban Roma. Antonio pensaba que seguramente les había pedido opinión a sus hermanas para componer el personaje de Tosca. Puccini tenía siete hermanas con nombres absurdos: Nitteti, Iginia, Zemi, Tomaide, Otilia, Macrina y Ramelde. Parece que el padre de Giacomo quería hijos varones y cada vez que nacía una nena se moría de bronca y buscaba en el santoral el nombre más feo que hubiera para bautizarlas. Puccini era muy cercano a ellas y siempre les escribía para pedirles consejos. A Ramelde le mandaba los libretos de sus óperas antes que a nadie. Le pedía que fuera discreta, que nada se filtrara, que reuniera a sus hermanas y lo leyeran todas juntas. Ramelde le contestaba con cartas larguísimas donde detallaba las opiniones de todas. Según Antonio, Puccini creaba personajes femeninos tan potentes gracias a la relación que tenía con sus hermanas. No se avergonzaba de su lado femenino, de su timidez o su sensibilidad. Había crecido sin padre, en una casa llena de mujeres, y por eso las entendía tan bien.

En una de las vitrinas había una foto autografiada donde se lo veía con una cazadora de terciopelo y un cigarrillo en la boca. Loreta se estiraba los rulos para atrás y decía que Puccini era el colmo de la elegancia. En verano usaba un traje impecable de lino blanco, en invierno un sombrero de ala y un saco con cuello de astracán. Alma Mahler decía que Puccini era uno de los hombres más hermosos que

había conocido, que hacía enloquecer a todas las mujeres.

El cumpleaños de tía Romi

Cuando volví, me enteré de que Natalia y su novio habían perdido las llaves. Me esperaron sentados en la puerta del departamento. Natalia había armado una especie de camita con el bolso y un buzo. Estaba acostada en el piso y de almohada usaba un escalón. Me contaron que habían conversado con el gato Charlie a través de la cerradura. Cuando entramos, Charlie se acostó y estiró las patas para que le acariciáramos la panza. Nos turnamos para tocarlo y le hablamos como se les habla a los bebés. Natalia dijo que ahora que había una sola llave, íbamos a tener que ir juntos a todas partes.

Un rato después, mi mamá me llamó por teléfono y me puso en altavoz. En Rosario era plena tarde todavía. Estaba con las tías festejando el cumpleaños de Romi. Todas hablaban al mismo tiempo y me costó entender lo que decían. La tía Romi me pidió que le consiguiera algún rosario bendecido por el Papa y le prometí que me iba a esforzar. Hablamos un rato largo del clima, porque ellas estaban en mangas cortas en pleno invierno. Nos fijamos en internet y la temperatura en Roma era casi la misma que en Rosario. La tía Lucre contó que estaba leyendo unos artículos sobre el cambio climático, que los biólogos de la ciudad estaban muy preocupados: el río Paraná estaba más bajo que nunca, no había agua y hacía meses que no llovía. Romi contó que a su balcón se habían acercado algunos pájaros que no había visto antes. Dijo que seguro se escapaban de la isla porque ahí ya no encontraban qué comer. Ella les tiraba miguitas de bizcochos y les ponía leche en un plato. Todas las tías se rieron y le dijeron que los pájaros no tomaban leche, que iba a intoxicarlos. Romi dijo que iba a rezarle a María Auxiliadora, que era la patrona de los agricultores, para pedirle por las lluvias, así se volvía a llenar el río. Mi mamá preguntó si alguien había visto en la televisión la historia de los chanchos gigantes y se puso a contar la noticia con lujo de detalles. Una embarcación que trasladaba animales había encallado y para alivianar el peso abandonó a dos chanchos cerca de la orilla. Los chanchos, que pesaban como 250 kilos, habían nadado hasta un club náutico de la costa. El cuidador del club, que no sabía qué hacer, llamó a la televisión. Mientras los noteros trasmitían en vivo, llegó un grupo de personas con piedras que querían matar a los chanchos para comerlos. Otros los defendían y hubo una pelea y tuvo que intervenir la policía hasta que llegó una protectora de animales. Al día siguiente, la encargada de la protectora dijo que los chanchos estaban bien pero

que no había lugares donde pudieran vivir a salvo, porque los refugios suelen ser para animales domésticos o salvajes, no para animales de granja. Pusieron a los chanchos en adopción y mientras esperaban que apareciera alguien que pudiera cuidarlos los llevaron a una quinta. Se habían acercado muchas personas interesadas, pero la protectora sospechaba que eran falsos adoptantes que fingían interés pero que en realidad los querían carnear. Mi mamá había comprado una rifa para juntar fondos para los chanchos. Tenían que arreglar un cerco para que no se volvieran a escapar y también necesitaban comprar mucho alimento. La tía Romi preguntó qué se sorteaba, ella también quería ayudar. El premio era una cena para cuatro en el restaurante del club donde los habían encontrado. La tía Ale dijo que los chanchos eran muy inteligentes, que tenían la mente como la de un niño de tres años. Después todas hablaron bien de la torta que había preparado la tía Adri y se quejaron de que todavía no habían llegado los sandwichitos. Romi estaba fastidiosa porque las tías acomodaban y cambiaban de lugar las cosas en la cocina. No entendía por qué no se quedaban quietas, si había sillas para todas.

La pizza de la longevidad

Natalia me preguntó si quería cenar con ellos. Habían visto cerca de Piazza Cavour un lugar que les llamó la atención. En la vidriera unos carteles promocionaban «la pizza de la longevidad». Su novio decía que seguro era una trampa para turistas, que debían usar queso vencido. Ella estaba ilusionada y no le prestaba atención. En Roma la gente cenaba temprano, a veces antes de que se hiciera de noche. En todos los restaurantes había fila. Nos tocó esperar en la vereda hasta que se desocupó una mesa. Les conté del ensayo general al que había ido el día anterior y Natalia me pidió que le cantara la canción más famosa de Puccini. Le dije que Puccini no escribía canciones, pero apenas le empecé a explicar ella pareció perder el interés. Me dijo que entonces silbara la melodía más famosa, pero yo no sé silbar, así que canté lo más afinada que pude:

Nessun dorma! Nessun dorma!

Tu pure, oh Principessa

Nella tua fredda stanza

Guardi le stelle che tremano

D'amore e di speranza

Ma il mio mistero è chiuso in me

Il nome mio nessun saprà

No, no, sulla tua bocca lo dirò

*Quando la luce splenderà**

Natalia abrazaba a su novio y se movían acompasados. Ella dijo que había escuchado esa música un montón de veces. Se acordaba de un video donde una nena de diez años la cantaba en un concurso de talentos. Repitió varias veces que había llorado, que la nena era diminuta pero tenía una voz impactante. En esas competiciones

siempre había alguien que elegía cantar «Nessun dorma». Debía ser porque conmovía muy rápido.

Nos sentaron en una mesa comunitaria que compartimos con una pareja de rusos. En la pared había un póster de un volcán hecho de pizza que escupía salsa de tomate. Natalia le preguntó al mozo si las pizzas se podían compartir. El mozo se veía cansado y se notaba que siempre tenía que contestar la misma pregunta: «las pizzas en Italia no se comparten, cada persona pide una pizza», respondió. Natalia y su novio pidieron pizzas de la longevidad, yo una margherita. La cerveza estaba fría y la transpiración de los vasos hacía agujeros en el mantel de papel.

Resultó que la pizza de la longevidad era igual a la margherita pero con un charco de aceite de oliva encima del queso. El novio de Natalia se manchó la camisa en el primer bocado y la barba se le puso brillante. Natalia dijo que seguro ese aceite le iba a purificar la circulación de la sangre. Cualquier obstáculo adentro de las venas iba a empezar a deslizarse como en un tobogán enjabonado. Natalia quiso saber si los cantantes de ópera podían comer pizza o tenían que estar en ayunas para actuar. Le conté de Enrico Caruso, que los días de función prefería almorzar cosas simples y nutritivas, como pasta. Durante la tarde solo podía comer un sandwichito acompañado de una copa de chianti. Natalia dijo que si ella fuera cantante de ópera, comería pizza de la longevidad para que el aceite le dejara sedosas las cuerdas vocales.

La hermana de Antonio

Para no repetir el error de Florencia, armé una mochila con tres vestidos. Loreta avisó que quizás en Tívoli refrescaría de noche, así que también guardé un saquito liviano. Iba a ser el último viaje de fin de semana que compartiríamos todos juntos. Me daba pena pensar que la residencia se estaba terminando.

Nos encontramos en una esquina cerca de Piazza Venezia. Estábamos en ayunas y la combi no llegaba. Con Julie fuimos hasta una panadería a comprar cornettos. Loreta tenía dos termos con café. Desayunamos en la vereda y usamos la mesa de un bar que todavía no había abierto.

La combi era grande y parecía nueva. Antonio se sentó adelante y nos miraba emocionado por el espejo. Dijo que era una pena que Tívoli quedara tan cerca, que a lo mejor el chofer podía manejar bien despacio para que tardáramos más tiempo en llegar. El chofer se rio y mencionó que había mucho tráfico para salir de Roma, que íbamos a demorar el doble de lo previsto. Antonio estaba fascinado porque el aire acondicionado de la combi no hacía ruido. El aire salía bien frío y se distribuía en todas direcciones de manera sigilosa. Contó que Puccini sufría mucho el calor y en su casa hizo instalar un sistema de lluvia artificial. En los aleros del techo puso unos grifos que transformaban la galería en una ducha gigante. Abría las canillas y se quedaba un rato largo con las manos en la cintura y los ojos cerrados. Después dejaba la ropa mojada colgando en una baranda y volvía al piano envuelto en una toalla.

La combi estacionó en una plaza que estaba llena de colectivos de turistas. Loreta pidió que bajáramos los bolsos. Estábamos ansiosos por conocer la casa de Alessandra, la hermana de Antonio, en donde nos quedaríamos una noche. Desde afuera solo se veían paredes altas de piedra y unos balcones rebosantes de plantas. Cuando Antonio tocó el timbre, se empezaron a escuchar ladridos fuertes del otro lado de la puerta, como si hubiera una manada de lobos salvajes, pero al abrir resultó que eran solo dos perras salchicha. Alessandra y Antonio se abrazaron y se pellizcaron los cachetes. Ella nos saludó con dos besos a cada uno. Llevaba un vestido hermoso, hecho de la tela más suave que nunca había tocado. Cuando caminaba, el ruedo se movía a un ritmo inexplicable, como si tuviera un ventilador abajo de la falda. Las

perras parecían no tener nombre, las llamaban «la viejita» y «la jovencita».

Loreta le agradeció la hospitalidad y Alessandra dijo que estaba feliz de recibir visitas. Antonio nos contó que Alessandra era una gran pianista, que si le insistíamos un poco a la noche podía darnos un concierto. En la sala había un piano Steinway y sillones como para veinte personas. Las paredes eran de un verde inesperado y estaban tapadas de cuadros y fotos. Había platos de porcelana, abanicos enmarcados, cerámicas etruscas y hasta un arpa. Loreta dijo que Leonard y Piero podían ocupar las habitaciones de la planta baja. Nos acompañó a los demás al primer piso.

Cada habitación era de un color diferente. Yo elegí la amarilla. Cristina se quedó en la habitación de enfrente, que era rosa. Mi ventana daba a un patio con un estanque. En la mesa de luz había libros de antiguos mapas romanos y unas velas que olían a vainilla. Cuando bajamos a la sala, Giovanni contó que su habitación estaba llena de ositos de peluche. Alessandra lo abrazó y le dijo que le había tocado el cuarto de los nietos. Antonio nos presentó a Beatrice, una cocinera que según él preparaba la salsa de tomate más sabrosa de Italia. Beatrice nos ofreció café y en la mesa había una bandeja con dulces con forma de rombo bañados en chocolate. Loreta nos contó que se llamaban mostaccioli y que el sabor sorprendía porque llevaban pimienta. Nos sentamos a la mesa. Alessandra se sentó a la cabecera y la viejita y la jovencita se subieron a su silla. Nos preguntó si Antonio era un buen coordinador y todos dijimos que sí. Ella empezó a contar historias de cuando eran chicos. Antonio sentaba a sus cuatro hermanos en semicírculo y se inventaba canciones que después cantaban en las reuniones familiares. Según Alessandra, desde chico Antonio quería dirigir. Hacía cantar a sus hermanos usando un grisín de batuta.

Un intruso en nuestra combi

La casa estaba en pleno centro de Tívoli, pero las paredes eran tan gruesas que no se sentía ningún ruido. Cuando salimos, había una feria en la esquina y turistas comprando dulces y quesos. Un negocio tenía una mesa llena de regalos envueltos con moños y papeles de colores. En un cartel decía que eran sorpresas, costaban dos euros y lo recaudado era para un hospital. Había cajas de todos los tamaños y era divertido imaginar qué podían tener adentro. Piero compró los dos paquetes más chiquitos y nos dio uno a Loreta y otro a mí. El papel de mi regalo era azul ultramar. Piero sonreía y me apuraba con la mirada. Agité la caja, pero no hizo ningún sonido reconocible. Loreta abrió rápido la suya y se encontró con un pañuelo bordado con flores. Desaté el moño de la mía sin romperlo y cuando la abrí vi que había una copita de cristal. Era una copita de licor y tenía talladas unas estrellas que parecían dibujadas por Giotto.

La combi nos esperaba con el aire acondicionado prendido. Ya habíamos salido del centro del pueblo cuando Cristina me preguntó quién era la persona que estaba sentada al lado de Julie. Era una nuca que no conocíamos, de un hombre joven. Lucas preguntó qué pasaba y le hicimos señas para intentar explicarle. Lucas puso los ojos enormes y dijo que había un intruso. Le avisamos a Julie y ella se giró para ver a la persona que tenía al lado y soltó un grito. Le preguntó quién era y el hombre también gritó. Hubo tanta confusión que el chofer frenó en la banquina. Loreta empezó a hacerle preguntas al hombre, que se agarraba la cara asustado. Empezó a hablar en un inglés raro, imaginé que de Nueva Zelanda. Dijo que se había equivocado, que todas las combis eran iguales, estaba viajando solo y no conocía a la gente de la excursión, los había visto por primera vez esa mañana bien temprano. Antonio intentó calmarlo mientras el hombre buscaba un papelito en su bolsillo. Era una tarjeta de la agencia de viajes, que se llamaba «Punto nel mondo». Loreta llamó al número que figuraba en la tarjeta. Cuando cortó, sonrió y le dijo al hombre que no se preocupara. Su excursión iba a Villa d'Este y nosotros también.

Al llegar, el chico de las redes sociales nos sacó una foto con el hombre de Nueva Zelanda y la guía de «Punto nel mondo». Después se fueron muy rápido porque el resto del grupo los estaba esperando adentro de la villa.

Mientras Loreta hablaba con la señora de la boletería, Antonio nos dijo que íbamos a visitar uno de sus lugares preferidos, la Villa d'Este, que se había construido durante el Renacimiento sobre antiguas ruinas romanas a pedido del cardenal Ippolito, hijo de Lucrecia Borgia. Entramos por la parte alta y desde una terraza había una vista espléndida del jardín. Piero se agarró de mi brazo y me preguntó si traía la botella vacía, porque en la casa había muchas fuentes. Aunque estábamos lejos, ya podían escucharse sonidos de cascada. Recorrimos varias salas y salones. Las paredes estaban cubiertas de frescos, la mayoría representaciones de mitos romanos. Algunas habitaciones no tenían ningún mueble. Antonio estaba emocionado y saltaba de un dato a otro, nombrando las personalidades que habían visitado la casa, las películas que se habían grabado ahí, las historias que contaban los frescos y murales.

Loreta nos reunió a todos en la terraza principal para otra foto de grupo. Nos ubicamos en tres escalones. Yo quedé en el escalón de la gente mayor porque Piero me usaba de sostén. Ya no llevaba el paraguas para apoyarse y, cuando alguien lo mencionaba, él cambiaba de tema. Antonio a veces también perdía el equilibrio. Loreta dijo que iba a conseguirles bastones iguales a los de Puccini, a ver si lograba que los usaran. Ellos se reían y pedían el traje completo, el sombrero de ala y los cigarrillos traídos de Egipto, porque Puccini se hacía traer los cigarrillos de Egipto. A Antonio le encantaba ese dato, lo repetía siempre.

Bajamos el primer tramo de escaleras mientras Antonio nos contaba historias sobre las fuentes de Villa d'Este: la fontana di Proserpina, la de Arianna, la de Nettuno, la del Pegaso, la gruta de Diana. Era imposible retener tanta información: Antonio recordaba el nombre de cada escultor, el origen de las piedras, cuál de los dueños que había tenido la villa había mandado a construir cada una. Muchos de los mármoles y algunas de las esculturas que decoraban las fuentes estaban originalmente en la finca del emperador Adriano.

Antonio y Piero se sentaron en un banco a descansar las piernas. Los demás residentes nos quedamos acodados en la baranda, mirando hacia abajo a través del agua que brotaba de la fuente principal. Era imponente. Se veían tres líneas de estanques, parecían piletas olímpicas. En el fondo del jardín había cipreses, arrayanes y limoneros. Piero dijo que el suelo debía ser muy bueno, porque los laureles estaban altos como secuoyas. Me hizo un gesto para que le alcanzara agua. Busqué en mi bolso, la botella no estaba, pero encontré la copita de cristal. La enjuagué y la llené de agua. Piero se reía y decía que para calmar su sed íbamos a tener que rellenar la

copita cien veces. Antonio también quiso tomar de la copita. Nos turnamos y fuimos tomando todos, cada uno su sorbito de agua de la fuente, que estaba helada y tenía un sabor mineral. Un guardia se acercó a retarnos porque el agua no era potable. Con la vista perdida en el jardín, Antonio recitó algunos versos de D'Annuzio. Decía que los cipreses de Villa d'Este eran más enigmáticos que las pirámides de Egipto.

Velada musical

La viejita era la madre de la jovencita. Tenían la misma cara. Antonio preguntaba todo el tiempo: «¿esta es la viejita o la jovencita?». Según Alessandra, había que fijarse en el color del hocico, la viejita era un poco más oscura. Loreta miró el reloj y dijo que faltaba una hora para la cena. Me alegré de haber llevado ropa para cambiarme. En el baño habían puesto un florero con azaleas al lado de los frasquitos de shampoo. Nunca uso esos frascos porque me dejan el pelo horrible. Del otro lado de la pared se estaba bañando Lucas. Imaginé que en ese mismo momento todos los residentes abrían frasquitos para oler el shampoo, inspeccionaban los botiquines y los cajones del ropero, se miraban al espejo y se peinaban para la cena.

Llegué primera a la sala. Loreta hablaba por teléfono en un rincón y acariciaba a una de las perras. Me senté en un sillón a hojear un diccionario de ópera. Busqué la entrada de Puccini. Decía lo que siempre se contaba sobre él: que nació en Lucca, que estaba destinado a ser músico por la tradición familiar, que lo nombraron el sucesor de Verdi y que sus óperas eran las más representadas en todo el mundo. De la cocina llegaba un sonido de burbujas. Traté de imaginar qué estaría cocinando Beatrice. Loreta se levantó y las perras la siguieron. Me hizo una seña para que fuera con ella al patio. Las perras hicieron pis en una maceta. Loreta miraba cada planta y me preguntaba cómo se llamaban en español. Yo nombraba las que conocía y ella repetía el nombre en italiano: la lengua de suegra se llamaba sansevieria, el jazmín, gelsomino, lavanda se decía lavanda y hortensia, ortensia. Antonio llegó al patio y se entusiasmó cuando nos escuchó hablar de plantas. Sabía algo sobre cada una y se ponía nervioso por compartir información. El árbol de granada se llamaba melograno. Antonio dijo que era una planta con mucho misterio. Levantó una fruta que había caído del árbol y dijo que, si la abriéramos y contáramos cada grano, el resultado sería un número primo. Las granadas de una misma planta compartían el número de granos. Nos contó que varias veces había hecho la prueba de contar grano por grano y era verdad. Loreta se estiraba los rulos para atrás y no lo podía creer. Antonio nos contó que los fenicios habían llevado la planta a Roma, que en Grecia el primer árbol lo había plantado Afrodita y que los jardines de Babilonia estaban repletos de granadas. Dijo que solo hacía falta una tabla de madera, un cuchillo y cualquier fruta para darse cuenta de que había matemática encerrada bajo las cáscaras, porque casi todas

las frutas estaban construidas con simetría axial perfecta, el kiwi, la naranja, la sandía. La conversación nos empezó a dar hambre y Alessandra nos invitó a acomodarnos en la mesa.

En la mesa había botellas de vino frizzante, aceitunas y quesos. Alessandra se sentó a la cabecera y las perras empezaron a rasguñar las patas de su silla. Ella las retaba y la viejita y la jovencita ponían una cara de tristeza tan precisa que parecían humanas. Antonio le pidió que las alzara, porque iban a insistir hasta estar en la mesa con nosotros. Las perras se veían felices y olfateaban el mantel. Piero les dijo: «no se coman las aceitunas porque tienen carozo». Beatrice llevó a la mesa varias fuentes humeantes. Alessandra fue sirviéndonos mientras contaba el secreto de la receta. Era una parmigiana di melanzane, que es una especie de lasaña de berenjenas. Beatrice cortaba las láminas de berenjena muy finas y en vez de freírlas las cocinaba en una plancha. Según Antonio, de esa manera se podía comer más de una porción sin que te doliera la panza después. Cuando me acerqué a oler mi plato, se me empañaron los lentes.

Casi todos tomaron café con el postre. Yo preferí seguir con el vino para que no me diera insomnio después. También había limoncello napolitano, que olía tan fuerte que te hacía arder los ojos. Julie tomó un sorbo y frunció la cara. Antonio le insistía a Alessandra para que tocara algo en el piano. Ella dijo que no varias veces pero se notaba que quería que le suplicaran. Cuando por fin se sentó en la banqueta las perras se acostaron al lado de sus pies. Tenían las cabezas juntas y los cuerpos enfrentados, como dos figuras etruscas. Alessandra dejó las manos suspendidas cerca de las teclas hasta que todos hicimos silencio. Empezó a interpretar el Nocturno N° 2 de Chopin. Antonio sonreía, orgulloso. Las manos de Alessandra eran todavía ágiles y parecían tener huesos blandos. Antonio tarareaba la melodía y decía que Chopin había compuesto los nocturnos inspirado en las óperas de Bellini. Le pidió a Alessandra que repitiera un fragmento pero usando solo la mano derecha. Según Antonio, esa melodía era como una voz de bel canto. Nos dijo que con poco esfuerzo podíamos imaginar de inspiración a una Montserrat Caballé. Todos tarareamos acompañando a Alessandra, que nos marcaba el tempo con la mano izquierda. Antonio estaba tan contento de vernos cantar que se paró al lado del piano y empezó a dirigirnos él también. Después le preguntó a Alessandra si se acordaba de «A te, o cara» de Bellini. Ella dudó un poco, pero Antonio le insistió recordándole la sucesión de acordes y la corregía cuando se equivocaba. Piero dijo que era cierto, que el aria de Bellini se parecía a los nocturnos de Chopin. Antonio estaba feliz de tener razón. Seguía haciendo asociaciones entre Chopin y la ópera y el hilo de su pensamiento era tan veloz que nos costaba seguirlo.

Alessandra practicaba «A te, o cara» mientras decía en voz bajita que cuando estaba Antonio no lograba tocar más de diez minutos seguidos. Él siempre necesitaba hablar sobre la música, contar lo que se iba imaginando, como un relator de fútbol. Antonio le pidió disculpas y le dio un beso en un cachete.

A te, o cara, amor talora

Amor talora mi guido furtivo e in pianto

Or mi guida a te d'accanto

*Tra la gioia e l'esultar**

Antonio cantó los primeros versos con los ojos cerrados y haciendo un esfuerzo por llegar a las notas más agudas. Alessandra lo acompañaba con seguridad, pero él volvió a frenarla. Antonio hablaba por encima de la música y encontraba cada vez más conexiones entre los dos compositores. Habían sido amigos. Bellini vivió un tiempo en París y frecuentaban los mismos salones. Antonio se imaginaba las casas enormes de Montparnasse, donde Chopin tomaba vino con Victor Hugo, Bellini y Delacroix. Seguro tenían un piano en el medio de la sala y la gente les pedía que mostraran sus últimas composiciones. Chopin después volvía a su casa y, hechizado por las melodías que había escuchado, se sentaba a componer. Antonio se notaba contento de poder descifrar el mapa de las influencias. Decía que se podía ir para atrás en el tiempo encontrando los momentos exactos en los que una cena en un palacio había cambiado el rumbo de la música. Lucas no entendía por qué Antonio les daba tanta importancia a las influencias, le preguntó si quería demostrar que los italianos habían llegado antes a un sonido. Antonio dijo que no se trataba de nacionalismos ni tampoco de una carrera. Decía que en la pintura, por ejemplo, era más fácil ver el paso del tiempo y los cambios en la representación. Para entender los cambios en la música se podía entrenar el oído y prestar atención a las formas y a la teoría, o bien se podía tomar el otro rumbo, el de saber quiénes se juntaban a cenar. Antonio decía que la comida y los vinos ricos habían sido más importantes para la historia de la música que las universidades. Chopin cambió la manera de componer melodías cuando conoció la música de Bellini. Algo parecido le debía haber pasado a Puccini la primera vez que escuchó a Verdi.

La viejita y la jovencita se habían quedado dormidas. Leonard fue el primero en decir que estaba agotado y preguntó si teníamos alguna actividad la mañana siguiente. Loreta le dijo que hasta el mediodía podíamos descansar. Julie y Luigi se habían pedido una habitación para dormir juntos y también se fueron temprano. Los demás nos quedamos escuchando a Alessandra. Antonio le pidió que tocara algo bien sutil que nos diera sueño y le prometió que esta vez no iba a interrumpirla.

Piero, de noche

Di muchas vueltas en la cama y sentí que la habitación estaba llena de olores. Me imaginé que alguien había rociado té de tilo en las sábanas. La casa parecía quieta y solo se oían algunos grillos en el jardín. Cuando me acostaba boca abajo, no sabía dónde poner los brazos. Sentí olor a pan tostado. Ese olor no podía venir de una vela o de un rociador. Ese olor existía de verdad y entraba por la rendija de la puerta. Repasé en mi mente la lista de residentes para adivinar quién era el que se había quedado con hambre. Cerraba los ojos y veía sandwichitos. Entendí que no iba a poder dormir.

Bajé sin lentes porque en la oscuridad la miopía no existe. En la cocina estaba Piero y, cuando me vio llegar, sonrió. Preguntó si se escuchaba mucho ruido y le dije que no. Me pidió que agitara las tostadas para que la manteca no se derritiera del todo al untarla. Puso más panes a tostar para mí. Sin los lentes lo veía brumoso: parecía tener treinta años menos. En un plato puso las tostadas, untó la manteca y arriba acomodó unas anchoas. Me dio una servilleta y comimos acodados en la mesada. Piero dijo que agitar las tostadas era fundamental, si no la manteca quedaba líquida y perdía toda la textura. Después sirvió dos vasos de soda y dijo: «sería lindo cortar un limoncito».

Desde la cocina salimos al patio y nos sentamos cerca del árbol de granadas. Piero dijo que el árbol estaba dando frutos antes de tiempo y que las burbujas de la soda eran muy ruidosas. Los grillos y la soda sonaban acompasados. También se escuchaban unas risitas que venían de una habitación con luz. Imaginamos que eran Julie y Luigi.

Piero agarró mi mano izquierda y la puso entre las suyas. Miró la palma y después el dorso. Tocó cada uno de mis dedos y apretó las yemas con un pellizco suave. Me agarró de la muñeca y puso mi mano bien cerca de su cara. Estuvo en silencio observando, sus pupilas se movían en todas las direcciones. Después cerró los ojos y me soltó. Dijo que hacía unos años había visto en un museo un molde de las manos de Chopin. Eran diminutas como las mías.

Las óperas también se pirateaban

Desayunamos en el jardín. Parecía el buffet de un hotel, con todo tipo de panificados. Alessandra estaba sorprendida porque una rama del olmo ya tenía hojas amarillas. Antonio dijo que no era algo tan raro, que el otoño le iba llegando de a poco a los árboles. Alessandra contó que sus padres estaban empecinados con que Antonio fuera músico. La casa estaba llena de instrumentos y tenían clases de piano, flauta y oboe. A ella también le enseñaban, y era mejor intérprete que él, pero como era mujer sus papás no tenían muchas esperanzas de que tuviera talento. Antonio se agarraba la cabeza y decía que había sido un desperdicio. Alessandra podría haber ido al conservatorio, pero su familia estaba en contra y la casaron siendo muy joven. Ella dijo que le gustaba su vida, que no se arrepentía de nada. Antonio decía que Puccini también quiso que su hijo fuera músico. Durante cinco generaciones hubo grandes compositores entre los Puccini. Solo la familia Bach los superaba en número, con cerca de treinta y cinco músicos. Según Antonio, Puccini estaba seguro de que su hijo iba a tener oído musical. Lo sentaba en su falda y le mostraba acordes simples. Le acomodaba los dedos pero el hijo daba manotazos torpes, no controlaba la fuerza y se frustraba muy rápido. Puccini entonces le compró un violín pensando que a lo mejor el piano no era su instrumento. El hijo puso el violín a flotar en el lago. Con una servilleta y una rama lo convirtió en un velero. Soplaba para que el violín avanzara y lo perseguía por la orilla. Puccini se lamentaba y le dijo a su esposa: «É finito, sono l'ultimo».

Leonard llegó al desayuno cuando ya habíamos comido todos. Estaba perfumado y elegante. Antonio halagó su atuendo y él dijo que era su camisa dominical. Después de servirse varios pastelitos, Leonard quiso saber cuál era el plan para ese día. Antonio se hizo el misterioso y no nos quiso contar. Miró sus lentes de sol a trasluz y preguntó si alguien tenía un paño para limpiarlos. Nos dijo que Maria Callas limpiaba sus lentes con la lengua, pero que él prefería los métodos tradicionales.

Cargué mi botella con agua fría de la heladera. La combi nos estaba esperando en la puerta. Nos despedimos de Alessandra y de Beatrice, mientras la viejita y la jovencita giraban en círculos alrededor de ellas: parecían contentas de saber que nos íbamos.

Antonio le pidió al conductor que tomara el camino largo así

podíamos disfrutar del aire acondicionado. Creo que en realidad lo que quería era tiempo para seguir contando historias. Nos dijo que en la época de Verdi se pirateaban las partituras. Cualquiera con un poco de conocimientos musicales podía ir a varias funciones de una ópera y en su casa, haciendo memoria, transcribir las arias más famosas. Después las vendía a los profesores de música que daban clases particulares a las familias ricas. Las instrumentaciones estaban mal logradas, las letras cambiaban un poco y el resultado final era un espanto. Los autores se indignaban porque las copias piratas les dañaban la reputación. Verdi le escribió una carta furiosa a Ricordi cuando se enteró de que en Argentina estaban representando Otello usando partituras piratas. En ese momento no había leyes que resguardaran el derecho de autor. El editor hacía un pago único cuando el autor entregaba la ópera. Por eso, algunos compositores eran tan prolíficos y presentaban una ópera por año, era la única manera de ganar dinero. Verdi fue uno de los autores que empezó a pedir que esa estructura cambiara y Ricordi fue cediendo cada año un poco más. Primero empezaron a pagarle un porcentaje por cada función, después por cada copia transcripta de las partituras. En el resto de Europa había otros compositores que se iban enterando de esos avances y les pedían a sus editores que les mejoraran las condiciones. Fue tan grande la presión de los músicos, que se hizo una convención en Berna para tratar de unificar los criterios en todo el continente y se redactó un tratado que protegía los derechos de autor de las obras literarias y artísticas. Cuando Puccini empezó a publicar con Ricordi, el tratado ya estaba vigente.

La combi estacionó en la entrada de la Villa Adriana. Loreta nos repartió unos papelitos que teníamos que mostrar en la boletería. No se veían tantos turistas como en Villa d'Este. Antonio dijo que era difícil llegar a ese lugar en transporte público, ningún colectivo pasaba cerca de ahí. Además a algunas personas no les gustaba visitar ruinas. Parece que las esculturas más hermosas de la Villa Adriana habían sido trasladadas a otros lugares. Durante siglos muchas de las estructuras de la antigua Roma se fueron desarmando. Los papas se llevaban a sus quintas mármoles para decorar las paredes y fuentes para sus jardines.

La villa la mandó construir el emperador Adriano en el siglo II. Se había cansado de vivir en Roma y le pareció mejor pasar los últimos años de su vida en Tívoli, que en ese momento se llamaba Tibur. Quería que la villa se pareciera a los lugares que había conocido en sus viajes, como un museo del mundo. Antonio nos pedía que imagináramos todas las columnas que faltaban y nos señalaba los lugares de donde antes brotaba el agua. Leonard decía que era muy

difícil completar con la imaginación los pedazos de pared que ya no estaban. Como también faltaban los techos, tampoco había sombra. Nos quedamos escuchando los comentarios de Antonio amontonados bajo un pino. El emperador Adriano estaba obsesionado con la soledad. No aguantaba el bullicio romano y la gente que todo el tiempo quería invitarlo a almorzar. Pensó que construyendo esa ciudad en un lugar desierto iba a encontrar tranquilidad, pero toda la corte se mudó con él. La villa se fue convirtiendo en una ciudad enorme. Cuando ya se había perdido la calma y el silencio, les pidió a sus ingenieros que continuaran la ciudad hacia abajo. Las galerías subterráneas comunicaban el edificio principal con la plaza, la biblioteca y el teatro. Adriano podía trasladarse de un lugar a otro sin que lo persiguiera la gente para pedirle consejos.

Piero se apoyó en el tronco del pino. Se secó la transpiración de la frente con un pañuelo de tela. Me acerqué y le di viento de mi abanico. Le pregunté si quería agua fría de la casa de Alessandra pero me dijo que no. La sombra del pino era muy débil para el sol del mediodía. Nos acercamos al estanque de Canopo, que tampoco tenía sombra, pero al menos el agua nos daba sensación de frescura. Cristina dijo que sería lindo poder mojar los pies y Loreta contestó que ella más bien se tiraría a nadar desnuda. Tomé un trago de mi botella y esta vez Piero aceptó un sorbo. También se mojó las manos y las pasó por su pelo. Loreta sacó de su bolso otra botella que fue pasando de mano en mano porque todos tenían sed. Antonio intentó seguir contando historias del emperador Adriano pero nuestra atención duraba cada vez menos. El calor nos iba desarmando. Estábamos viendo una maravilla del mundo antiguo pero suspirábamos por volver a la combi.

Natalia me pone de mal humor

En Roma hacía más calor que en Tívoli, parecía que iba a llover. Mis llaves las tenía Natalia. Toqué el timbre del departamento varias veces pero no respondieron, así que fui a esperar al bar de la esquina. Me dijeron que ya estaban por cerrar pero que podía quedarme mientras limpiaban. Mandé varios mensajes pero Natalia tenía el teléfono apagado. Pensaba en mi habitación, que estaba tan cerca, y en la ducha que quería darme para sacarme la transpiración del viaje. El señor del bar no limpiaba muy bien. Juntó las migas de todo el día en un rincón y el viento que entraba por la ventana las volvía a desparramar.

Insistí otra vez con el timbre y nadie contestaba. La vecina que lavaba siempre sábanas rosas me reconoció y me dejó pasar. Pensé que podía esperar al lado de la puerta, hacerme una camita con mis vestidos sucios, pero en el departamento había gente. La música se escuchaba desde el ascensor. Tuve que golpear varias veces hasta que abrió el novio de Natalia. Todo se veía desordenado y lleno de envoltorios, pero eso no me sorprendió. El gato Charlie vino trotando y posó para que lo acariciara. Estaba muy relajado, se sentía blando como un flan. Natalia bajó el volumen de la música y me pidió perdón. Se había olvidado de estar atenta al teléfono y lo tenía descargado. Les dije que por favor se ocuparan de buscar una cerrajería al día siguiente. Natalia quiso que le escribiera en un papel un mensaje para el cerrajero. Me alcanzó una fibra y un cuaderno y anoté: «voglio fare una copia delle chiavi».

Períodos hipotéticos

La profesora de italiano nos preguntó qué habíamos hecho el fin de semana y sor Fátima contó que había llevado a unos niños a la plaza. Aunque le hicimos muchas preguntas, no terminamos de entender si el convento tenía una escuela o eran hijos de los vecinos del barrio. Cuando sor Fátima se ponía nerviosa, dejaba de conectar las frases. Hablaba solo con las palabras sueltas que iba recordando: tobogán, té con leche, nenas, juego. Era como ver las paredes de la Villa Adriana: tocaba completar las oraciones con la imaginación. Yo conté que había estado en Tívoli y la profesora se quedó con el dedo señalando un punto perdido de la pared, porque el mapa que mirábamos era solo de Roma. Las demás compañeras dijeron que habían pasado el fin de semana estudiando para el examen que nos iban a tomar dentro de unos días. La profesora las felicitó. Sor Fátima estaba asustada por el examen, quiso saber si iba a ser muy difícil. La profesora intentó tranquilizarnos, escribió en el pizarrón los temas que nos sugería repasar: el pasado remoto, los pronombres combinados y relativos, el imperativo y el subjuntivo. Sor Fátima se hacía viento con el abanico del papa Francisco y arrugaba la cara. Dijo que tenía miedo y pensé que hasta iba a ponerse a llorar. La profesora la alentó, estaba segura de que a todas nos iba a ir bien. Hicimos unos ejercicios para repasar el período hipotético. El pizarrón se llenó de combinaciones de formas verbales. La profesora sacaba flechas y escribía ejemplos. Después nos pedía ejemplos a nosotras. La oración empezaba con: «se potessi tornare in dietro nel tempo» y la teníamos que completar. Cuando fue mi turno, dije que si pudiera volver atrás en el tiempo me gustaría ver el estreno de Tosca en el Teatro de la Ópera. La compañera que estaba al lado mío dijo que querría conocer a su abuela. Sor Fátima pensó con los ojos cerrados. Dijo que a ella le encantaría viajar en el tiempo para ir a las bodas de Caná. Quería ver a Jesús convirtiendo el agua en vino.

La luz extraña de Roma

Caminé por la Via Virgilio y en la penumbra de algunos edificios hacía frío. Ya estaba oscureciendo y pensé que se me hacía tarde para tomar otro café. Cristina me esperaba en su bar preferido, el Sciascia. En la esquina de Via Cola di Rienzo era de día otra vez. La calle era ancha, estaba llena de negocios y todavía se veían los puestos de vendedores ambulantes, pero el correo estaba cerrando y un mozo en la esquina acomodaba sillas en la vereda. A medida que me alejaba de la calle comercial se iban licuando los colores. Los edificios ocres parecían grises. En la cuadra siguiente había unos pinos y una rotonda con una fuente en el centro. Las rotondas siempre me desorientaban. Cuando llegué a la fuente, ya no sabía qué calle tenía que tomar. Busqué en mi teléfono el mapa y el sol estaba tan fuerte que me encandiló. No entendía qué pasaba con la luz. En una cuadra era de noche y en la siguiente parecía quedarle un montón de tiempo a la tarde. En la puerta del bar se notaba que el día estaba por terminar. El cielo era rosa y se empezaban a prender los faroles de la calle. Desde ahí se podía ver la rotonda de los pinos, que seguía resplandeciente.

Cristina tenía puestos lentes de sol y le pregunté si había alguna explicación para descifrar lo que estaba pasando con la luz. Nos paramos en la esquina. En la terraza de la casa que había enfrente estaba claro, en los pinos de la rotonda también. La luz no era un rayo perdido de sol que rebotaba en algún vidrio, tenía cuerpo, era maciza: si la mirábamos fijo, podía notarse la composición del aire. Era como si los edificios estuvieran respirando, porque les cambiaba el color de abajo hacia arriba. La puerta del bar también estaba oscura. Cristina se rio y me dijo que siempre me dolía algo, que siempre estaba mareada o tenía sed, y que ahora me confundía un resplandor. Ella pensaba que todo se debía a la diferente altura de los edificios que hacía que la luz se distribuyera de forma despareja. No le dio más importancia y me llevó del brazo hasta la barra.

El Sciascia era un bar donde siempre se habían juntado poetas y artistas. Las mesas eran muy chicas, como pupitres de escuela. Cristina me aconsejó que probara el caffè al cioccolato. El barista tenía chocolate amargo derretido en una jarra. Con movimientos muy precisos dibujó una flor en el fondo de la taza y arriba sirvió el café. Elegimos uno de los pupitres, que tenían asientos de pana. El gusto del chocolate apenas se sentía, pero cuando terminamos el café raspamos

los bordes con una cucharita hasta que no quedó nada. Cristina me contó que las tazas tenían la misma edad que el bar. Las había encargado Sciascia a un diseñador famoso del 1900. Se imaginaba toda la gente que las había usado en ese tiempo. Eran tazas de asa chiquita. Para tomar el café había que acomodar los dedos de una manera exacta, si no, no entraban. Le pregunté a Cristina si a lo mejor las manos de las personas eran más chicas hacía cien años, porque casi todos los cafés históricos tenían tazas así. Cristina se reía y decía que en cien años no cambiaba tanto el cuerpo de la gente. Me mostró cómo sostenía ella la taza y el resultado era muy elegante. Había espacio solo para que la punta del índice se tocara con el pulgar. En las tazas de ahora el índice daba toda la vuelta y a veces había tanto lugar que hasta se metían dos dedos juntos.

Sandía para festejar

La prueba de italiano fue bastante fácil. Tuvimos que sentarnos más separadas que en las clases. Sor Fátima se había puesto su hábito blanco de las ocasiones especiales. La vi completar las páginas con decisión. Cuando tenía que conjugar verbos y me llenaba de dudas, trataba de pensar en la voz de Antonio y me imaginaba cómo redactaría él las oraciones. Cuando terminamos, nos quedamos mis compañeras y yo charlando en la puerta del instituto comparando las respuestas. Una de ellas dijo que vivía en esa cuadra y que tenía una terraza desde donde se veía la plaza de San Giovanni. En el almacén de la esquina compramos vinos, papitas y una gaseosa para sor Fátima. Subimos en dos tandas porque el ascensor era diminuto. El departamento parecía salido de una revista de decoración. No podíamos creer lo perfecto que era todo. La habitación estaba en un desnivel y la rodeaba un ventanal que daba al balcón. Vista desde adentro, parecía que la cama flotaba sobre la ciudad. Mientras los vinos se enfriaban, Jessi, la dueña de casa, nos ofreció sandía. Comimos paradas alejando la cara del cuerpo para no mancharnos. Como estaba toda de blanco, sor Fátima tenía que hacer contorsiones para esquivar el jugo de sandía. Después de terminar su porción me preguntó si podía usar mi teléfono para llamar a la madre superiora. Las puertas del convento cerraban a las nueve. Quería pedir permiso para llegar a las diez.

Los besos de Natalia

Bianca volvió de Tarquinia y les dijo a los ucranianos que podían quedarse. Ella infló un colchón y lo puso en un rincón en el living. El gato Charlie estaba enloquecido oliendo todo lo que ella sacaba de sus bolsos. Traía el perfume del poeta muerto, su antiguo dueño. Charlie se metió adentro de un buzo de Bianca y apenas asomaba la nariz para respirar. Natalia prometió que al día siguiente iban a juntar sus cosas y buscar otra habitación para alquilar. Bianca dijo que no hacía falta, que ya le habían pagado hasta fin de mes. Sacó de su valija varias latas de comida para el gato Charlie y unos frascos con conservas. Nos dijo que eran de la alacena del poeta, los había guardado porque le daba pena tirar comida. Había boquerones, hongos, higos en almíbar, tomates secos, ricotta estacionada y muchas botellas de jugo de granada. Bianca propuso probar todo. En unos platitos fue vaciando los frascos. Natalia acercaba la nariz y decía que el jugo olía delicioso. Por el color parecía vino.

El living estaba más desordenado que nunca. Natalia y Bianca iban corriendo los restos de otras cenas, las migas y los envoltorios a un costado de la mesa. A ninguna de las dos parecía molestarle. El novio de Natalia no hacía nada. Les festejaba cada decisión. En una bolsa fui juntando toda la basura que ellas no veían. Busqué en la cocina platos limpios y servilletas. Bianca acomodaba los boquerones con forma de flor mientras nos contaba del festival de poesía.

Había salido todo mal. El pueblo había decretado duelo y tuvieron que suspender las cenas y la fiesta de apertura. El evento más concurrido fue el funeral. Todos los invitados leyeron poemas al costado de la tumba. No alcanzaban las sillas. Después del funeral un grupo de amigos íntimos fue a la casa del poeta. Como no tenía herederos, la casa iba a ser donada al municipio. Los amigos eligieron algunos objetos para llevarse de recuerdo. Un sombrero de fieltro, un juego de té chino, un florero celeste. Las plantas se las quedó una antigua novia del poeta. Los libros los repartieron entre todos. Ninguno quiso adoptar al gato Charlie.

El jugo de granada nos emborrachó. Pensamos que a lo mejor estaba vencido o fermentado. Bianca y los ucranianos se reían de todo. Natalia le contaba de la orquídea que había perdido todas las flores. Le mostraba el plato donde todavía estaban los pétalos casi

transparentes. Empezó a hablarle a los pétalos como le hablaba al gato Charlie. Los sostenía con delicadeza porque parecía que iban a quebrarse. Bianca también quiso sostener un pétalo y empezó a mirarlo a contraluz. Dijo que parecía una piedra preciosa, un cuarzo desmantelado. Me fui del living cuando Natalia empezó a darle besos a Bianca. Seguían tomando jugo de granada y tenían las lenguas rojas. El novio de Natalia les sacaba fotos desde el sillón.

Intenté dormir escuchando con auriculares al youtuber de las palabras italianas. Charlie rasguñó la puerta para entrar en mi habitación. No hacía mucho calor y pude taparme. El youtuber leía siempre con la misma intensidad, como si usara un metrónomo. Entre palabra y palabra había demasiado silencio y llegaba hasta mi habitación el ruido de los besos. Puse otro video donde Ramón Ayala decía que no había destino más hermoso para un árbol que ser guitarra. Una guitarra es el cuerpo, el viento, el latido de los pájaros y el misterio del monte, decía. Los besos seguían escuchándose. Entonces busqué un compilado de las arias más famosas de Puccini y me quedé dormida con la computadora sobre la panza.

Leer partituras

No había sombra en la puerta de la Biblioteca Angelica. Ese día la biblioteca no abría al público y habían organizado una visita especial para nosotros. La directora nos recibió con solemnidad. Subimos las escaleras al ritmo de Antonio y Piero. El hall de entrada era angosto y tenía una colección de retratos que era difícil de mirar con tan poca distancia. La directora nos dijo que la Angelica era la primera biblioteca pública de Italia. La había fundado un obispo a principios del 1600, que donó todos sus libros, más de veinte mil. La colección tenía manuscritos, mapas antiguos y grabados. Antonio abrazó a la mujer y le dijo que lo que más nos interesaba era ver las partituras. La directora sonreía: ya estaban todas las partituras listas esperándonos.

Nos hizo pasar a la sala de lectura y hasta Leonard estaba conmovido. Parecía una iglesia hecha de libros. El lomo amarillo de los libros antiguos era casi del color del oro. Muy alto, cerca del techo, había ventanas por donde entraba una luz divina. Una alfombra roja llevaba hasta un mueble de madera maciza que era como un altar, donde se sentaban las bibliotecarias para ayudar a los estudiantes a encontrar lo que estaban buscando. Las mesas de lectura tenían unos sillones pesadísimos. La directora nos hizo pasar a conocer su oficina, que era una versión en miniatura de la sala principal, con libros del piso al techo y un escritorio sólido. Nos llamó la atención un almanaque con fotos de Disney y un muñeco bastante grande de uno de los enanitos de Blancanieves. Antonio le preguntó por el muñeco y la directora dijo que había sido un regalo de su nieto. Lo abrazó, le dio un beso y después volvió a apoyarlo en el mismo rincón.

Salimos de la oficina y Antonio y Piero se sentaron cerca de las partituras. Los demás nos acomodamos alrededor. La directora le alcanzó a Antonio un atril y le dio también unos guantes para tocar el papel. Antonio dijo que los guantes lo hacían sentir refinado. Levantó una tapa forrada en cuero y después un papel manteca. La primera página decía:

Tosca

Del maestro Giacomo Puccini

modificaciones y correcciones hechas por el autor

que deben figurar en la partitura de orquesta

para grandes teatros.

Las modificaciones están escritas en ROJO

Antonio se agarraba la cara y decía que era maravilloso poder ver eso. En realidad, las partituras con correcciones no eran muy emocionantes. La página siguiente decía:

Acto 1, página 31

Flauto: come sta

Clarinetto: come sta

Violino: 8va sopra

Gli altri strumenti come stanno

Había algunas marcas en rojo, pero en la mayoría de las páginas se leía «dejar todo como está». Antonio pensaba que debía ser una corrección muy afinada, cercana a la versión final. Buscó una partitura completa para toda la orquesta. No era original de la mano de Puccini sino una transcripción. Tenía la tapa decorada con flores policromadas. Según Antonio, debía ser una copia de algún teatro importante, La Scala o La Fenice. Buscó en el segundo acto el momento más emblemático de la ópera, cuando Tosca está sola en el despacho del Barón Scarpia. Tosca está indignada por el ofrecimiento de Scarpia: a cambio de liberar a Cavaradossi, le pide acostarse con ella. Tosca se aleja un poco de la escena y le canta a Dios. Le dice que siempre fue buena y nunca le hizo daño a nadie, que llevó flores al altar y donó joyas para el manto de la Virgen. Tosca no entiende cómo Dios le puede pagar sus sacrificios de la peor manera, poniéndole a Scarpia en el camino. Antonio movía su mano enguantada y seguía la melodía de la voz. Decía que al principio la dejaban sola todos los instrumentos menos las cuerdas. La voz entraba con una melodía descendente de cuatro notas, un recurso que se llamaba «paso de

lamento» y que se usaba en la música antigua y los ritos funerarios.

Vissi d'arte, vissi d'amore,

Non feci mai male ad anima viva!

Con man furtiva

*Quante miserie conobbi aiutai**

Después de esa angustia inicial aparecía un momento de dulzura. Entraban con más fuerza la orquesta y la voz. Todos mirábamos la mano de Antonio que se movía sobre el papel. Daba saltos de un lado al otro y nos hacía prestar atención a cada instrumento, a las armonías, a los tresillos. La voz de Antonio retumbaba en el techo de la biblioteca. Era difícil elegir qué mirar, si sus manos o las caras de todos nosotros. Se habían acercado también las bibliotecarias, el guardia de seguridad, la gente de la administración. Antonio le hablaba al papel pero parecía tener enfrente una orquesta entera. Describía la música de una forma tan minuciosa que era fácil imaginarla sonando de verdad. Cuando el aria terminó, lo aplaudimos. Loreta le preguntó al chico de las redes sociales si había grabado todo.

¿Comienza la despedida?

En el departamento, Bianca y los ucranianos habían dejado las luces prendidas. El colchón inflable parecía pinchado. Sobre el sillón estaba la ropa de Bianca. Pensé que a lo mejor su valija la había desarmado el gato Charlie, sacando las prendas con una uña afilada. Las flores transparentes de la orquídea se confundían con las servilletas abolladas y llenas de grasa. Llegué a ver varias tazas de café sin tomar. Tenían la densidad del agua de una laguna. Imaginé que era café preparado por Natalia.

Saqué de la heladera una botella individual de vino frizzante. Estaba helada y su tamaño era perfecto. Charlie me pidió comida pero tenía el plato lleno. La vecina había lavado sábanas azules y por la ventana de mi habitación entró perfume a suavizante. Quise abrir el vino pero el corcho estaba muy duro. Saqué primero la tela metálica que lo envolvía y después intenté girar para un lado y para el otro pero fue imposible. La piel de la mano se me puso roja enseguida. Con una remera que tenía en la silla envolví el corcho y sentí que finalmente se aflojaba. Volví a intentar con más fuerza y el corcho salió enloquecido. Apenas cerré los ojos, escuché una explosión: se había estrellado contra el corazón geométrico. Los fragmentos del espejo quedaron sobre mi escritorio y las esquirlas habían llegado hasta la otra pared. Me quedé paralizada en medio del cuarto, hasta que me di cuenta de que alguien golpeaba la puerta. Cuando abrí, un vecino me preguntó si estaba bien, si necesitaba un médico: pensó que el estruendo había sido un disparo. El gato Charlie se asustó tanto con el ruido, que no lo vimos por dos días.

Esencia de cedrón

Le pregunté a Cristina qué ropa iba a ponerse para el estreno de Tosca. Me dijo que iba a ir toda de negro con un abito grazioso. Entendí que hablaba de un disfraz y no supe qué responder, pero con ayuda del diccionario descubrí que en italiano vestido se dice abito y grazioso significa bonito. Puse sobre la cama mis dos opciones y le mandé una foto. Se la mandé también a mi mamá. Estaba con las tías tomando un café y opinaron todas. El audio era difícil de descifrar porque hablaban superpuestas. La tía Romi decía que era importante estar cómoda porque las óperas son largas. La tía Lucre pensaba que el vestido estampado era un poco estridente para la noche. Le hice caso a la tía Ale, que opinaba que un vestido negro era siempre la opción más elegante.

La noche antes de la función estaba nerviosa, como si yo fuera una de las cantantes. Quería comer pero todo me hacía doler la panza. Mezclé nueces, maní y almendras que estaban en tres frascos distintos. Mastiqué despacio intercalando con tragos de té verde. Bianca me dio un gotero con esencia de cedrón. Me dijo que eso hacía bien para los trastornos digestivos y para el sueño. Natalia y su novio tomaban chocolatada y querían saber qué pasaba si le agregaban unas gotitas. Hablaban del cedrón como si fuera una droga sintética y me imaginé que algo en nuestro inglés rudimentario no funcionaba bien. Natalia buscó un cepillo para cambiarle el peinado a Bianca. Siempre llevaba el pelo recogido pero igual se veía desordenado, como si se hubiera hecho una trenza muchos años atrás. Natalia lo fue desenredando de a poco. Con un spray le rociaba agua. Bianca dijo que al agua del rociador podía agregarle unas gotitas de cedrón y la confusión fue total. Natalia hizo una trenza más compleja. Empezaba a mezclar los mechones casi sobre la frente. A medida que bajaba, la trenza se iba deslizando hacia el costado y daba una vuelta alrededor de la cabeza de Bianca como si fuera una corona. Después buscó un manojo de invisibles que fue abriendo de a uno con los dientes. Cuando terminó el peinado, fueron a mirarse al espejo del baño. El novio de Natalia hundía vainillas en la chocolatada y agarraba con los dedos las partes que se desprendían. Me fui a la habitación para dejar de verlo comer. Natalia y Bianca se quedaron en el baño varias horas.

Busqué videos del youtuber de las palabras y puse el volumen de mis auriculares casi al máximo mientras imaginaba el dedo de Piero

dibujando cada letra sobre la palma de mi mano.

El gran estreno

Cristina me dijo que yo era adicta al abanico. Le di un poco de viento y reconoció que la sensación era linda. La puerta del teatro se iba llenando de a poco. Algunos señores saludaban a Antonio de una manera muy formal. Uno hasta se inclinó en una reverencia. Los residentes nos fuimos agrupando contra una pared, lejos de la gente. Todos nos habíamos puesto perfume. Loreta festejaba la elegancia de los que iban llegando. Una notera de la televisión le hizo una entrevista a Antonio, que habló de Tosca como si fuera una novia de la adolescencia. Dijo que era la ópera que más le había gustado dirigir y empezó a contar la anécdota de Puccini y la afinación de las campanas de Roma, siempre repetía ese dato. La gente se iba amontonando alrededor para escucharlo. Dijo que al momento del estreno, en 1900, la ópera fue un éxito inmediato. Ravel, que había visto una representación en París, dijo que era un manual para aprender a orquestar. La notera le preguntó a Antonio si recomendaba Tosca para las personas que tenían prejuicios con la ópera. Antonio respondió: «assolutamente sì».

Cuando abrieron las puertas, fuimos los primeros en entrar. Loreta nos había repartido las entradas, teníamos dos palcos. Todas las luces del hall estaban prendidas, como si fuera mediodía. Piero me agarró del brazo y me pidió que lo acompañara al ascensor. Los demás subieron por la escalera. Loreta se quedó acompañando a Antonio, que avanzaba muy lento porque todos lo frenaban para saludarlo. Cuando bajamos del ascensor pedimos ayuda a una acomodadora para saber dónde teníamos que ir. Nos sentamos al lado de Giovanni y Lucas. En el otro palco se ubicaron Cristina, Luigi y Julie. Las barandas estaban forradas en terciopelo, era linda la sensación de apoyar los codos ahí. En el foso, algunos músicos ya acomodaban las partituras en los atriles. Piero opinó que los violines estaban demasiado juntos. Dijo que desde ahí íbamos a ver bien a la orquesta, que los que se sentaban en la platea apenas llegaban a ver las manos del director. Lucas me pidió un poco de viento. Con su pañuelo blanco se secaba la transpiración de la frente. Les dije que podía ir rotando la dirección de mi muñeca y les mandaba viento a todos. Cristina se asomó un poco por la baranda para charlar con nosotros. Julie y Luigi no paraban de darse besos y ella se aburría. Nos señaló la araña que iluminaba la sala, se agarraba la cara, no podía creer que fuera tan hermosa. Piero nos contó que la araña estaba desde la remodelación del teatro, en

1928. Era de cristal Murano, hecha por los mejores artesanos de Venecia, y uno de los candelabros más grandes de Europa. Nos contó que las gotas de cristal habían llegado en cajas, cada una envuelta en un paño que la protegía. La habían armado adentro del teatro. Estuvieron al menos un mes uniendo las gotitas, que eran más de veinte mil. Adentro de cada gotita, comentó Piero, estaba el aire de los pulmones de una persona.

Antonio llegó con Loreta y Leonard unos segundos antes de que se apagaran las luces. Mientras la orquesta afinaba, en el palco de al lado cambiaron todos de lugar para que Antonio tuviera mejor vista. Piero me dijo al oído que éramos unos afortunados porque nos gustaba la ópera.

El primer acto fue espléndido. Hubo aplausos y ovación para Cavaradossi después de «Recondita armonia». A Tosca no se le enganchó la falda como en el ensayo. En el intervalo quisimos ir al salón donde vendían bebidas pero fue imposible llegar. La gente de todos los palcos fue a saludar a Antonio y en el pasillo se armó un embotellamiento. Piero dijo que si no podíamos salir, al menos iba a ir al baño a tomar agua de la canilla. El aire acondicionado funcionaba muy débil. Leonard estaba decepcionado por la acústica del teatro. Decía que no tenía comparación con Covent Garden. También se quejó del calor, pero del calor nos quejábamos todos.

La gente en la platea se sentaba en el filo de las butacas. Pensé que debía ser por la tensión del segundo acto pero también para evitar el terciopelo en la espalda. Piero arrimó su silla a la mía. Como en los asientos del palco no había apoyabrazos, quedamos muy cerca y en varios momentos nos rozamos. Quise dar alguna señal de que los dibujos en la palma de la mano me encantaban, pero no supe cómo hacer.

Cuando llegó el aria de Tosca dejé de abanicarme. El silencio era tan intenso que se iban a sentir las varillas de madera temblando contra el aire. Me acordé de los guantes de Antonio sobre la partitura. Todo lo que nos había contado ese día en la biblioteca hacía que la música tuviera otra forma. El gesto de Tosca era fantástico. Por la posición de sus manos se notaba que había estudiado mucho la interpretación de Maria Callas. Se peinaba de forma parecida y se maquillaba igual. Antonio nos había contado que ese era su debut como protagonista.

El segundo intervalo fue más corto que el primero. No había tiempo para ir a buscar bebidas. Me quedé en el palco, charlando a través de la baranda con Cristina. Estábamos impresionadas por el momento en

que Tosca apuñalaba a Scarpia. El puñal no se veía y tampoco había sangre. Cristina pensaba que esa era una decisión grandiosa de Puccini. Si Tosca hubiera sido una película taquillera, la sangre habría saltado hasta las primeras filas, pero la escena se hacía real solo con ver la cara de Scarpia, la forma en la que maldecía a Tosca y su cuerpo que trastabillaba. Cristina dijo que el teatro era un lugar donde se fabricaban visiones.

Cuando Scarpia ya no se movía, Tosca se limpiaba las manos con un pañuelo. Le cerraba los ojos, buscaba dos candelabros y ponía una vela a cada lado del cuerpo. Después lo miraba y decía con voz casi hablada: «E avanti a lui tremava tutta Roma!».

Según Cristina, Tosca fue un éxito inmediato porque todas las mujeres habían pasado alguna vez por una situación parecida. Se acordó de un profesor que tuvo cuando estudiaba artes escénicas. Era guapísimo y sus clases estaban siempre llenas. Se hacía el misterioso dejando silencios enormes entre frase y frase y usando palabras difíciles. Los ejercicios supuestamente tenían que ayudar a los alumnos a moverse mejor en el escenario, a entender el espacio y los límites entre los cuerpos. El profesor siempre encontraba la manera de hacer correcciones a las alumnas abrazándolas desde atrás. En un ejercicio tenían que caminar en círculos con paso constante y la espalda recta. El profesor se acercó a Cristina para decirle que el movimiento tenía que enfocarse en las caderas, en el punto medio del cuerpo, el centro de gravedad. El profesor le preguntó cuál era el centro de gravedad de su cuerpo y Cristina le respondió que era el ombligo. Cruzado de brazos y con sonrisa de burla, él le dijo que estaba equivocada. Le puso la mano sobre la panza, después pasó a la espalda y bajó hasta el huesito dulce. Según el profesor, el coxis era el eje del cuerpo. Cristina contó que el profesor no le sacaba la mano mientras seguía hablando y explicando al resto de la clase cómo funcionaba el contrapeso y la proporción. Ella se quedó paralizada, no supo qué decir. Sentía la mano caliente que no la soltaba y trataba de pedir ayuda a sus compañeros con la mirada. Ninguno se animó a decir nada. Cristina dijo que le hubiera gustado hacer como Tosca. No matarlo, pero al menos darle un golpe en la cara.

El tercer acto empezaba con el amanecer en Roma y las famosas campanadas. Se veía el techo del Castel Sant'Angelo y los guardias vigilando el horizonte. Puccini pensó que iba a ser más efectivo si las campanas se escondían en distintos sectores del teatro, para que el sonido llegara desde muchos lugares. Antonio nos había contado que los críticos de la época le reprochaban que ese acto fuera demasiado real. Pensaban que el recurso de las campanas era ruido, no música.

Cavaradossi sabía que lo iban a matar y que le quedaban pocas horas de vida. Le pedía a uno de los guardias que le dejara escribir una carta y, en agradecimiento, le ofrecía un anillo, que era lo único de valor que tenía. Cavaradossi intentaba escribir la carta pero se acordaba de Tosca entrando por la puerta del jardín. Era una noche estrellada y se sentía el olor de la tierra. Se acordaba de los besos de Tosca y sus caricias lánguidas.

La interpretación del aria fue emocionante. El tenor estaba parado justo bajo nosotros y cuando abría mucho la boca yo llegaba a verle el color de la lengua. Parecía la lengua de un animal salvaje, gris y compacta.

En la masterclass de Juilliard, Pavarotti le daba consejos a un estudiante que estaba aprendiendo esa aria. Le decía que en la primera parte todo era ensoñación, el recuerdo de Tosca y sus caricias. Pero, en un instante, Cavaradossi se daba cuenta de que de verdad iban a matarlo y se desesperaba. Pavarotti le decía al estudiante que tenía que apoyarse en la orquesta para mostrar su desconsuelo. Le marcaba cómo debía acentuar cada sílaba dando golpes con el puño en el aire.

L'ora è fuggita, e muoio disperato

E muoio disperato

E non ho amato mai tanto la vita

*Tanto la vita**

El aplauso del público duró bastante.

Piero me miró y dijo que el tenor había estado fantástico.

Después de un momento de confusión, Cavaradossi veía llegar a Tosca. Ella le contaba lo que había pasado, le mostraba el permiso que había escrito Scarpia para que pudieran escapar. También le decía que lo había apuñalado. Cavaradossi no lo podía creer. Le miraba las manos y se las acariciaba. Tosca le explicaba que los guardias iban a hacer un simulacro de ejecución. A disparar balas de mentira. Él tenía que actuar, hacer de cuenta que caía muerto. Cavaradossi no entendía mucho y ella le aseguraba que eso era lo que había arreglado con

Scarpia, que iba a funcionar.

Sonaban unos tambores y los guardias se acomodaban en fila. Ella se corría hacia un costado y le recordaba a Cavaradossi que tenía que actuar bien, que esperara a que todos los guardias se fueran antes de levantarse. Cuando sonaban los disparos, Tosca se alegraba del poder de actuación de Cavaradossi, decía que era un artista. Los guardias salían de la escena y ella lo empezaba a llamar, le pedía que dejara de fingir. Le gritaba varias veces pero Cavaradossi no se movía. Cuando se acercaba, veía que Scarpia la había traicionado, estaba muerto de verdad. Mientras ella lloraba sobre el corazón de Cavaradossi, se escuchaba un revuelo. Los guardias descubrían que Scarpia había sido apuñalado e iban a buscar a Tosca. Ella se subía a la cornisa del Castel Sant'Angelo y, cuando la estaban por alcanzar, se tiraba al vacío.

Finale

Abrieron y cerraron el telón al menos seis veces. La gente no paraba de aplaudir. Tosca se notaba conmovida. Loreta vino al palco a decirnos que íbamos a esperar a que se vaciara la sala para saludar a la orquesta y a los cantantes. El público se fue rápido, seguro todos tenían hambre. Bajamos las escaleras del teatro casi desierto. Caminamos por la alfombra roja de la platea hasta la fosa. Loreta nos alumbraba con su teléfono porque esos escalones no se veían bien. En el escenario nos recibió el director de la orquesta. Se había cambiado la camisa. Antonio le dijo: «Complimenti, è stato meraviglioso!».

Después de darse un abrazo, el director elongó los bíceps y los flexores de los dedos. Los músicos de la orquesta subieron al escenario para saludar a Antonio. Al tenor le dio tres besos. El chico de las redes sociales pidió que nos juntáramos para una foto grupal. Loreta preguntó si habíamos salido lindos y él dijo que nuestras caras estaban brillantes. A Tosca se le derretían las cejas y la pintura le bajaba por los cachetes.

Los utileros empezaron a desarmar la escenografía. Entre cuatro empujaban unos paneles que parecían pesados pero se movían con facilidad. Pudimos ver la colchoneta donde había caído Tosca. Era alta como esos castillos inflables de los cumpleaños. Con una válvula le fueron sacando todo el aire. Los utileros se notaban molestos y nos iban arrinconando con cables y maderas. Salimos por la puerta que llevaba a los camarines, un pasillo que era fresco y que nos guio lentamente hasta la calle.

En la puerta del teatro Loreta intentó ordenarnos. La mayoría de los músicos se había ido. Quedaban el director de la orquesta, los cantantes, el primer violín y algunos técnicos. Loreta nos contaba con un dedo en el aire y decía que no íbamos a encontrar lugar para comer en ninguna parte. Se la notaba nerviosa. Empezó a llamar a las trattorias que tenía agendadas y la conversación duraba pocos segundos. Después se estiraba los rulos para atrás y probaba con otro número.

Alrededor de Antonio se formó una rueda. Todos queríamos escucharlo. Hablaba con los cantantes sobre la frontera muscular de la voz. Decía que el passaggio entre dos registros vocales podía ser

traicionero cuando el cantante estaba nervioso. La soprano se preocupó y preguntó si había desafinado durante la función. Antonio la abrazó y le dijo que todos habían estado fantásticos, que hablaba en general. Nos contó que Puccini movía la pierna en un tic nervioso cuando alguien desafinaba. La pierna empezaba con un movimiento sutil pero después tomaba velocidad. Según Antonio, Puccini se desesperaba aunque el error fuera mínimo. El temblor de la pierna subía y llegaba hasta la cara. Antonio señaló a Loreta y dijo que Puccini seguro se estiraba el pelo hacia atrás como hacía ella.

La soprano seguía inquieta pensando que había desafinado. Le dijo a Antonio que las críticas le daban mucho miedo. Este era su primer protagónico y algunos periodistas podían ser despiadados. Todos intentamos calmarla y le dijimos cosas lindas sobre su voz. Antonio nos contó que Puccini también era sensible a las críticas. La noche del estreno de Tosca las opiniones se dividieron. Algunos críticos aseguraban que Puccini había hechizado al público con su música y otros decían que la ópera era un desastre, que todos los personajes principales se morían y que parecía un libreto escrito por una persona vulgar. Pero el público del 1900 había quedado fascinado y no le importaba lo que dijeran los diarios. La soprano se hizo la señal de la cruz y pidió que por favor los periodistas fueran buenos con ella.

Loreta se acercó a decirnos que no conseguía lugar en ninguna trattoria. Era tarde y las cocinas ya estaban cerrando. Tenía el pelo casi lacio de tanto estirarse los rulos. A Leonard le hacía ruido la panza. Había almorzado poco pensando que a la noche lo esperaba un banquete. También protestaba porque el ruido de la fuente que teníamos cerca le daba ganas de ir al baño. Loreta lo tranquilizó y le dijo que íbamos a conseguir un lugar pronto.

Antonio le preguntó a Loreta si podía llamar al sereno del teatro. Los guardias se acababan de ir. Las luces seguían prendidas y éramos los únicos en la plaza. El sereno se notaba contento de tener una misión. Acompañó a Leonard hasta el baño y yo también tuve ganas de ir. Cristina vino conmigo. Nuestros zapatos retumbaron en el techo del hall. Tomé agua de la canilla, que estaba bastante fría pero no era tan rica como la de la fuente. Cristina se pintó los labios y dijo que le encantaría quedarse encerrada en el teatro. Pensaba que si nos demorábamos, a lo mejor se iban a olvidar de nosotras. Podríamos ir a los talleres del subsuelo a probarnos los trajes de Tosca y los sombreros de La bohème.

Cuando salimos todavía no había un plan. Loreta dijo que lo único abierto eran los lugares de kebab cerca de Termini o una pizzería que

vendía porciones por la Via Nazionale. Nos dividimos en dos grupos. Casi todos se quedaron en el teatro. El sereno ayudó a buscar un tablón y unas sillas. Antonio, Piero y Leonard se sentaron a descansar en los sillones de la boletería. Loreta, Cristina, Julie y yo fuimos a buscar la comida. Loreta estaba avergonzada y nos pedía disculpas por la falta de organización. Julie dijo que el teatro nos había atrapado.

En el mostrador de la pizzería quedaban solo las opciones feas que nadie elegía. Loreta preguntó si podían hacernos pizzas margherita para veinte personas. El pizzaiolo dijo que solo vendían por porción, que no hacían pizzas redondas. Nos mostró la placa rectangular donde las cocinaban, que tenía el tamaño de una toalla de mano. Loreta encargó diez de esas pizzas gigantes.

El hall del teatro parecía un club. Sobre el tablón había rollos de papel higiénico para usar de servilleta. Taparon el terciopelo de las sillas con afiches de funciones viejas. El sereno consiguió algunos cuchillos y unas tazas que nadie usó. A un costado puso un ventilador y repitió varias veces que tuviéramos cuidado con el cable.

Antonio se había sentado en la punta del tablón. Le encantaba esa cena improvisada. La cerveza estaba caliente y la pizza tenía poco queso. Piero decía que prefería la pizza humeante, cuando la sacaban del horno y el queso burbujeaba y latía como un corazón. En las cajas de cartón fuimos juntando los bordes que no se comían. Lucas le preguntó a Antonio cuál era el sabor de pizza preferido de Puccini. Antonio se rio y dijo que a la pizza solo le hacía falta tomate y queso y que estaba seguro de que Puccini disfrutaba de los sabores simples.

Cuando terminamos de comer, el director de la orquesta y los cantantes se fueron juntos en un taxi. Loreta se ofreció a llevar en su auto a los que iban al Trastevere. Juntamos las latas vacías en una bolsa. Apilamos las cajas de cartón llenas de migas y de restos de pizza y eran altas como un nene de dos años. El sereno no nos dejó barrer el piso. Dijo que prefería tener cosas para hacer durante la noche.

Afuera del teatro, había bajado la temperatura. El viento nos volaba la tela de los vestidos. Dimos vueltas por la plaza buscando un tacho de basura, pero todos los contenedores estaban desbordados. Antonio dijo que podíamos apoyar las cajas al lado de la fuente. Iba a ser un gran desayuno para las gaviotas.

Notas

** Así, el efluvio del deseo,/ toda me envuelve,/ ¡y me siento feliz!*

** ¡Vuela pensamiento, con alas doradas,/ pósate en las praderas y en las cimas/ donde exhala su suave fragancia/ el dulce aire de la tierra natal!*

** Cuando estás aquí conmigo/ esta habitación ya no tiene paredes,/ sino árboles, árboles infinitos.*

** ¡Recóndita armonía! ¡De diversas bellezas!/ Floria,¡mi amante ardorosa!, es morena.*

** ¡Que nadie duerma! ¡Que nadie duerma!/ Tampoco tú, oh Princesa,/ en tu fría habitación/ miras las estrellas que tiemblan/ de amor y de esperanza/ Pero mi misterio está encerrado en mí,/ mi nombre nadie sabrá/ No, no, sobre tu boca lo diré/ cuando resplandezca la luz.*

** A ti, querida, el amor a veces/ El amor a veces me guio furtivo y llorando/ Hoy me guía junto a ti/ Exultante de alegría.*

** He vivido del arte, he vivido del amor,/ ¡nunca le he hecho mal a nadie!/ Con mano furtiva/ cuantas miserias he conocido, he socorrido.*

** El tiempo se ha ido, y muero desesperado/ y muero desesperado/ Y nunca he amado tanto la vida/ Tanto la vida.*

Índice de contenidos

Un mes en Italia

Puestos de recuerdos

Cuando empecé a hacer música

Loreta toda de rojo

Instrucciones para regar una orquídea

El efluvio del vértigo

Mis compañeros de casa

Todos tenemos una Bianca en Roma, menos el señor inglés

Sor Fátima habla mejor en la calle

El consorcio de los instrumentos musicales

Quizás con agua de lluvia sea mejor

Antonio nos da una misión

Mirar caracoles también marea

El talento oculto de sor Fátima

Pieles sensibles

Sesión de fotos

A Florencia en tren

A Antonio todo lo maravilla

Dibujar música en patines

Los entusiastas de Puccini

Videncias, supersticiones y accidentes afortunados

Foto robada en el Ponte Vespucio

Una pared para un dueto amoroso

Discusión con los ucranianos

El elefante de Bernini

El abanico del papa Francisco

Martha Argerich, desde el contrapalco

Roma te vuelve ecologista

Atrapados en el parque

Morderle los labios a un trompetista

La técnica del abrazo

Radiografía de un arpa

El italiano y sus pasados

Un deseo a la virgen

Il cielo in una stanza

Un corazón geométrico

Las siete hermanas de Giacomo

El cumpleaños de tía Romi

La pizza de la longevidad

La hermana de Antonio

Un intruso en nuestra combi

Velada musical

Piero, de noche

Las óperas también se pirateaban

Natalia me pone de mal humor

Períodos hipotéticos

La luz extraña de Roma

Sandía para festejar

Los besos de Natalia

Leer partituras

¿Comienza la despedida?

Esencia de cedrón

El gran estreno

Finale

Sobre el autor

Sobre la autora

María Luque nació en Rosario, Argentina. Es dibujante, ilustradora editorial y escritora. Ha publicado La mano del pintor (Sigilo, 2016), Casa transparente (Sexto Piso, 2017, ganadora del primer premio de novela gráfica Ciudades Iberoamericanas), Espuma (Galería, 2018) y Noticias de pintores (Sigilo, 2019).

Luque, María

Corazón geométrico / María Luque. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48469-9-0

1. Narrativa Argentina. 2. Crónica de Viajes. 3. Historia de la Música. I. Título.

CDD A863

© María Luque, 2022

© Editorial Sigilo, 2022

Dibujo de tapa: María Luque

Diseño de portada: Juan Pablo Cambariere

Ebook: Tomás Caramella

Primera edición en Argentina: agosto de 2022

ISBN: 978-987-48469-9-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Pedro del Castillo 549 8° C

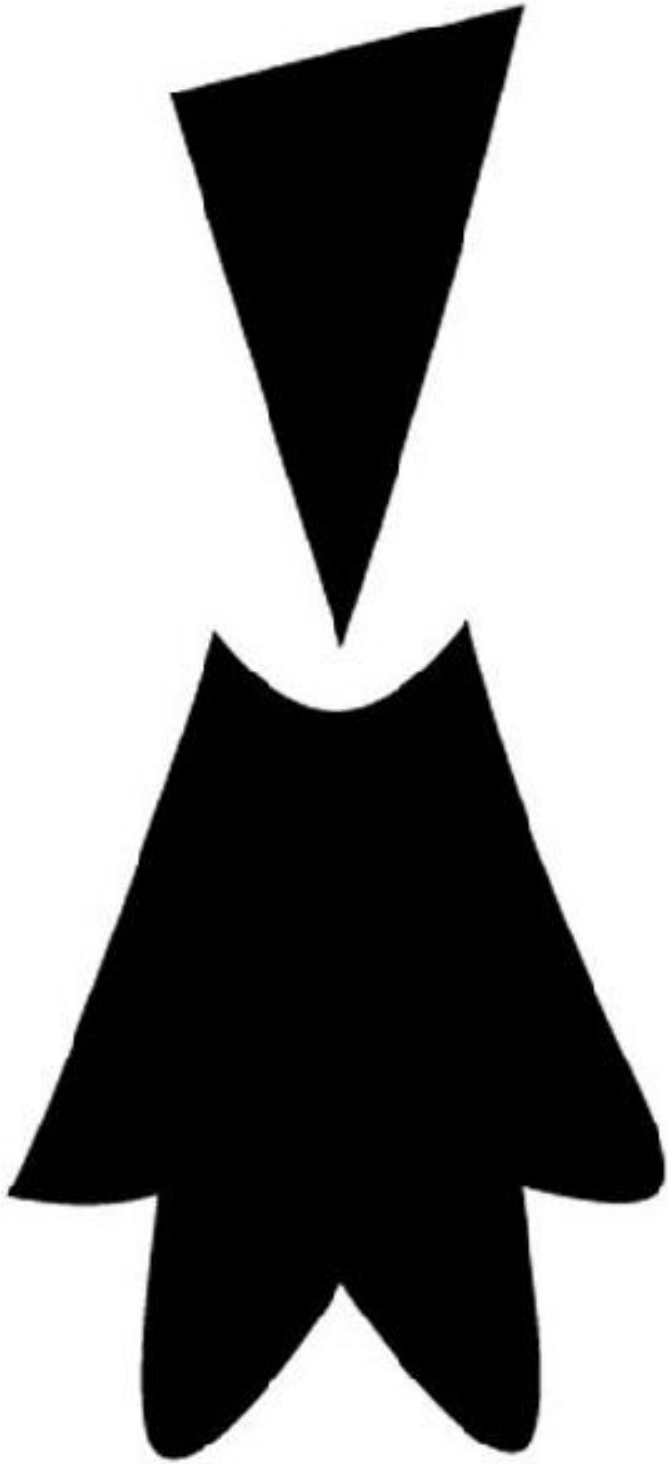
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

sigilo@sigilo.com.ar

www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.

28005 Madrid

info@sigilo.es

www.sigilo.es